



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Rios*, Alarcon, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, Anfon (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arná*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Albuérne*, *Ardayans*, *Ariza*, *Arrieta*, *Blaguier*, *Baralt*, *Barzanallana* (marqués de), *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremón*, *Bretón de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Campoamor*, *Canas*, *Cansiejas*, *Canete*, *Castelar*, *Castro y Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo y Martín*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste* (conde de), *Collado*, *Cortina*, *Gorradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cueto*, Sra. *Coronado*, Sres. *Calvo Asensio*, (D. Gonzalo), *Cañamaque*, *Dacarrete*, *Díaz* (José María), *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría* (J. A.), *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Espulaz*, *Escosura*, *Estrella*, *Enlate*, *Fabiá*, *Ferrer del Rio*, *Fernandez y Gonzalez*, *Fernandez Guerra*, *Fernandez de los Rios*, *Fermin Toro*, *Flores*, *Figuerola*, *Figuerola* (Angusto Suarez de), *García Gutierrez*, *Gavangos*, *Galvete de Moína* (D. Javier), *Graells*, *Gimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marín*, *Güell* y *René*, *Güelvenzu*, *Guerrero*, *Iucenga*, *Hartzenbusch*, *Iriarte*, *Zapata*, *Janer*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lopez Guíjarro*, *Lorenzana*, *Llorante*, *Lafuente*, *Macanáz*, *Marios*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mañé* y *Flaquer*, *Merelo*, *Montesinos*, *Molins* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Orgáz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olzaga*, *Palacio*, *Pasaron* y *Lastra*, *Pascual* (D. Agustín), *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poy*, *Reinoso*, *Retes*, *Revilla*, *Rios* y *Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodríguez y Muñoz*, *Rodríguez* (G.), *Ros* y *Gonzalez*, *Ros de Olano*, *Rosell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarmínaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmeron*, *Sanromá*, *Seigas*, *Segovia*, *Serrano Alcazar*, *Selles*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tubino*, *Ulloa*, *Valera*, *Velez de Medrano*, *Vega* (Ventura de la), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Setiembre de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

*Revista general*, por D. Miguel Moya.—*La sociedad civilizándose en sus castigos*, por D. Tristan Medina.—*Congreso y exposicion de americanistas*.—*Sueltos*.—*Conflictos entre la ciencia y la religion*, por D. Manuel Murillo.—*El Baron de Humboldt*, por D. Joaquin Olmedilla y Puig.—*La cuestion de Oriente*, por D. Eusebio Asquerino.—*El pintor Denis*, por D. Manuel Reina.—*Revista americana*, por D. P. Ruiz Albistur.—*M. Antoine D'Abbadé* (de un album de viajes), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—*Ciencia y arte*, por D. Antonio Arruti.—*Poetas americanos*, por D. Héctor F. Varela.—*La Providencia negra*, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—*Anuncios*.

REVISTA GENERAL.

Las vacaciones de la crítica teatral concluyen cuando empiezan las de los toreros de verano. Aún han de pasar por tanto algunos días, antes de que los autores dramáticos la vean volver con su severo aspecto, su ademán terrible, su voz hueca y sus discursos hermogenianos. Ahora toma ejemplo de lo que no hacen pero debieran hacer los cómicos, y ensaya. Por esto va á dedicarse á asistir á la representación de esas obras de repertorio, siempre aplaudidas, especie de invocacion al Parnaso y al público con que las empresas dan honor al arte, exponen las compañías y se encomiendan á Dios y á los revendedores, para que las libren de un mal paso.

Estos días que median entre los jardines del Buen-Retiro abiertos y los teatros cerrados, son para los autores como para los soldados la víspera de una batalla. Las ansias del deseo y las vacilaciones del temor. Dudas terribles y ensueños de gloria... Dejémosles soñar... Como la soledad es una de las provincias favoritas del diablo, la esperanza es uno de los lugares donde mejor trabajan los poetas.

Madrid, por cuyas calles desfilaron en procesion magnífica cuando de honrar la memoria de Calderon se trataba millares de estudiantes, el porvenir con la cara de la felicidad, da ahora asilo á algunos sábios que se han hecho famosos en Europa, gracias á la geología, á la prehistoria y á otras ciencias antidiluvianas. Dejemos á los sábios disputar, y admiremos su erudicion y su talento. El motivo que los congrega no puede ser ni más interesante ni de mayor trascendencia para nosotros.

Desde que una junta de hombres estudiosos, constituida en París, determinó celebrar Congresos internacionales dedicados á la investigacion y al estudio de los grandes problemas científicos que entraña la historia de las diversas naciones de América, fácil era presumir que la capital de la península española no sería el lugar último en que se celebraría uno de estos nobles certámenes de la inteligencia que tanto honra á los pueblos que los realizan.

No lo ha sido. El primer Congreso de americanistas se reunió en Nancy en 1875; el segundo en Luxemburgo en 1877; el tercero en Bruselas en 1879; el cuarto... el domingo último en Madrid. Ya haremos su resumen. Es una página más en el libro admirable de las investigaciones acerca de la historia, del lenguaje, de las costumbres, de la religion, de todo en fin, cuanto pueda dar una idea exacta de la naturaleza, carácter moral y desenvolvimiento histórico de América, de esa tierra privilegiada que el génio de Colon arrancó de los misteriosos limbos de la geografia para que viniese á completar con sus adelantos el magestuoso cuadro de la civilizacion moderna.

Garfield ha muerto. Sus últimas palabras fueron estas: «Decididamente, es inútil luchar más.» No ha sucumbido como Lincoln, apóstol que selló con su sangre el triunfo definitivo de un sentimiento generoso y de una idea redentora. Sucumbe víctima del crimen ó de la insensatez. La república Norte-americana pierde con él un gran carácter y las ideas liberales en los Estados-Unidos, su campeón más denodado. Garfield, representaba en la presidencia la victoria del partido republicano sobre el demócrata, de los liberales sobre los conservadores, toda vez que allí, republicano, quiere decir defensor de la preponderancia del poder central sobre los Estados, y demócrata, por el contrario, defensor de la preponderancia de los Estados sobre el poder central. De desear es, pues, que el nuevo presidente M. A. Chester Arthur se inspire en tan altísimo ejemplo.

Con razon se ha dicho: «los Estados-Unidos han perdido un buen ciudadano, un presidente ilustrado y digno. La voluntad de uno solo se ha sobrepuesto violentamente á la de todos; lo absurdo ha sustituido á lo natural; el crimen se ha burlado de la ley. Acompañamos á un pueblo amigo en su gran pesadumbre.

Su luto es el nuestro.

Los deseos cada vez más públicos de Turquía, de recobrar la alta administracion del Egipto encuentran poderosos obstáculos.

Aunque algunos periódicos ingleses se inclinan á apoyar la ocupacion militar del Egipto por los turcos, la mayor parte se oponen á ella, no solo porque representaria la sustitucion á la civilizacion y la pérdida de los progresos realizados desde Mehemet-Alí, sino porque desean á la vez que el restablecimiento de la disciplina, la limitacion del poder del Khedive. Hoy subsiste la inteligencia financiera de Francia é Inglaterra para los asuntos de Egipto, y el deseo general de ambos países es que esa inteligencia se mantenga tambien en lo político. Mientras esto dure, la ocupacion turca del Egipto puede darse por impracticable.

En las provincias de Orán y Constantina la situacion de Francia es cada día más difícil y angustiosa. Los bu allen, tribu oranésca muy internada en el desierto, ensobrecidos por la invasion francesa, se niegan á entregar los rehenes que les piden las autoridades y ha sido necesario organizar una columna que vaya á amenazarlos ó á destruir su aldea. En la provincia de Constantina se observan indicios de agitacion hácia la frontera tunecina.

Vá á tener que cerrarse el libro de los proyectados arreglos amistosos y abrir la crónica de una guerra sin cuartel.

La reunion celebrada, pocos días hace por los diputados de la extrema izquierda de la República vecina, para ocuparse de los asuntos de Túnez, acordó enviar á los periódicos el acta siguiente, como resultado de sus deliberaciones:

«En vista de las preocupaciones que producen los sucesos de Africa, de los gastos y de los intereses que el Gobierno compromete durante el interregno parlamentario y de la necesidad de hacer luz en la tribuna sobre los asuntos de Argelia y Túnez, los miembros de la extrema izquierda presentes en París, se han reunido hoy en casa de M. Luis Blanc, y decidido por unanimidad enviar al presidente del Consejo una delegacion de cinco miembros para excitar al Gobierno á que convoque las Cámaras en breve plazo.»

Los cinco delegados presididos por Luis Blanc, conferenciaron con M. Ferry y le expusieron el objeto de su visita. M. Ferry les contestó que daría cuenta de su peticion al Consejo, pero que era ilegal convocar esa Cámara nueva cuando aún no han espirado los poderes de las antiguas. Visto.

Las elecciones para la Asamblea de notables de Egipto van á celebrarse muy pronto. Suponemos que sabrán imitarnos. Porque tan famoso como sus pirámides, es el talento electoral de nuestros Gobiernos.

\*\*

Las Cortes se han abierto con el ceremonial de costumbre. El Sr. Sagasta ha hecho una nueva edicion de su programa de Gobierno, diciendo que consiste en realizar honradamente en el poder cuantos compromisos contrajo en la oposicion: el Sr. Posada Herrera ha publicado una cartilla para uso de los diputados de la mayoría; pintó el marqués de la Habana la apoteosis del actual presidente del Consejo de Ministros, y Madrid antes desierto, está inundado de hombres políticos, senadores, y ex-ministros que sueñan por turno una noche con la felicidad del país, otra con Ciceron y otra con un asiento en el banco azul.

En el Senado y en el Congreso se discuten las actas. La campaña que empezará pronto, promete ser interesantísima. Por eso un periódico conservador, *La Epoca*, dijo hace pocos días:

—A juzgar por el preludeo vá á tener que oír la partitura.

Nosotros dispuestos estamos á oírla.

Los conservadores serán los que tengan que taparse los oídos.

Sinó por hipocresía, por miedo.

\*\*

Aun vibra en el corazón de cuantos los conocieron y admiraron la emoción producida por dos desgracias imborrables, la muerte de Barinaga, la muerte de Revilla. Los dos fueron cariñosos amigos nuestros; en los dos vimos ejemplo de talento y de laboriosidad que imitar; con los dos convinió más de una vez en las tristes amarguras del desengaño. Preferimos, pues, á decir algo de ellos copiar un poco de lo que otros han dicho.

De Barinaga:

«Al verle de mañana dirigirse á una fábrica, tomar disposiciones y ejecutar las más difíciles operaciones mecánicas como el más inteligente obrero; regentar más tarde una cátedra, revelando dotes nada comunes de orador; asistir á otra como alumno, demostrar gran atención, dirigirse al Parlamento y condensar en breve espacio una sesión tumultuosa; redactar un artículo á vuela pluma con rara facilidad, hacer algún ensayo químico con la pulcritud de un perito; improvisar una poesía ó linear un boceto como un artista; ilustrar con sus consejos algún constructor ó industrial sin distinción ni vacilaciones; escribir acto seguido un trabajo literario ó traducir una obra extranjera; llevar en la misma mano un aparato de precisión que componía con la paciencia de un fleamático, y mil fruslerías que repartía después entre sus hijos con la bonhomía de un abuelo; en una palabra, tener tiempo para cumplir con los deberes de esposo, padre y leal amigo, muchos sin duda alguna no sabrían si aquel activo individuo era poeta, escritor, industrial, traductor, artista, catedrático, periodista, estudiante ó todo esto junto.»

De Revilla:

«Su organización enclenque y delicada encerraba una de las inteligencias más vivas y poderosas que jamás hayamos conocido. La desproporción entre su energía física y su energía intelectual originó en aquel cuerpo una serie de padecimientos que amargaron su carácter y fué causa de que por último, hace como dos años, se presentara la tremenda y horrible enfermedad que ha puesto término á su mísera existencia.

¡Pobre Revilla! Quien conserve como nosotros el eco de aquella palabra clara, correcta y persuasiva; quien como nosotros le haya tratado con intimidad durante largo tiempo, y le haya visto ora melancólico y sombrío como un condenado, ora alegre y risueño como un niño; quien como nosotros haya penetrado hasta el fondo de su alma y haya visto en ella tesoros de bondad y de cariño ocultos bajo una capa de mal disimulada misantropía, quien haya visto el poder de aquella inteligencia verdaderamente soberana, llorará, de seguro la temprana muerte del infortunado amigo nuestro, llamado por su génio y por sus cualidades extraordinarias á conquistar tal vez la inmortalidad si su negro destino no le hubiera ido al alcance de todos sus pasos.»

El cuerpo ha vuelto á la tierra; el recuerdo de sus talentos vivirá eternamente.

\*\*

En el teatro Real han empezado los ensayos. Las primeras partes hacen gorgoritos y los coros gritan. La inauguración de la temporada se verificará probablemente el día 1.º de Octubre. En muchas casas se habla del divorcio. Hay niñas que cambiarán el novio por un asiento de palco. Hace un trimestre que las localidades fueron conquistadas por los revendedores. Un paraíso va á costar dos duros. Esta carestía la pagan siempre los cantantes.

Cuando se paga tanto por entrar en el paraíso, se entra con confianza, silbando.

\*\*

Las costumbres del público que frecuenta nuestros teatros de verso, han sufrido un cambio muy notable. Antes era tan frecuente silbar una obra mala, como extraordinario que el público deseara

conocer personalmente al autor de una buena. Ahora no hay comedia que en absoluto se repruebe, ni poeta dramático que no haya salido al escenario tres ó cuatro veces llevado de la mano de los actores, á pesar de que el Catecismo aconseja huir de las malas compañías.

En esto nada ha influido tanto como la publicidad que se da á los que antes eran secretos de teatro. El público sabe quien es el autor de una obra un mes antes de que esta se represente; se le imagina la noche del estreno entre bastidores, pálido, tembloroso, queriendo leer en la cara de algún gasista el regocijo ó el desagrado de los espectadores, y no es raro que se muestre compasivo con él. Cuando no se sabe á quien se condena, se duda ménos en sentenciar. Los soldados no serían tan valientes si supieran á quien hiere la bala disparada por ellos. Los premios de los certámenes y concursos, han tenido que salirse del sistema de pliegos cerrados, para que no se niegue en absoluto su justicia.

Todos lo hemos visto. Esos hombres que hacen de la mesa del café un mapa de campaña, y vasos, tazas, botellas y cajas de cerillas los convierten en ejércitos de ingleses y de zulús, son capaces de matar miles de hombres con una sola palabra; cuando tal vez no dar propina al mozo les parece un crimen.

\*\*

Los accidentes en los ferro-carriles franceses menudean tanto que los periódicos para ensayar el epigrama no buscan otro asunto seguros del éxito. He aquí algunas escenas.

Al terminar una acalorada disputa.

—¿Armas? pregunta uno de los contendientes.

—El ferro-carril, replica el otro.

—Pues bien, á mí como ofendido, me corresponde el derecho de elegir línea.

Doña Escolástica está loca de alegría por que ha salvado del suicidio á su esposo.

Registrándole los bolsillos de la levita encuentra una carta que dice: «Estoy cansado de vivir. No se culpe á nadie de mi muerte. Mañana salgo de París en el primer tren. ¡Dios mio, perdónadme!»

El otro día fueron llevados al Hospital de locos dos hombres elegantemente vestidos.

La prueba de su locura es evidente. Se acercaron al despacho de billetes de una de las estaciones de los ferro-carriles y pidieron dos billetes de ida y vuelta.

\*\*

Un pensamiento de Beaumarchais:

El matrimonio es de entre todas las cosas serias la más divertida.

Por eso me decía ayer un amigo mio muy alegre:

—Voy á casarme para empezar á divertirme en serio.

MIGUEL MOYA.

## LA SOCIEDAD

CIVILIZÁNDOSE EN SUS CASTIGOS.

(Breves consideraciones sobre los nuevos sistemas carcelarios.)

La humanidad se asusta hoy de lo que varios filósofos antiguos, y no poco cristianos, entre quienes descuella San Agustín, estudiaban pacíficamente sin que el terrible objeto de estudio les impresionase demasiado, siendo este la predisposición de la humanidad á extraer complacencias y emociones deleitosas del espectáculo del dolor. Seríamos injustos si no reconociéramos que San Agustín, sin embargo, lanza algunas exclamaciones de asombro, algunos lamentos generosos que humanizan sus observaciones sobre las inconsecuencias del corazón humano. Se asombra al considerar que no baste al hombre la emoción de las lágrimas provocada por la tragedia y otras ficciones, sino que necesite y prefiera, para llegar á lo sumo del deleite, la realidad del dolor en toda su pujanza maldita. No quiere explicarse claramente por qué demencia incurable los espectáculos que escitaban más entusiasmo y aplauso, en la época de su adolescencia especialmente, eran los combates de animales indómitos, cuando no eran posibles los combates de gladiadores, y las fierezas de hombres contra hombres. La historia de Alypio, narrada por el hijo de Santa Mónica, pinta más al vivo que ninguna otra relación de aquellos hechos, la fascinación que ejercían aquellas diversiones sangrientas del circo, tanto en los hombres de espíritu elevado, como en las mujeres más piadosas y dispuestas ya á las virtudes pacíficas y racionales del cristianismo. Arrastrado por varios amigos á una de aquellas fiestas inhumanas, hácia las cuales había manifestado execración y horror, el joven Alypio juró que permanecería en el circo con los ojos vendados, todo el tiempo que el espectáculo durase. Pero al lanzar la muchedumbre uno de aquellos clamores irresistibles como los llamamientos de una madre, el severo Alypio, no pudo resistir y se arrancó la venda, para dejarse arrebatar por el delirio de placer que á todos domina. *Et de lectabatur sceleris certaminis et cruenta voluptate inebriatur!*

Esta última expresión es tan aterradora como las que emplean algunos cronistas oficiales de autos de fé, para hacer constar la piedad insinuante con que el inquisidor interrogaba al que acaba-

ba de dar gritos horripilantes en la tortura:—*Tunc pater súbiter allocutes est.*—«Entonces el padre le habló con dulzura, para decirle que tuviese lástima de sí mismo y declarase...»

Pouchot, que con Malebranche y el obispo de Pouilly estudiaron detenidamente estas contradicciones del corazón humano, habla de un sacerdote, capellán de las cárceles de París, hombre de bien á carta cabal y de instrucción nada común, que confesó, sin embargo, con la mayor ingenuidad del mundo, no haber experimentado, en ninguna diversion de las preferidas por los demás, el secreto placer que le causaba la ejecución de un reo bien preparado. Esto fué lo que le movió á solicitar el puesto en que se había distinguido como pocos. Y nadie se atreverá á desmentir á Pouchot si ha contemplado el anhelo vivísimo con que las muchedumbres de hoy se congregan emocionadas alrededor de un patíbulo, ávidas de escudriñar los menores detalles de una agonía ignominiosa.

Pero ¡ah! la porción más alta y sensible de la humanidad presente, empieza, hace ya muchos años que ha empezado, á horripilarse ante ese amor antropofágico de los pueblos al dolor humano. La humanidad que piensa, reconoce que el dolor así adorado será eterna rémora del progreso é injuria de la civilización. Todo cuanto se ha escrito, desde Beccaria, contra la pena de muerte y las degradaciones execrables del hombre en nombre de la ley, tiende á demostrar que ninguna de las luchas sociales por el sumo bien posible en la tierra, será válida, si no funden sus fuerzas y sus objetivos de momento en una cruzada general contra el dolor, contra la pena, contra la muerte, contra la fatalidad de las leyes y de las costumbres.

El primer paso en este sentido lo dió ya el sentimiento religioso desde el siglo antepasado. Las ciencias tardaron poco en seguirle.

Gracias á ellas la palabra *misterio* no se asocia ya tanto como antes á la palabra *dolor*. Que en nuestro miticismo compasivamente dulcificante, consideremos la muerte como un llamamiento, y la enfermedad, como una visitación divina; santo y bueno es, pero hay peligro y resabio de bárbaries al parecer extinguidas en la consideración del dolor como un misterio adorable. No es posible desconocer que semejante fraseología sirve más bien para esconder que para revelar verdades. La ciencia se hace santa desde el día que se propuso averiguar si mucha parte del misterio que hasta aquí hemos creído vinculado con el dolor, es más bien artificial que otra cosa, y acaso efecto lastimoso de los pasados fanatismos. Mucho ha alcanzado con poder afirmar, rodeándose de experimentos concluyentes, que si el dolor es misterio, nunca lo será en grado mayor ni menor, comparado con los demás fenómenos, accidentes y condiciones que, ya trabajan, ya auxilian el destino humano.

Los hombres se acostumbran tan rápida é insensiblemente á los cambios y mejoras conseguidos por la ciencia, que no está demás recordar á su gratitud que apenas hace cuarenta años, el dolor humano era más funesto y fatal que en nuestros días. Por los progresos de la medicina experimental, el dolor ha ido menguando positivamente en muchas de las condiciones laboriosas de la vida. Y en virtud de lo conquistado, podemos esperar con plena certidumbre, que el dolor enemigo se suprimirá por fin del todo en un vasto perímetro de la vida física. Mas no será sin que resulte también, como corolario, la reducción de los dolores morales que no son los más, sino derivaciones malélicas de los dolores materiales.

La introducción de los anestésicos, y la que siguió muy luego de los antisépticos en la farmacia moderna, han suprimido las sensaciones más dolorosas, y con ellas el peligro de las que fueron antes calamidades mayores de la existencia humana. Si á esto añadimos en nuestra apreciación el método hipodérmico para la administración de ciertos remedios que antes obraban auxiliándose del dolor; y además el descubrimiento de varios aparatos que aumentan la rapidéz de los medios de alivio hasta un punto incalculable, concluiremos que la humanidad no es la condenada á padecer en la tierra. No ha llegado la ciencia á resultados tan preciosos como positivos sin alguna oposición dolorosa entre los mismos hombres de ciencia. Es un hecho curioso que aun médicos contemporáneos en no escasa mayoría hayan hablado contra el empleo de los anestésicos, equivocándose acerca de la naturaleza y finalidad del dolor. Y por cierto que las objeciones más numerosas, empleadas por estos profesores, procedían de un punto de vista mal llamado teológico y moral. Algunos de estos teólogos predicaron contra el cloriformo en los partos, apoyados en la sentencia del Génesis contra la mujer:—*parirás con dolor.*— Con todo, los anestésicos han triunfado y no menos las ideas populares sobre el dolor físico y su misterioso papel en nuestra vida. Ya es un error, perfectamente reconocido como tal, en las escuelas de medicina más adelantadas, el principio antiguo, según el cual es el dolor correlativo íntimo y constante del placer y de la felicidad.—

Á estas grandes aspiraciones de la medicina, se une toda sociedad en tendencias paralelas y armónicas, procurando la extirpación del dolor y de la desgracia hasta en aquellas vidas, al parecer, ajenas ó inferiores á la nuestra. Las sociedades protectoras de los animales, las otras que buscan la perfección de especies determinadas de vivientes, el culto más bien que cultivo de las do-

res y de las plantas, el respeto al planeta, á la madre tierra, viéndola digna de una transfiguración gloriosa, suponen que la inteligencia humana reconoce en el dolor, aún el más forzoso como castigo, un elemento anti-cristiano, contrario también á la civilización.

Los códigos, necesariamente, se rasgan avergonzados ante la actitud del hombre, más grande y más digno que como le aprecian sus preceptos irrevocables. La justicia humana reconoce la necesidad de humanizarse; de todas las escuelas jurídicas surgen nuevos sistemas penitenciarios; la cárcel obliga á pensar religiosamente su construcción, su influencia, su racionalidad, como ántes obligaba el templo de la adoración, á pensamientos y plegarias desde que se consideraba su necesidad y se enclavaba en tierra escogida su primera piedra.

La cárcel es el templo negro de la desventura, en donde no figuran recuerdos ó imágenes de martirios inmerecidos por grandes ideas; pero en vez de estos, séres vivientes, mártires sin dignidad, sacrificios forzosos, por ideas y pasiones malditas, por hechos inhumanos, por el misterio del mal.

Siempre es grato hasta la emoción de las lágrimas, en estudios ó ensayos de esta naturaleza, hallar confirmada la ley general de los progresos cristianos que presenta siempre á una mujer como la sacerdotisa iniciadora de todo movimiento ascendente hácia la perfección. No debemos olvidar que así como Enriqueta Beecher preparó la emancipación del esclavo en América, Elisabeth Fry fué la primera en reclamar de su patria, Inglaterra, y de la patria de su fé, Europa, la cristianización de sus gemonías. Hace más de sesenta años que aquella mujer, caritativa en su curiosidad congénita, penetró por primera vez en la inmensa y gigantesca prisión de Newgate, la más temible *ciudad doliente dantesca* de Londres, para salir de allí con una impresión de terror que aterró á la ley, que inquietó á los gobiernos, que conmovió á los sábios, que contrastó á las almas frías, y heló más de un *Te-Deum*, en los templos que celebran los triunfos eternos del cristianismo. Desde entonces la cuestión de las prisiones es capital, se la estudia sin tregua en todas partes y la institución mejora visiblemente. Hoy no existe ya en Europa un lugar de castigo y represión de la libertad del hombre, comparable en su horror con las visiones que sorprendieron en Newgate á Elisabeth Fry. El libro que relata la vida de esta heroína, publicado en Francia por Mlle. H. de Chavannes, y otro posterior, de Miss Mathilda Wrench, titulado: *Visits to female Prisoners*, deben figurar como Génesis en la biblioteca del que se dedique á estos estudios interesantísimos de las ciencias psico-sociológicas.

La fé cada día más profunda en la posibilidad de la enmienda, en la equidad de la rehabilitación, un sentimiento más vivo de la dignidad humana, y de la conveniencia que hay en no desconocerla ni en el culpable, una necesidad de ver más virtud que rencor, más justicia que vindicta en la aplicación de los principios generales del derecho; esfuerzos supremos persiguiendo la abolición de la pena de muerte, la abolición de esta pena decretada en algunos Estados, tal es el río de ideas generosas que corre por la legislación moderna, partiendo de aquel manantial de maternidad cristiana que brotó del corazón de Isabel Fry.

La obra de las cárceles hay que clasificarla entre las empresas magnas y laboriosas de nuestro siglo. Si solo se tratara de poner á séres peligrosos en la imposibilidad de perjudicar á sus semejantes, la cuestión quedaba reducida á levantar murallas altísimas y resistentes, construir verjas de hierro, cadenas, esposas, mordazas y grilletes. Pero el problema, lejos de simplificarse hasta estos términos adquiere cada día más carácter de complejidad, como sucede con toda cuestión relativa á la responsabilidad, solidaridad y reversibilidad humanas, que sencilla y clara en los tiempos más oscuros de la Edad Media, aparece oscura é impenetrable en medio de los progresos conquistados. El derecho penal no ha sido ciencia hasta nuestros días; pero lo que le eleva al rango de ciencia moral, lo que le elevará mucho más en el porvenir hasta convertirlo en sacerdocio humanitario y providente, es y será la constante intención de mejorar lo bueno, de bonificar lo malo, de curar si es posible, de resucitar, aunque no lo sea, á ese enfermo, á ese muerto, á ese Lázaro de nuestra vida social que se llama presidiario, galeote, condenado. No hay fin más noble ni más digno de las ambiciones generosas de nuestra época. Levantar á la porción de la humanidad caída, no desesperar jamás del hombre, alejar las ideas de perpetuidad, de inmanencia y de fatalismo, de las formas accidentales del mal; no sepultar al culpable como si fuera un muerto, no desconocer su vida, distinguir en él los elementos sanos incólumes, abrirle más allá de los muros espesos del calabozo los horizontes soleados, clementísimos, de la rehabilitación; consagrar las prerogativas del tiempo reparador; hacer posible para un mañana no lejano, á las esperanzas de un reo, la estimación de los hombres aplazados en su justicia; no consentir que el culpable se condene á sí mismo convencido de su inercia para la vida redentora del trabajo; dignificarlo por el sentimiento del deber, por el dolor sincero de un pasado irreparable, ¿qué propósito más grandioso que el me-

nor de éstos podrá entrañar ninguna nueva ley del siglo XIX?

Si el derecho de castigar es manifestación legítima inherente á los poderes sociales, es necesario darlo á conocer marcándole límites racionales dentro de la legalidad moral; porque no hay ya grandeza, no hay ya poder, no hay derecho, no hay vida racional concebible en la sociedad moderna, si no pierde los caracteres de infinitud y vaguedad arbitraria que estas cosas afectaban en lo antiguo, encerrándose hoy en límites y condiciones que las caractericen como necesidades de los tiempos, y no como imposiciones de la eternidad desconocida. Los castigos sociales para permanecer en los límites de la legalidad moral, han de ser, sobre todo, reformadores, medicinales, en vez de ceñirse como hasta ahora á las más espeditivas represiones de los delitos. Esto es lo que constituye la importancia de los diversos sistemas carcelarios, como empresa de mejoramientos, de regeneración individual y social, en favor de los malaventurados, corrompidos ó abyectos; en ninguno de los cuales es ya posible desconocer una chispa salvadora entre las cenizas, una perla bajo el fango, un deseo siquiera débil y acobardado de ser mejor en medio de la ignominia á que su delito y la ley le han condenado. Las viruelas del crimen no deben dejar marcas acusadoras una vez curadas.

Tenemos por incontestable el siguiente hecho psicológico; que el delito más grave que someta á un hombre al fallo inexorable de la ley, aunque este delito sea el asesinato, y sobre todo si es el asesinato, no basta en la mayoría de los casos á dar la clave y norma del carácter del acusado. Resultado fatalísimo de un acceso de furor, de ira, de venganza, de celos, el crimen puso por un instante *fuera de sí mismo* al desventurado; la acción criminal, una vez consumada, deja por lo regular intactas, bajo la lava ya fría de la indómita pasión, las cualidades preeminentes del carácter.

En la obra de Mittermäier *Die Todesstrafe*, se encuentran en abundancia observaciones confirmativas de esta verdad. En el antiguo penitenciarío de Basilea fueron por largos años modelos de virtudes sublimes, casi tipos reconocidos de santidad que pusieron en duda la integridad de los jueces, dos mujeres condenadas por infanticidio, el más monstruoso de los crímenes. Ellas dieron á compañeras enfermas testimonios irrecusables de verdadera inmolación cristiana.

La más joven, bella, inteligente, instruida, no desmintió ni un solo día, ni en una sola de las pruebas á que estaba condenada, la posesión de un gran carácter, igual, recto, excelente, y esto en las peores condiciones de organización interior dispuestas para agravar la posición y la desgracia de los cautivos. Un condenado que no juzga, á su vez, y no marca las extralimitaciones del castigo merecido, es el colmo de la resignación! Mil hechos análogos han tenido lugar en las cárceles de la Suiza Romanda, en las de Alsacia, siendo la más notable y rica, para estudios de esta índole, la de Ensisheim; y en las de Oldemburg, ocasión principal, creemos, de las observaciones de Mittermäier. Unas veces individual y otras colectivamente, se han visto allí, como explosiones volcánicas, surgir sentimientos y ejemplos de abnegación, de generosidad, de verdadero sacrificio sagrado; y esos sentimientos no significan más que el nacimiento, al fin, de una vida superior que los criminales llevaban latente ó implícita dentro de la vida apasionada que los perdió. Asegurar á todo condenado que encierra en sí los gérmenes de su rehabilitación; declarar que su alma no merece la pena decretada, repetirle que de él se espera lo mejor, es ya elevarlo sobre sí mismo. Y esta regeneración comenzada, al paso que sutiliza el carácter y sensibiliza el corazón, para que sienta la pena con eficacia, le hace más odioso el delito que le fatalizó.

¡Cuántas, cuántas veces, el sentimiento de repugnancia que inspira un desventurado que ha cumplido condena, es el segundo crimen, crimen universal, que le arrastra por segunda vez á la prisión! El enfermo estaba curado, pero el médico, la sociedad, se encargó de la recaída.

Otro punto muy esencial que reclama serias consideraciones es el estado de salud en que el castigo deja al condenado cuando sale de la prisión. Lina Beck-Bernard, ilustre dama de la patria de Agassiz, habla en una memoria sobre las cárceles de mujeres, de una infortunada adolescente á quien conoció en un penitenciarío de la Suiza alemana. Encarcelada tres semanas después de un parto laborioso, fué sepultada preventivamente por espacio de cinco meses en una mazmorra tan húmeda y oscura, que la infeliz salió de allí paralítica y ciega. Nula, porque ignoraba ya quien era. Había pasado por el infierno del olvido. Después del juicio bárbaro que la condenaba á pesar de esto á cuatro años de prisión, fué casi arrastrada al penitenciarío, para seguir ignorando allí por qué se la castigaba y por qué seguía viviendo. En casos semejantes es evidente que la ley traspasa, no por modo intencional, pero virtualmente, su derecho de castigar. Y es innegable que en este exceso no hay menos barbarie que en las torturas de la Edad Media, dislocando previamente los huesos del acusado, para prepararle á los interrogatorios. La pérdida de libertad no implica la pérdida de la salud. Algunos estiman esta segunda pérdida como consecuencia inevitable del delito, cuando no es sino consecuencia del castigo. Es

pues, segundo delito, del cual es responsable la ley. La elección del lugar en que más convenga edificar la prisión, el alimento, la higiene, el aire, la luz, el agua, el espacio, el calor, la atmósfera refrigerante reclaman capítulos extensos en estas cuestiones de equidad ineludible. ¿Por qué no escojer las márgenes de los ríos con preferencia á otros puntos? Estímese en lo que vale la seguridad dada por todos los médicos de Tolon, de que la vista y la influencia del mar es lo único que hace tolerables á ciertas naturalezas la bárbara expiación que pesa sobre ellas dilatados años.—Hay una sed ardiente peculiar de los dolores impuestos que se asemeja en su agonía á la del herido en los campos de batalla. Es acaso sed del alma á quien basta por alivio la presencia de un oleaje, de esa materia simbólica de los bautismos, algo como los arroyos tan propensos hoy á apariciones milagrosas para los peregrinantes libres. Y en cuanto al sistema celular completo ó mitigado, es ya, en concepto de todos, excesivamente difícil, acaso temerario, convertirlo en base de leyes irrevocables. De aquí resultaría, según Toqueville y Eugenio de Beaumont, que el mayor ó menor triunfo del horrible sistema dependería exclusivamente de la raza. Para la raza latina la condena sería á la desesperación y á la locura, para los pueblos intertropicales, pena de muerte; al paso que para las razas germánica y anglo-sajona, la misma ley significaría, condenación á transfigurarse ó redimirse en las purificaciones de la soledad.

Pero en una misma raza la ley sería desigual por la diferencia de los caracteres.

La señora Beck-Bernard visitaba en 1854 la prisión celular de Ginebra, demolida al fin pocos años después. Allí, sin embargo, lo que impresionó á la visitante fué la expresión simpáticamente serena, apacible, aunque un tanto melancólica, de la fisonomía, en todas las mujeres confinadas en la soledad celular; expresión opuesta á la odiosa, atormentada y repulsiva de las otras mujeres allí condenadas al trabajo en comunidad en los talleres del penitenciarío. La impresión resultaba á favor del régimen celular, en las prisiones de mujeres. Pero en Londres, en el sombrío Londres, se repite con frecuencia el caso de aquel detenido en su celda atahudada hacia ya seis años. Desesperado por haber solicitado vanamente durante una semana la visita del director ó del capellan, se arrojó una mañana como fiera sobre el carcelero que le traía la pitanza, para hacerle una herida cuidadosamente donde no le fuese peligrosa al agredido. Llevado al pretorio inexorable, declaró que al proceder como había procedido desgraciadamente, no había tenido más fin que procurarse aquel momento, el consuelo de verse allí delante de tres hombres que le oyeran exclamar:—«¡Ah! cuánto he sufrido, hermanos míos! Pero la alegría de veros al fin con esa expresión de indulgencia ha tenido más poder que mis lágrimas para llamar á la amiga muerte. Yo lo sospechaba!»

Y cayó en brazos del carcelero exhalando el suspiro último tan deseado. Tales ejemplos demuestran que un régimen que diversifica caracteres opuestos tiene por primera condición la de ser revocable; lo que perjudica en parte á la severa unidad de la ley, desautoriza su inflexibilidad.

Las reformas carcelarias inspirándose siempre en el propósito de desintegrar el dolor de los principales elementos de nuestra vida, de reconocerlo como no inherente en manera alguna á las condiciones de la humanidad, quieren que en toda prisión se adopten por regla general los sistemas y métodos de estímulo. Los castigos no mejoran á nadie. Se concibe que la noción del infierno lleve implícita con más fuerza que la noción de gloria la idea de eternidad. Si allí se castiga, el castigado nunca será más que lo que fué el primer día, un réprobo; y el infierno parece tener por fin supremo impedir que quiera redimirse el condenado. En las prisiones antiguas los caracteres audaces afrontan las vejaciones, se burlan de ella. Nuestra naturaleza es por otra parte fecunda en desprecios que equivalen á fuerzas de resistencia vital. Cuando el ser racional llega á saturarse de dolor, cuando ríos y montañas de ignominias han pasado por cima de su alma y de su vida; todo lo que en él hay grande, se levanta entonces con una nueva voluntad para no querer sentir y no sentir desde luego el dolor injusto que se le inflige. El *Deus in nobis* que cada hombre siente dentro de sí, traza también con su dedo un límite á los mares invasores para decirles: «de aquí no pasareis.» Por eso ha habido épocas de degradación por exceso de obediencia pasiva y resignada, en las cuales la rebeldía fué una virtud angélica, la única divina salvadora de la dignidad humana. El dolor favorece estos fines, endureciendo, encalleciendo á los maltratados, al mismo tiempo que endurece por igual el corazón del ministro del castigo. Los caracteres tímidos oponen á los innobles tratamientos algo más resistente que la dureza de los otros, cierta indolencia sublime, cierta inercia que nada puede inquietar. La muerte ofrece por anticipado á aquellos candidatos suyos lo más desprecioso de su espantosa pasividad.

El castigo no puede ser útil y eficaz, sino cuando pone en conmoción exclusivamente el poder regenerador del hombre, la conciencia. Cuando el sentido moral renace y los errores del pasado aguzan sus penetrantes filos, no hay sistema de severidad externa infamante que supere en torturas á aquel rigor misterioso del foro interno, del tribunal de la conciencia. Todo lo que castigue al hom-

bre ha de ser interno, secreto, íntimo: como lo fué su delito, si sólo consideramos aquellos delitos que en buena ley no eximen de responsabilidad. Los tribunales invisibles, los jueces francos, los concejos venecianos de las últimas barbaries, en medio de su horror ilegal, mostraban respetar al menos por los secretos de que se rodeaban, el pudor de la humana dignidad.

Para los cristianos del pundonor, que no reconocen nada más depresivo de nuestra alteza que la bofetada, que la mano de otro cayendo violenta contra nuestra mejilla, contra el sagrado cáuce de nuestras lágrimas; para estos es indudable que por el solo hecho de suprimir al verdugo es menos innoble la condenación a muerte entre los islamitas nobles. Aquel cordón enviado por el jefe supremo al condenado, pidiéndole que él propio se quite la vida y se castigue á sí mismo, aquel recurso que vela la cobardía del homicidio legal bajo lo que tiene el suicidio de esfuerzo heroico, de libertad soberana y de misterio incompensable, suponen más respeto á la dignidad humana que el garrote público y la picota que expone á la vergüenza, según los términos consagrados judiciales. La señora doña C. Arenal en un estudio notabilísimo contra las ejecuciones públicas y en la forma que se verifican actualmente, ha propuesto con rara inteligencia, medios de pudor, que análogos en parte al que acabamos de indicar, suprimen horror grotesco y tienden á dar rasgos de grandeza al hecho abominable. Bien que la intención primordial de la insigne autora, no sea sino procurar la suma de alivios posibles al misero en sus postrimerías.

Otra preocupación de los filántropos reformistas cuyo corazón bendecimos, es la de la luz para los encarcelados. Esto es lo contrario de lo que en los anteriores párrafos nos hemos atrevido á censurar. No queremos la exposición de la desgracia á la luz inverecunda, queremos la luz en el seno de la desgracia como el bálsamo en las llagas, bajo la protección de vendas caritativas. Si el hombre ha dejado de ser piedra de escándalo, piedra de todos modos como delincuente, á los ojos de la ley, si vuelve para ella á ser lo que siempre fué según la naturaleza y las ciencias fisiológicas que le definen, una planta superior á la sensitiva en sus impresiones y necesidades, claro es que además del agua, reclama la luz como condición esencial de su vida. Reclama el aire y la luz, dos elementos sin embargo economizados extrañamente hasta nuestros días en todos los lugares de reclusión. En este concepto nadie negará la preferencia al sistema de Kuhne, que pide la construcción del penitenciario á distancia de la población, sin vecindades que le quiten luz con sus sombras. La acción de la luz sobre el individuo es benéfica y reparadora en todas las relaciones de la vida. Fisiológicamente es más que necesaria, es condición *sine qua non*, para mantener el equilibrio en la economía de las funciones vitales. Véase lo mucho que encarece esta parte de la cuestión, el libro del abogado suizo, C. Corne, que lleva por título *Prisons et Détenus*. No solamente en las prisiones del Norte, sino en las de pueblos del Mediodía, se ha hecho constar en los últimos diez años los terribles efectos que la privación de la luz producía en las existencias aherrojadas, más duros á las almas que la dureza de grillos y cadenas á los cuerpos. La ceguera es frecuente y con la ceguera, portal modo contraída, la imbecilidad; en otros aparece sin tardanza la atrofia y la anulación del sentido del tacto. Lo que ayuda á vivir á los forzados de Tolon y de Brest no es solamente el mar con su influjo fortificante; es la luz, el abrazo de la luz recibida por horas al aire libre, según confesión de aquellos malaventurados. Pero considerado este punto con relación á las cárceles de España únicamente, no dejará de parecer superfluo á los que suponen que en nuestra zona la luz es siempre superabundante, cualquiera que sea la entrada que se dé á sus rayos en las viviendas. Con todo, la cuestión nos interesa lo mismo que á los otros pueblos, pero como lo superfluo sería insistir en ella, es mejor, una vez en la vía de las exigencias, pasar á otras observaciones sobre otras al parecer superfluidades.

Las reformas que tratamos quieren el empleo de la música en las prisiones, así de hombres como de mujeres, reconociendo en ella un elemento de pacificación y de calma redentora, opuesto á la rudeza indómita de la mayoría de los encarcelados. Considerado este punto como un beneficio, como una dulzura para los que sufren condena, la pretensión parecerá cándida; pero no lo parecería, si consideráramos en vez de esto lo mucho que merece la música popular en nuestros días entrar en la prisión para depurarse de sus gravísimas faltas. Toda prisión bien organizada, tiene en los pueblos más cultos de Europa una escuela de música, en donde la música y sus compañeros los otros presos ganan lo que no es para detallado dentro de los límites de este ensayo. Mucho da que pensar, mucho nos hace creer y esperar del hombre, el recuerdo de aquel cántico de amorosa condolencia, consagrado por la Iglesia, origen de grandes progresos armónicos, el *Stabat Mater*, compuesto por el infeliz Jacopone de Todí en la prisión en que agonizaba desde hacia doce ó más años. No hay pueblo europeo que no cuente en sus tradiciones, en la historia de sus desventuras, con una leyenda vinculada á las más patéticas y penetrantes melodías populares declarándolas compuestas por prisioneros en sus horas más desesperadas. Cuando el corazón ha agotado sus lágrimas

en vano para ahogar su dolor, pide á la resignación un canto con que adormecerle.

El fin de los sistemas reformistas, no es, en definitiva, la represión del crimen, sino la eficaz composición de los delincuentes. Obligándolos por cuantos medios sujera el amor humano, á renunciar al vicio, á desarraigar de ellos los gérmenes del mal, hay que poner algo en el vacío que estos gérmenes van dejando en cada corazón; hay que oponer allí una moral á las pasiones, una bendición al anatema, una instrucción á la ignorancia, un trabajo querido al desaliento, la amenidad refrenante de los hábitos civilizados, al salvajismo, á la innoble grosería de las costumbres. La sociedad, interesada en esta empresa, aspira á hacer de la prisión una escuela más, un hogar con otro nombre, en donde ella pueda estudiarse también á sí misma, y por nuevos métodos espartanos, puedan las virtudes nacientes precaverse contemplando los efectos de toda desviación. Así como la ciencia arrancó desde tiempos remotos los principales secretos de la vida, á los primeros silencios de la muerte, por la autopsia del cadáver ¡quién sabe qué nuevos secretos de vigor y firmeza extraerán las virtudes viriles del porvenir de la oscuridad de sus contrarios, en los anfiteatros del crimen!

TRISTAN MEDINA.

## CONGRESO Y EXPOSICION DE AMERICANISTAS.

En la Academia de la Historia.

DIA 25.

No es costumbre que los Congresos científicos internacionales se celebren en España; pero esta vez cupo la suerte á nuestra patria de que se reunan en Madrid los americanistas para celebrar su cuarto Congreso.

Y en verdad que nada es más natural. España y América están unidas por los lazos que unen á la madre con el hijo, se enlazan por vínculos estrechísimos que brotan de aquel sentimiento que ayer invocaba con inspirada frase el elocuente orador americano Sr. Varela; España y América, según su felicísima expresión, se unen en aquella primera lágrima que vertió Colon al pisar la tierra que su genio adivinara; no son lazos formados por la opresión los que con América nos unen; están constituidos por el sentimiento, por el amor á una patria común, por relaciones semejantes á las que unen los hijos de una misma madre, por el santo nombre de la fraternidad.

Por eso debemos pensar que el Congreso americanista debe aumentar las relaciones de España con América, ya que tan comunes son sus intereses; pues es indudable que el porvenir de nuestra patria estriba mucho en las relaciones con aquellas tierras descubiertas por Colon, y que, como hijos mayores de edad, se han emancipado de su madre.

En la Universidad.

Habíase señalado la hora de las dos para inaugurar oficialmente el Congreso de americanistas, y bastante tiempo antes hallábase el Salon del paraninfo completamente lleno por escogido público; la familia real ocupaba la presidencia.

El Sr. Albareda, desde la presidencia de los individuos del Congreso, pronunció un buen discurso, que puede considerarse como exposición ó programa de los trabajos del Congreso. Las palabras pronunciadas por el Sr. Albareda—que tuvieron todo el corte de un discurso á la inglesa—estaban sin duda inspiradas en altos sentimientos y en muy buenos deseos.

Leyó despues M. Bamps un discurso en francés, admirablemente escrito. En él se expresa una idea é nuestro entender, muy importante; el indicar el gran papel que los sabios españoles deben tener en los estudios americanos: sus observaciones deben servir de guía para estudiar un país hijo de España, que habla español y que á España debe, en gran parte, su civilización; tal es la opinión de M. Bamps y nos parece que el sábio belga está en lo cierto al conceder mucha importancia á los trabajos españoles; pues por la igualdad de lenguaje y las afinidades de raza pueden aquellos llevar más lejos la investigación y contribuir á la historia completa de América con datos de mucho valor.

Respecto á esto ocurresenos una idea emitida ya en una acreditada Revista; si en los congresos americanistas se trata de cosas y asuntos en que los españoles pueden llevar la mejor parte, si además se investiga acerca de países hijos de España, que hablan su mismo idioma, ¿por qué no se declara oficial en las reuniones de americanistas la lengua española? Y ya que de esto hablamos, indicaremos otro asunto no menos importante, en el actual congreso debe indicarse la localidad en que ha de celebrarse el venidero; ¿sería conveniente que esta localidad fuese en América, Méjico, por ejemplo?

No habian terminado los aplausos, justamente tributados al discurso de M. Bamps, cuando se levantó el señor don Héctor F. Varela, ex-ministro de la República Argentina, colaborador de LA AMERICA y pronunció un discurso hermosísimo, improvisación magnífica, llena de sentimiento, dicha con gran entonación, en correctísimo español; este discurso, si breve, muy sentido y lleno de grandes deseos é inspirado en los principios de libertad, mereció ovación y aplauso unánime y repetido.

«Audacia grande es la mía, dijo el Sr. Varela, al desplegar los labios en un certámen que los reyes de España presiden, y en el que ha lucido las buenas dotes de su palabra el señor ministro de Fomento; propagandista incansante, verdadero soldado de la ciencia, que lleva en su frente ese rayo de luz con que los hombres grandes cuentan siempre para prepararse á las soluciones del porvenir.

Pero si me atrevo á desplegar mis labios, es por que no doble motivo me impulsa á ello.

Primero, por agradecer á S. M., á este país, á su Gobierno y á los iniciadores del Congreso, la generosa hospitalidad con que brindan á los peregrinos americanos; y segundo, porque me parece que en este pedazo de España, donde

ahora me hallo, tengo todas las dichas y las aficiones todas que en mi patria.

Con la galanura de lenguaje del poeta, con la mansedumbre tierna del literato, ha descrito el señor ministro de Fomento la salida de España para América de aquel hombre inmortal que se llamó Cristóbal Colon.

Nos ha presentado á aquel viejo genovés en sus carabelas, nos ha hecho admirar la insigne grandeza de una mujer, única que supo admirar el genio; y bien, señores, yo al oír descripción semejante, al encontrarme en tierra española y al sentir sobre mi frente el calor de un rayo de su sol, he recordado aquella lágrima que al poner el pié en América vertió Colon, y á la que ha aludido el señor ministro de Fomento.

Aquella lágrima es el faro luminoso que alumbrará España en sus relaciones con América, faro que con su luz esplendente impedirá que en adelante se repitan hechos funestos y tristes episodios que España y América lamentan.

Ya en adelante solo se escucharán en América dos gritos unánimes: el que lancen los americanos y los españoles abrazados á la bandera de la fraternidad en nombre del santo amor de mi patria y de la generosa España.»

DIA 26

Por la mañana.

Presidia el señor duque de Veragua. Sentábanse junto á él el príncipe de Gortschakoff, el conde de Toreno, el señor Lasala y los secretarios Sres. Fernandez Duro y Domec.

La sesión, que duró cerca de tres horas, fué interesantísima. Pronunció el señor duque de Veragua un elocuente discurso recordando las glorias de América y encomiando los trabajos hechos en los tres congresos que van celebrados; disertó el Sr. Beauvois, en francés, acerca de los estudios hechos por los ingleses, á propósito de la historia de América; leyó el Sr. Fernandez de Castro una erudita memoria contestando á esta pregunta formulada en el congreso de Bruselas: «¿Puede creerse que haya estado la isla de Cuba unida al Continente?» como discurso y Memoria iban acompañados de mapas, piedras, documentos fósiles y objetos raros de gran valor científico, la historia y la geología tuvieron motivo para regocijarse de aquel tributo rendido en su obsequio.

Merece recordarse también como notables los discursos, Memorias y datos de los Sres. Rodriguez, Ferrer, Fabié, Reinoso (D. Alvaro), La Espada, Miranda, Toca, Kume, Neussel, Botella y Bamps.

Por la tarde.

Preside el príncipe Gortschakof. Las investigaciones históricas siguen á la órden del día. Pero los sabios se acuerdan de que reunidos representan al mundo de la ilustración y del progreso, y dan breve tregua á sus trabajos para cumplir un deber sagrado. A propuesta del señor Houghton, cuyas sentidas frases encontraron eco en todas las almas, los concurrentes se ponen de pié y acuerdan dirigir á la señora del ilustre Garfield, individuo del Congreso, este telegrama:

«El congreso de americanistas reunido hoy en Madrid, en su primera sesión, unánimemente pide á V. E. trasmita á la señora viuda, madre é hijos del general Garfield, y al pueblo americano, la sincera expresión de su simpatía y pésame por la irreparable pérdida que ha sufrido América.»

La discusión de los temas relativos á la geología é historia del Nuevo-Mundo, continuó despues. Hablaron, demostrando gran elocuencia y erudición vastísima, Mr. Saussure, el P. Fita, Mr. Lourot de Besancon y los Sres. Espada, Minguez, Zaragoza, Hajar, Misamell, Catalina y Varela (don Hector).

Se acordó la creación de un archivo de los congresos de americanistas.

La sesión terminó á las cuatro.

Exposicion de flores.

En el Botánico asistieron en las últimas horas de la tarde los socios del congreso á dos solemnidades: la exposición de la flora americana y la celebración del centenario de la creación de dicho jardín.

Hubo un notable discurso del sábio profesor de botánica D. Miguel Colmeiro, refiriendo la historia de tan importante fundación; entusiastas frases de gracias de Mr. Dogué; y una admirable y elocuentísima oración del Sr. Varela (D. Hector), apología de la mujer en todos los pueblos civilizados.

De la exposición de flora es lo más notable la colección de frutas y semillas, procedentes de América y Australia, recogidas por las expediciones españolas del anterior y del presente siglo.

Toda la prensa de Madrid ha estado unánime en celebrar el triunfo oratorio alcanzado el día 25 por nuestro querido amigo el Sr. D. Héctor Florencio Varela. Su discurso, una de las más felices improvisaciones que hemos oído en nuestro rico idioma, es un modelo de inspiración, de sentimiento y de ternura. Y es tanto más de envidiar este señalado triunfo, cuanto que España es el país clásico de los oradores.

Entre otros periódicos, hé aquí lo que dice *El Progreso*:

«La brillante improvisación de D. Héctor F. Varela en la sesión celebrada por el Congreso de americanistas, y de la cual damos cuenta en artículo separado, fué el verdadero acontecimiento de la solemnidad de ayer.

El Sr. Varela, calurosamente aplaudido y felicitado al terminar su discurso, recibió durante la tarde y parte de la noche numerosas visitas de distinguidos personajes, individuos del cuerpo diplomático, senadores, diputados, estudiantes de nuestra Universidad, miembros del Congreso de americanistas y muchos americanos residentes en Madrid, deseosos todo de manifestar al elocuente orador el entusiasmo que había despertado.

Felicitemos á nuestro distinguido amigo por tan brillante triunfo, y felicitamos á la patria que le cuenta entre sus más preclaros hijos.»

Reciba, pues, el elocuente orador argentino nuestra más entusiasta enhorabuena por el éxito que ha alcanzado.

## CONFLICTOS

ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGION. (1).

LUZ! MAS LUZ! fueron las postrimeras palabras de Goethe moribundo, y Littré, recordándolas, repetía: luz, más luz, para los pueblos que han de emanciparse! Luz, y más luz, nos decía recientemente un ilustrado compatriota cuando, recorriendo el pasado, nos trazaba el seguro medio de vencer al enemigo que cierra la marcha. Y a fe que tiene razón. El fondo de la controversia ó la lucha que agita á la sociedad moderna, se resuelve por la propagación del saber, por la extensión que se dé al horizonte intelectual de los pueblos, y por la formal reivindicación de los derechos de la inteligencia humana, de la misma manera que la inquietud y los sobresaltos de una noche pavorosa se disipan y extinguen al asomar el astro del día. Las más grandes dificultades, los mayores conflictos, desaparecen por la certera apreciación de los objetos y las ideas. Cambiemos el espíritu de los pueblos, y habremos triunfado: no lo cambiemos, inclinémonos ante el pasado y serán inútiles todos nuestros sacrificios. La ciencia tiene el raro privilegio de vencer sin combatir: su acción inerte es continua y segura. Sus oráculos, lanzados al viento, conmueven el mundo moral y van á abonar la tierra propia á su germinación, sin curarse de los gemidos ni de las maldiciones que arrancan. Una vez dijo: el sol es el centro del universo; y otra vez: la tierra se mueve al rededor del sol; y otra: la tierra es redonda; y siguió serena su camino, sin preocuparse de si hería de muerte á todo un sistema religioso, ni de las cóleras de los más poderosos de la tierra.

Por eso los Gobiernos, desde que el espíritu democrático los anima, comprenden, así como los buenos y más avanzados ciudadanos, que su primer deber es la propagación del saber, comenzando por la escuela primaria y concluyendo por la protección al periódico, al libro y á la misma actividad individual, que por sí sola busca la luz como la planta se vuelve al sol. Por fortuna, de la misma manera que la luz de este astro, la de la inteligencia tiene tal poder de irradiación, que en el mayor número de casos basta quitarle obstáculos para que verifique su expansión y fecundidad. Los pueblos libres, aquellos cuya organización política les da á ellos mismos el cuidado de su cultura y bienestar, son regularmente los más instruidos, y aquellos en los cuales la acción del Gobierno recoge más abundantes frutos, porque la instrucción brota espontánea y vigorosa. El Gobierno hace como cinco y recoge por millares.

Entre nosotros la Administración pública hace cuanto puede para llenar ese deber. Abriendo de par en par las puertas al mérito, las instituciones estimulan poderosamente la instrucción; y las madres mismas, aunque, en general sojuzgadas por el clero, quisieran sustraer de la instrucción á los hijos, no pueden menos de ceder al brillo que dan á la juventud la lectura, la esmerada educación y las profesiones científicas. Cada día se advierte mayor anhelo por el saber, más respeto por la ciencia, más interés por su propagación. Las escuelas, no obstante la pobreza del país, se llenan: las poblaciones acuden presurosas á las fuentes que se les procuran.

Mas hay un ramo todavía bastante descuidado, porque, á pesar de todo, se ha dejado en manos del clero ó bajo su influencia: es el libro. Nada más raro aquí que hallar un buen libro al alcance de la juventud estudiosa. Por los hábitos, por la falta de vías de comunicación, por el alto precio de la imprenta, nuestra sociedad no se provee sino de libros autorizados y especialmente elaborados por la Compañía de Jesús, desde los del Padre Jaen hasta los de la pomposa y falsa erudición de Cantú. Esa clase de libros es más propia para condensar la ignorancia, entenebrecer la inteligencia é imposibilitarla para las concepciones de la ciencia, así como son simplemente estériles, cuando no corruptores, los de esa literatura, frívola ó libertina, que produce la mera especulación francesa. A la verdad que esta pobreza literaria inutiliza los esfuerzos mismos del Gobierno en materia de instrucción.

Leer no es más que un principio de saber: es

(1) Estas páginas, tal vez las últimas y más importantes que escribió Murillo, forman el Prefacio de la edición de la célebre obra de Draper que lleva el mismo título y que hizo Murillo en Bogotá, imprenta de Gaitan, en 1878. Murillo se proponía publicar varios libros de este mismo género, destinados á la juventud colombiana, pues veía con dolor profundo que en aquel país son casi desconocidas las obras de la ciencia moderna y que se lee muy poco y mal. Hasta los últimos días de su vida estuvo preocupado Murillo por esa idea, y convencido de que hay que poner el alcance del pueblo libros como los de Draper, que contengan la síntesis de cada ciencia é iluminen tantos cerebros sumergidos en las tinieblas de la ignorancia y del fanatismo. Murillo sabía, como todos los verdaderos liberales, que la lucha entre la ciencia y la Iglesia romana durará eternamente: y por eso trataba de ofrecer á la juventud libros admirables, con los cuales pudiera ella fortalecer sus doctrinas y ponerse al corriente del movimiento científico del siglo. En esto, como en todo, probaba su prodigiosa inteligencia de jefe de partido y hombre de Estado.

Esperamos que estas páginas sean acogidas y estimadas por todos los demócratas de América como el testamento político de uno de los ciudadanos á quienes debe más la causa de la libertad y del progreso en el Nuevo Mundo.

dar el primer paso ó, si se quiere, el paso primordial; pero si no se encuentra qué leer, ó si lo que se encuentra, en vez de enseñar, cria una dificultad mayor á la inteligencia, deja de ser un bien para hacerse un mal. Si la lectura se ejercita, como sucedía en el Paraguay, donde los Jesuitas enseñaban á leer á todos para que leyeran y fijaran en la memoria los catecismos de sumisión é idolatría que conveían á su dominación, la escuela, lejos de servir á la civilización y dignidad del hombre, tiende á sumirlo más en la degradación y en la servidumbre.

Herschell decía á sus discípulos en astronomía, que si querían aprovechar sus lecciones, procuraran hacer el vacío en su inteligencia ántes que aspirar á comprenderlas.

Nada más difícil que enseñar al que cree saber, ni se han visto nunca gentes más intrépidas en su ignorancia que las que han llegado á formar su espíritu con la sumisión al poder, que es el autor de su propia imbecilidad.

Se ve todos los días que, por las influencias del clericalismo, Gobiernos, ciertamente ilustrados pero indolentes, señalan como libros de instrucción para las escuelas farragos de historia y catecismos hechos expresamente para embotar la inteligencia de los niños, neutralizando así los buenos efectos de la Administración. ¿A qué despertar la sed si, en vez de abrir manantiales de agua sana y limpia, damos de la que condena las poblaciones al cretinismo?

Penetrados de esta verdad, y queriendo dar principio á una provision de otro género, ya que la simple especulación no puede hacerlo porque la ignorancia opone resistencias al espendio, hemos resuelto emprender la reproducción de algunos de esos libros didácticos, de diccion clara, sencilla y bien nutridos, como los que nuestra juventud necesita. Hemos escogido, para principiar nuestra tarea, el precioso libro de I. W. Draper, profesor de la Universidad de New-York, titulado *Conflictos entre la ciencia y la religion*, el cual nos ha parecido ser una de las mejores producciones de la época presente.

En doce capítulos, con órdenes y método, expone ese sabio, despertando de página en página mayor interés, los orígenes de la ciencia, su desarrollo y estado actual, con un talento que no puede menos de vulgarizar el amor á la ciencia y contribuir á enaltecer los esfuerzos que se vienen haciendo para entregarle el cetro del mundo. Cualquiera lector atento, iniciado en la clase de estudios que la marcha de la sociedad permite, que siga esta lectura, se hallará al fin con un cúmulo de conocimientos que no sospechaba poder adquirir en tan corto tiempo. En la época presente, la instrucción se propaga en las masas por síntesis, tocando á los sabios especialistas los trabajos de observación y de análisis.

Sociedades que se forman por los telégrafos, ferro-carriles y periódicos, y sociedades tan llenas de necesidades y de gozos, no pueden seguir las ciencias en sus pormenores, y tienen necesidad de que se les den en síntesis los trabajos intelectuales.

Algunas pinceladas, como introducción á este estudio, parecen necesarias para completar el cuadro que desenvuelve el autor siguiendo los anales de la ciencia desde el punto culminante que ella alcanzó en la escuela de Alejandría.

¿La humanidad tuvo cuna? ¿Adán y Eva, son ciertamente los padres de la humanidad ó son el símbolo de la creación espontánea y múltiple del hombre? ¿Delante de cuáles poblaciones debía ocultar Cain su rostro salpicado con la sangre de Abel? ¿Se puede explicar por la dinámica celeste el diluvio de Noé? ¿Cuáles fueron los primeros pasos del hombre sobre la tierra? ¿Cómo se organizaron las primeras sociedades? ¿Por cuántos siglos vivió en una ignorancia tal vez mayor que la que palpamos todavía en los salvajes de América y Nueva Zelanda? Sin noción alguna agrícola, sin lenguaje, sin numeración, sin escritura, sin idea del tiempo, sin medios de proveer á sus necesidades y á su defensa!

Nada se sabe del principio del mundo, fuera de algunas conjeturas suministradas por la geología, la paleontología y la cosmogonía. Humboldt dice que nada se sabe, y añade que no puede saberse, porque ninguno pudo asistir á la creación, ni tenía medio de transmitir sus impresiones.

Los fundadores de religion, como Zoroastro, Moisés, Budha, obligados á dar á su Teogonía la unción divina, han salido del paso acudiendo á la revelación, y han impuesto á la cándida credulidad de las gentes las versiones que han tenido por conveniente.

Esas versiones han corrido como dogma religioso, sin exámen ó discusión, y han pasado de generación en generación, durante la larga noche de la inteligencia, como obligados puntos de partida; pero no han podido resistir á los primeros albos de la civilización. El Pentateuco ha tenido esta suerte; la taumaturgia no ha podido ponerse enfrente de la ciencia.

«Dos mil siglos antes, dice un arqueólogo, escribiendo en las orillas del Nilo, de que el pensamiento judío hubiera agitado las cuestiones de origen, este pueblo, el egipcio, vivía, pensaba, escribía, en pleno desenvolvimiento. A la hora en que Abraham aparece en el vértice de la historia, en la que los imperios de Caldea y Asiria se divisan confusamente, y en la que tenemos la costumbre de ver en la vida patriarcal el primer ensayo de sociedad humana, esta raza de

Egipto era ya vieja, habia tenido una civilización completa, poderosa, venida no se sabe de dónde, nacida no se sabe de quién; y estaba ya en decadencia, bajo más de un aspecto. Sus ciudades hace más de veinte siglos que prosperan á la sombra de sus pirámides. La grande, el más antiguo monumento de la industria humana, dá claro testimonio, por la regularidad de su construcción, de los asombrosos progresos que la astronomía, las matemáticas y la mecánica habian alcanzado en aquel tiempo, y, por consiguiente, de que la humanidad vivía y progresaba desde millares de años atrás.»

Y la China, este otro centro de actividad, cuyos anales remontan á más de cuarenta siglos antes de nuestra era. Este pueblo, que precedió á las naciones de Europa en la vida social, en las ciencias y en las artes; que conoció primero la brújula, el papel y la imprenta, y llevó sus conocimientos astronómicos hasta donde ni los europeos sospechaban que pudieran llegar; que en política y en moral ha resuelto, con una felicidad sorprendente, los más difíciles problemas, pues que ha triunfado del espacio por la inmensa extensión de su imperio, del tiempo por la duración de él y de la desmoralización por las máximas sobre que descansa su organización social!

La India y la Persia alegan también, y prueban, una antigüedad mayor en mucho de la que nos da el Génesis.

Por los datos que los naturalistas poseen, nuestro globo parece formado sucesiva y lentamente al través de millares de años y de innumerables transformaciones. Interrogando las capas de la tierra, la flora y la fauna de las primeras edades, con paciencia y sagacidad admirables, han hallado en ellas como un verdadero libro, respuestas que, si no dejan en el ánimo la impresión de que no ha tenido principio ni tendrá fin, conducen á confirmar la teoría de Laplace, según la cual todo nuestro sistema planetario comenzó por ser una inmensa nebulosa que en estado de gas ocupaba un inmenso espacio en el universo, y que endureciéndose al través de los siglos, llegó hasta la espontánea aparición del hombre.

Peró sin detenernos en estas indagaciones que basta apuntar, cúmplenos solamente recordar, por prefacio del magnífico cuadro que desenvuelve el libro que reproducimos, el camino que ha seguido la inteligencia humana hasta alcanzar el alto lugar en que la vemos.

Como lo hace notar con abundancia de datos el profesor Draper, el mundo greco-romano concentró en la escuela de Alejandría, después de las conquistas macedónicas, todo el saber, producto de la lenta labor del espíritu humano, desde que por la escritura comenzó la formal tradición de las ideas y de los hechos. En el cuadro que esta escuela ofrece desde su fundación, hasta que por la guerra fué dispersada y consumidos sus monumentos, se divisa claramente la cuna del cristianismo por el contingente filosófico de la Pérsia, de la Judea, del Egipto, de la Etiopía, de la Grecia, de las Galias y de Roma misma. El mundo estaba entregado á la fuerza: la violencia era la ley única de la sociedad; la conquista, la base de la asociación. Los pueblos subyugados aspiraban, por lo ménos, á que la sociedad tuviese otro punto de partida. La Judea era uno de esos teatros en los cuales las insurrecciones eran frecuentes, y donde, á favor de las controversias religiosas, se abría camino la independencia.

Por eso allí se refundieron y depuraron las diversas escuelas, para dar nacimiento, bajo el nombre legendario de un caudillo popular, al cristianismo, como doctrina de la inteligencia y del derecho, llamada á reemplazar la fuerza de la conquista.

Tal fué el cristianismo en sus tres primeros siglos: creación de la inteligencia, propagado por los Evangelios como iniciación general de los hombres en las ideas de justicia y en los fueros de la humanidad.

En el cuarto siglo, el aspecto de las cosas cambia. La ambición corrompe á los jefes de la doctrina ó secta: entran en transacción con el paganismo, adoptan parte de sus prácticas y fórmulas, y Constantino, emperador, creyendo afirmar su poder, lo adopta como religion de Estado y le da el carácter de universal ó católico.

El cristianismo-doctrina desaparece, para hacerse poder político militante. Es ya el catolicismo.

La atención no se ha fijado en semejante evolución tanto como ésta lo merece. El prestigio de la doctrina sobrevivió al crimen de haberla ofrecido en holocausto á las necesidades del poder público, en cambio de empleos. El cristianismo no fué ya lo que era.

Como poder político, y poder que pretendía derivar sus títulos de una revelación, era natural que aspirara, y aspiró, á imponer sus orígenes, y su cuerpo entero de doctrina, sin discusión y con exclusión de todo exámen. «Yo soy la verdad, la única verdad. Anatematizada sea cualquiera otra.»

Dióse, pues, á perseguir, de acuerdo con el poder público, toda otra enseñanza que no fuera la suya, y la suya subordinada á las exigencias de la dominación.

Lóbrega noche cubrió al mundo: la escuela de Alejandría desaparece, y hasta el espíritu jurídico de la Roma de Catón y de Cicerón sucumbió. El trabajo de los vándalos del Norte, de los hunnos y de los godos, se encontró casi hecho, y por ello el

clero pudo amalgamarse con la nueva dominación, y seguir extinguiendo la luz y afianzando su poder. La antigua civilización se ahoga como en un diluvio universal. Sobreaguase el clero para presidir á la nueva palingenesis. La iglesia y la espada subyugan todo, explotan todo, y se reparten los despojos como si la obra de la creación se limitara á las fruiciones materiales de la fuerza y del engaño.

Diez siglos pasaron así, diez siglos perdidos para el progreso humano, diez siglos de una orgía espantosa, pintada por Dante en su visita al infierno; diez siglos de prelados sacrilegos y guerreros, avezados á toda clase de obominaciones y de jefes militares que no sabían leer ni escribir, ni tenían noción alguna del derecho.

El siglo XV vió aparecer las primeras luces del nuevo día en la hoguera que consumió á Juan de Hus. La pompa del Concilio de Constanza con un Papa, un emperador, cuatro patriarcas, veintidos cardenales, ciento cincuenta obispos y mil ochocientos clérigos, marcó el apogeo de la alianza de la Iglesia con la espada, exhibiendo toda la iniquidad de su intolerancia y de su jurisprudencia. La cristiandad amotinada contra un pobre clérigo que osaba protestar contra tanto abuso, contra el abandono de los principios tutelares de aquel que se reconocía por fundador!

De las cenizas de Juan de Hus, arrojadas á los cuatro vientos, surjieron poderosos luminares que abren la era del mundo moderno.

¡Qué de hechos trascendentales se suceden, auxiliándose recíprocamente, como por una ley providencial! La insurrección y sacrificio de los husitas prepara el movimiento de la reforma que ha de debilitar el poder papal y emancipar la Alemania, la Holanda, la Suiza, la Suecia y la Noruega, la Dinamarca y la Inglaterra.

Despiértanse el gusto por los viajes y el valor para realizarlos, y casi al mismo tiempo, sin concierto previo, sino más bien en competencia, Colón parte al Oeste, como guiado por una voz profética, á demostrar la esfericidad de la tierra: la demuestra, y tropieza con el nuevo mundo! América y Magallanes muestran la extensión y contornos del continente: descúbrese el Pacífico, y el mar deja de ser abismo pavoroso, para ser el camino fácil y barato del comercio. Vasco de Gama dobla el Cabo de las Tempestades, y otros mares, otros mercados, se abren al mundo atónito.

Galileo acude al concurso, aunque sobresaltado, temeroso del poder del Vaticano, é intenta reivindicar la teoría de Copérnico sobre el universo, como preludio de la suya sobre el movimiento de la tierra, dato importantísimo para alentar la navegación y otros estudios. Otros sábios, como Kepler y Newton, llegan tras él á ensanchar los dominios de la inteligencia, creando las ciencias de la geografía, la cosmografía y la astronomía misma, ántes confundida con la astrología. El nuevo continente, con sus dilatados campos é inmensas riquezas, ofrece ya un seguro asilo á las víctimas de la tiranía en el antiguo, y se vislumbran las nuevas sociedades que el espíritu de libertad y de justicia ha de engendrar.

La introducción, en Europa, del uso del papel de algodón y de la imprenta, corresponde á esta época. El primer libro impreso parece haberlo sido en 1455. El periodismo comenzó en el siglo XVII, aunque en exiguas dimensiones; pero la revolución política de Inglaterra de 1688 fundó la libertad de imprenta, y dió tribuna, asilo y expansión al pensamiento indagador independiente.

Desde este momento las fuerzas de la civilización se centuplican y no pueden comprimirse. El progreso brota por todas partes. La opinión pública comienza á hacer sentir su influjo á la luz de sus más caros intereses. Los gobiernos temporales se divorcian del Vaticano. Las disputas entre esos asociados de ántes toman cuerpo, y los Reyes no se postran, como Enrique IV de Alemania, delante del Papa, ni son destituidos por una bula de excomunión. La separación entre el Estado y la Iglesia, principio del fin, queda iniciada y en curso: es la fórmula redentora del siglo XIX. Los mismos déspotas, y hasta prelados de la Iglesia, mitad clérigos y mitad políticos, se verán arrastrados por la corriente, y, aunque inconscientes, se harán agentes de la libertad y de la filosofía. Luis XI combatirá en Francia el feudalismo, trabajará por las libertades municipales, protegerá el establecimiento de la imprenta en sus Estados. El cardenal Richelieu fundará una Universidad; Enrique VIII de Inglaterra se hará el campeón de la libertad religiosa, y Carlos V hará saquear á Roma y aprisionar al Papa, para humillarlo y mofarse de él en presencia de la cristiandad, mandando hacer rogativas por su libertad!

Todo concurre al despertar de los pueblos. El siglo XVIII sigue con Voltaire la mofa de que le ha dado ejemplo Carlos V, y la demolición del antiguo régimen se pone á la órden del día. El XIX verá los más sorprendentes cambios y los más portentosos descubrimientos é inventos. Los Gobiernos repudiarán resueltamente el catolicismo; no le permitirán ejercer á su lado el poder temporal; y si afectan respetarlo, será para vigilarlo en el desarrollo de sus intrigas liberticidas. Todos, más ó menos democráticos, se ponen á la cabeza de la instrucción popular, fomentan las escuelas, los colegios, las Universidades, los viajes y exploraciones científicas, las vías de comunicación, y no se atreven á encadenar el periodismo ni á detener la publicación de los libros. Solo el clero,

obedeciendo á la fatalidad que los paganos expresaban por la fórmula de *Quem vult perdere Jupiter dementat*, anatematiza en el último Concilio la propaganda civilizadora, y hace en todas partes guerra á la escuela, al colegio, á la imprenta y á la ciencia!

La idea, como el hombre en la leyenda del Judío Errante, irá siempre adelante, no se detendrá. A despecho de los intereses egoístas, se sobrepondrá á todo, y demostrará que esta creación obedece á la ley del progreso indefinido, reproduciéndose y regenerándose sin cesar, y que va pasando de la edad de las puerilidades y supersticiones á la de virilidad y de razón.

MANUEL MURILLO.  
(Colombiano.)

Bogotá.

## EL BARON DE HUMBOLDT.

Es indudable que cautiva siempre la atención todo libro de viajes, desde la novela en que las galas del estilo y las seducciones encantadoras de la poesía adornan la fábula, hasta las narraciones sencillas, pero exactas, de una expedición donde no haya motivo para excitar los sentimientos del lector, que tranquilamente dedica sus ócios á recorrer las páginas siempre llenas de interés y de belleza, donde se refieren los episodios del ilustrado viajero. Nadie puede negar que el complemento de una instrucción esmerada consiste en visitar los diversos centros de actividad intelectual, donde siempre se adquieren nuevas y provechosas ideas que alimentan el espíritu, al modo que la abeja liba el néctar de aromática flor por el campo esparcida, para procurarse el necesario alimento.

Pero si eleva de un modo notable el nivel de su instrucción el que concurre á las grandes capitales, donde se cultivan las ciencias por las primeras notabilidades del universo, cuánto no ensalza al que dedicado al estudio de la naturaleza se lanza á los peligros de lo desconocido, atravesando el árido desierto, el frondoso vergel, la inaccesible montaña, el hondo precipicio ó el bosque impenetrable, el impetuoso torrente ó el borrascoso Océano?

Muchos han sido los conceptos en virtud de los que, el baron Alejandro de Humboldt, ha merecido ocupar dignamente gloriosas páginas en la historia de la ciencia; pero bastarían solamente á llamar de un modo profundo la atención de las futuras edades, sus atrevidos y provechosos viajes científicos que tanto enaltecen al superior ingenio, como al hombre que lleva por invariable norma en sus empresas la abnegación y el desprecio de su vida.

Nació Humboldt en Berlín el 14 de Setiembre de 1769, y sus primeros estudios los hizo en la Universidad de Francfort. No tardó, sin embargo, en pasar á Gottinga donde perfeccionó sus conocimientos, profundizando la economía política á la vez que las ciencias naturales, sobre todo la botánica.

Cuando todavía no había salido de la adolescencia, de esa dichosa edad en que aparece el porvenir lleno de arreboles sonrosados y purpurinas tintas; cuando sólo se respira el grato ambiente de la felicidad y se considera la existencia como risueña aurora de hermoso día, verificó Humboldt una excursión científica por Alemania, Inglaterra y Holanda, publicando á su terminación una Memoria donde estaban consignadas las observaciones hechas en las rocas basálticas. Este fué su primer trabajo y en él comenzó á dar muestras de una profundidad de conocimientos y un criterio nada propios de los juveniles años del autor. La geología consigna en el estudio de las rocas los trabajos del joven Humboldt, como uno de los más interesantes que se llevaron á cabo en aquella fecha.

Al año siguiente, que era el 1791, pasó á Freyberg, donde oyó las brillantes explicaciones del gran mineralogista Werner, cuyo nombre va indeleblemente unido al de una clasificación científica, defectuosa por la escasez de conocimientos químicos que había cuando se publicó, pero donde se revela de un modo evidente el talento sintético del que la creó. Las ideas que entonces adquiriera, sumadas al caudal anteriormente recibido, contribuyeron á inspirarle la idea de la publicación de una interesante obra.

El año 1793 publicó la *Flora subterránea de Freyberg*, que dedicó respetuosamente á su maestro el gran botánico Wildson. De esta manera fundó una ciencia nueva, cual es la botánica fósil, que ha suministrado datos importantísimos en la ciencia paleontológica.

Por entonces no había en Freyberg cátedra oficial de química, viéndose obligados los alumnos, para adquirir tan necesarios conocimientos, á concurrir á enseñanzas particulares, donde pudieran llenar el lamentable vacío que presentaba la enseñanza pública. Ya comenzaron á sentirse en aquel país las benéficas brisas que llegaban del sitio en que Berthollet y Lavoissier tenían el centro de sus trabajos. Aquellas ideas llamaron de un modo notable la atención de Humboldt y le impulsaron á escribir varios artículos en el *Diario de los mineros*, anunciando las grandes evoluciones que se

verificaban y contribuyendo á propagar tan útiles conocimientos.

En 1794 acompañó Humboldt al príncipe de Hardenber, que llevaba una misión diplomática á los Países Bajos, y poco después se ocupó del análisis del aire, de la germinación y respiración de las plantas, y de practicar numerosos experimentos fisiológicos.

Pero todo esto solo formaba los preliminares de su vida, que en lo sucesivo había de engrandecer con sus notables obras. La segunda mitad del año 1795, la consagró exclusivamente á viajes geológicos por el Tirol, la Lombardia y Suiza, y en 1796 tuvo el profundísimo pesar de perder á su madre. Después de haber cumplido piadosamente los deberes de un buen hijo, dirigióse á París con objeto de acompañar á varios hombres de ciencia en una expedición á Egipto. Allí fué donde conoció, entre otros, al sabio naturalista Bomplard, que bien pronto había de ser su compañero inseparable de viajes y su ilustrado colaborador en interesantes obras. Pero le fué negada la autorización para acompañar á los expedicionarios, y vino á España creyendo poder embarcarse en la Coruña, arribar á las costas de Berbería y unirse al ejército francés, aprovechando las caravanas que van de Trípoli al Cairo á través del desierto. Las inmensas dificultades que á tan atrevida empresa se oponían, le hicieron desistir de su propósito.

Entonces se dirigió á Madrid y obtuvo permiso del Gobierno español para visitar las colonias de América, como así lo verificó. Su intención era tan solamente atravesar América, para después, por el Océano Pacífico, llegar á las islas Filipinas y á la India, recorriendo las tres cuartas partes del mundo.

Pero no bien hubo puesto el pié en tierra americana, cuando llamó desde luego su atención la riqueza de aquel suelo, su fastuosa vegetación, la multitud de encantos y de apreciabilísimos tesoros que para el hombre de ciencia reúne, en términos que resolvió estudiar detenidamente aquel país, olvidando por el momento el proyectado viaje á más apartadas regiones.

En el mes de Setiembre de 1801, en unión de Bomplard, comenzó la exploración de aquellas cordilleras gigantescas, deteniéndose en Quito, visitando el volcán de Tunguraga, atravesando Río Bamba, cuyas recientes ruinas recordaban con dolor los horrores de un terremoto, llegando después de grandes penalidades al Chimborazo, cuyas nieves perpétuas prestan sublime magestad á uno de los gigantes de las montañas de América.

Después de arrostrar grandes peligros, dirigióse desde el Chimborazo á Lima, visitando el Callao, la Nueva España, Filadelfia y varios puntos de los Estados Unidos, embarcándose para Francia después de una expedición de seis años, donde coleccionaron inmensas riquezas científicas, representadas por dibujos, manuscritos y ejemplares diversos.

Al baron de Humboldt corresponde la gloria de haber sido el iniciador de la geografía botánica, cuya ciencia es una de las especialidades más importantes del estudio de las plantas.

Permaneció en París por espacio de veinte años, compartiendo su tiempo entre la redacción de sus obras y la asistencia al gabinete de Cuvier, al laboratorio de Gay Lussac y el cultivo de la amistad con la ilustre pléyade de sábios que á la sazón existían en la capital de Francia. Contábase entre estos Laplace, Berthollet, Arago, Biot, Brongniart, Lorenzo de Jussieu y otros.

No cesaban de atormentar su imaginación los deseos, tanto tiempo reprimidos, de explorar detenidamente las Indias orientales. En 1829 se le presentó ocasión de realizar tan apetecida idea. El Gobierno ruso organizaba un viaje de exploración científica á la Siberia y al Asia central: Humboldt se ofreció gustoso á dirigirla. Empezó, pues, el viaje acompañado del eminente micrógrafo Ehrenberg y del gran mineralogista Gustavo Rose, viaje de cuatro mil quinientas leguas, llegando á las fronteras de la Songalia china en las playas del mar Caspio.

A este viaje se debe indudablemente el exacto conocimiento del Asia central y el haber desvanecido los errores de que estaban plagadas las incompletas descripciones que del referido país existían.

Después de una larga carrera de no interrumpidos trabajos, quiso condensarlos en una obra destinada á vivir largo número de generaciones. Nos referimos al *Cosmos*, enciclopedia donde se halla resumida la vida científica de tan ilustre sabio. En ella demuestra que pueden estar perfectamente reunidas la severidad de la ciencia y las pintorescas descripciones de las escenas de la naturaleza. No se falta en lo más mínimo á la exactitud con admirar la poesía en un volcán, en una tempestad, en la imponente catarata ó en el tranquilo lago que con sus ondas besa la modesta flor que adorna las orillas y perfuma sus cristalinas aguas. Antes al contrario, sirven los atavíos poéticos de atractivo á la severidad científica.

La más pintoresca descripción de la tierra y del cielo se halla en el *Cosmos* de Humboldt, al paso que los profundos pensamientos del más grande enciclopedista de nuestro siglo. En él hallareis, según vuestras inclinaciones, cuanto pueda satisfacer la imaginación ansiosa. Si sois matemático, descubrimientos astronómicos; si físico, observaciones meteorológicas; si naturalista, nume-

rosas descripciones de animales y plantas; si geógrafo, podéis asistir desde vuestro gabinete de estudio á las cimas de las más altas montañas; si médico, aprender brillantes ideas de fisiología experimental; estudiar la composición del globo si os dedicáis á la química, y recrear vuestra fantasía con los encantos de la naturaleza si sois poeta.

En Mayo de 1859 dejó Alejandro de Humboldt esta vida, próximo á los noventa años, pudiendo muy bien decirse que el que más despreció la existencia en aras del talento, logró llegar á una edad que sólo excepcionalmente se alcanza.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

## LA CUESTION DE ORIENTE.

La Francia consiguió del Sultan de Turquía que fuera considerada como protectora de los Santos Lugares y de todos los cristianos del rito latino en Oriente. Las pretensiones de la Rusia fueron expuestas en la nota que presentó el príncipe Menschikoff, ministro de Marina, enviado como embajador al ministro de Negocios extranjeros en Constantinopla, Kifaat-Pachá: 1.º La posesion de la iglesia de Belen, la de la cueva de Getsemani, con permiso empero á los latinos de ejercer su culto, debiendo, no obstante, serles preferidos en un todo los griegos, para la celebracion de sus oficios divinos, y la posesion comun entre griegos y latinos de los jardines de Belen. 2.º Una orden del Gobierno otomano disponiendo la pronta reparacion de la cúpula del templo del Santo Sepulcro, con la exclusiva intervencion del patriarca griego; y finalmente, un tratado que garantizara el *riguroso statu quo* sobre los privilegios del culto católico greco-ruso en la iglesia de Occidente.

Menschikoff partió de Constantinopla en el mes de Mayo de 1853, haciendo antes presente á la corte otomana, que su oposicion seria considerada por su Gobierno como un *casus belli*. Y en efecto, despues de la nota de M. de Nesselrode, confirmando esta opinion, entró el ejército ruso en los Principados danubianos. El príncipe de Gortschakoff manifestó en la proclama dirigida á los habitantes de la Moldavia y de la Valaquia, que el emperador su amo no abrigaba deseos de conquista, ni la intencion de modificar sus instituciones, sino que tendia á protegerlos eficazmente en tan graves circunstancias, por haber rechazado Turquía sus justas pretensiones, y el dia en que recibiera las garantías que reclamaba su derecho, repasarían las tropas la frontera de Rusia.

La Moldavia y la Valaquia formaron parte del antiguo reino de Dacia, cuando la conquistó Trajano, y aún en medio de las invasiones de los godos, alanos, eslavos y tártaros, estas dos provincias lucharon tan heroicamente, hicieron sacrificios tan grandes, que conservaron su nacionalidad. El sultan y conquistador Bayaceto firmó un tratado en Nicocópolis en 1392, que ratificó su sucesor Mahomet II en 1460, por el que les prometia ser gobernados por sus antiguas leyes; pero la Puerta fué extendiendo su dominacion y se apoderó de plazas importantes. La Moldavia dá su nombre á un pequeño rio, confina al Este con la Transilvania, al Sud con el Danubio y la Valaquia, y al Norte y al Este, con la Besarabia. Con una superficie de 800 leguas, su poblacion asciende á un millon y quinientos mil habitantes. La capital, en número de sesenta y cinco mil, contiene treinta y cinco mil judios. Es importante el puerto franco de Galatz, situado en la confluencia del Danubio y del Pruth. Su fértil suelo es regado por muchos riachuelos que rinden su tributo al Danubio.

Los moldo-valacos, electrizados por la revolucion francesa de 1848, reclamaron todas las reformas que son el derecho de un pueblo libre, la abolicion de la esclavitud y la libertad de imprenta; pero un ejército ruso, y luego las tropas austriacas, ahogaron en raudales de sangre sus nacientes libertades y aspiraciones generosas. Fueron víctimas de la doble tiranía de dos Gobiernos opresores, que son la afrenta de la civilizacion.

Quedaron impotentes los esfuerzos de la diplomacia para conjurar la tempestad; Turquía reunió una Asamblea compuesta de todos los dignatarios de su imperio, para exponerles su crítica situacion; apeló á Francia, Inglaterra y Austria; presentó nuevas proposiciones, que fueron rechazadas por Rusia, y la voluntad omnimoda de un déspota como Nicolás prevaleció sobre todos los consejos de la moderacion y de la prudencia, y declaró la guerra, que Turquía se vió obligada á aceptar, á pesar de sus protestas de hacer justas concesiones á sus súbditos cristianos, mientras no menoscabasen en lo más mínimo sus derechos soberanos. Turquía emplea siempre el mismo lenguaje; su política astuta, llena de subterfugios y ambigüedades, es una rémora constante contra todas las innovaciones reclamadas por la conciencia pública y por las necesidades más legítimas de los pueblos; no concibe jamás las nociones más equitativas del derecho, de la razon y de la justicia, aunque aparezcan patentes y aconsejadas por el mundo civilizado, y sólo cede en el último extremo al imperio de la fuerza, que es el rasgo distintivo de aquel Gobierno refractario á todo progreso del espíritu humano.

El ejército turco en el Danubio, el de Rumelia, al mando de su general en jefe Omer-Bajá, se com-

ponia de ciento sesenta mil hombres de todas armas; y el ejército ruso de ciento veinte mil; el del Cáucaso constaba de ciento sesenta mil, á las órdenes de Woronzoff, uno de los generales más distinguidos de Rusia por su inteligencia y probidad, y por verse obligado á resistir á los persistentes ataques de Schamyl, y contener al mismo tiempo á poblaciones rebeldes y apenas sometidas, Woronzoff no pudo reunir sus fuerzas para marchar sobre Constantinopla por la ribera asiática del mar Negro, despues de haber vencido á sus enemigos en una campal batalla. El ejército turco en Asia, que mandaba Abdi-Bajá, no era ménos numeroso.

Omer-Bajá, resuelto á emprender con vigor la guerra, dirigió á sus tropas una proclama, confiando en que sabrían sacrificar su vida y hasta su alma, y añadia que el que careciera de valor para inmolarse por su Dios y por su patria, debía abandonar las filas al momento, porque más tarde seria fusilado.

Los turcos debían defender una línea muy extensa en el Danubio, y los rusos, aunque lograron pasar este rio á viva fuerza, se veían obligados á apoderarse de todas las plazas fuertes de la derecha y atravesar despues los difíciles y peligrosos desfiladeros de los Balkanes. Omer-Bajá, dotado de intrepidez, no pudo permanecer á la defensiva y en inaccion, separado solamente por el rio del campo enemigo y le pasó por Oltenitza, pueblo distante dos ó tres jornadas de Bucharest, ocupado por los rusos. El primer choque, accion bastante reñida entre los dos ejércitos, se verificó el 4 de Noviembre, y los rusos, menores en número, se vieron obligados á abandonar las posiciones de Oltenitza.

La lucha en el Asia empezó tambien con encarnizamiento; Schamyl, un tiempo al servicio de la Rusia, volvió al suelo que le vió nacer, dominado por el recuerdo de sus queridas montañas y de sus costumbres guerreras, y fué un héroe legendario que causó á los rusos muchos desastres.

Inútiles fueron, sin embargo, los esfuerzos de los turcos para sostener la insurreccion del Cáucaso. Haméd-Bajá, con su ejército de Anafolia, emprendió la marcha para Alejandropol, y ocupaba ya el pueblo de Bayandir, inmediato á aquella fortaleza, que sitió, viéndose obligado á levantar el asedio, derrotado despues por el príncipe Andronnikoff en los campos de Akhazick. Reorganizado el ejército turco, imponente y amenazador en Asia, vió desvanecidas sus esperanzas, porque el ejército invasor ruso le habia conquistado en gran parte.

Terrible fué el combate sangriento de Sinope, en cuya bahía estaba anclada la escuadra turca, mandada por Osman-Bajá, compuesta de once buques, que juntos montaban cuatrocientos seis cañones, y fueron destruidos por la escuadra rusa al servicio del almirante Nakimoff, que ascendió á seis navios, dos fragatas y tres vapores, con setecientos seis cañones, aunque la turca contaba con las baterías de la plaza. El resultado fué desastroso para los turcos, que perdieron toda su flota y cuatro mil ciento cincuenta y seis muertos. Turquía remitió una nota oficial á los Gobiernos de Francia y de Inglaterra reclamando su poderosa proteccion, despues de un combate tan desgraciado. Las potencias aliadas propusieron á Turquía un armisticio durante las conferencias de Viena, que Turquía no aceptó dignamente, y despues de nuevas instrucciones de sus respectivos Gobiernos, el general Baraguay de Hilliers y lord Redcliffe, se dispuso la entrada de las escuadras aliadas en el Mar Negro, que se componian de diez y ocho navios de tres puentes y otras tantas fragatas y vapores, siendo de hélice la mayor parte de estos buques, y montando más de tres mil cañones. La multitud inmensa que cubria las riberas acogió con prolongadas aclamaciones las escuadras más famosas que surcaban los mares, regidas por los vicealmirantes Dundas y Hamelin. La escuadra rusa, en el Mar Negro, constaba solamente de trece navios y ocho fragatas, incapaz por su número menor de oponerse á la escuadra aliada, y, además, no se habian aún interrumpido las buenas relaciones que reinaban entre Francia, Rusia é Inglaterra, como lo demostraba la comunicacion dirigida por los embajadores de las dos potencias al gobernador de Sebastopol, en la que decian que la ocupacion del Mar Negro no tenia otro fin que el de evitar toda colision que pudiera turbar las relaciones de amistad existentes entre los tres Gobiernos. Esta comunicacion fué confiada al capitán del vapor *Retribucion*, el cual pudo, merced á una espesa niebla, entrar hasta el mismo puerto, y levantar el plano de la ciudad y fuertes marítimos de Sebastopol, y los vicealmirantes Dundas y Hamelin debieron á la audacia é inteligencia de tan distinguido oficial las únicas noticias que pudieron adquirir durante mucho tiempo de la plaza marítima que tanta sangre debía costar más tarde.

Los turcos vencieron á los rusos en varios combates, en los que quedaron dueños de las posiciones del enemigo, en los meses de Enero y de Febrero.

La escuadra aliada se limitó á custodiar convoyes turcos, sin acercarse á ninguno de ellos, y el 24 de Enero enviaron los almirantes aliados por el *Turia*, un despacho á Sebastopol señalando á los almirantes rusos un plazo de quince dias para hacer entrar todos sus buques de guerra en los puertos, y entonces se previó la proximidad de los

graves sucesos que debían hacer resonar en aquellas playas el estruendo del cañon. La reina Victoria, en la apertura del Parlamento, manifestó que no habia podido, de acuerdo con su aliado el emperador de los franceses, restablecer la paz entre las potencias en lucha, y no tardó el Gobierno ruso en disponer que sus embajadores en Londres y París pidieran sus pasaportes, y quedaron interrumpidas las relaciones con estas cortes. Rusia se negó á aceptar el armisticio propuesto por la Francia, y la Crimea debía ser el teatro de gigantescas luchas.

La Crimea, conocida en la más remota antigüedad por el nombre de Quersoneso Taurico, es una provincia situada en la extremidad meridional del vasto imperio de la Rusia. Dominada por cien conquistadores, muchos siglos antes de Jesucristo, tiene casi la forma de una isla que domina á la vez dos mares, y se une al continente por el estrecho istmo de Pericop. Ha llamado la atencion de los viajeros el pintoresco y famoso valle de Baidar, de diez millas de longitud sobre seis de anchura, circuido por un anfiteatro de montañas, que hace desigual su temperatura, porque hay inviernos en que se ostentan las flores de la primavera, y otros en que se han visto helados el mar de Azof y el mar Negro. El rio Alma riega encantadores valles, y tapizan sus praderas ricos pastos para los ganados de los Khans de Crimea. Algunos cementerios tártaros contrastan con aquel bello país; la vida y la muerte se confunden, y hacen meditar sobre lo transitorias que son las glorias humanas. Se encuentran terrenos cenagosos, é infinitos lagos de agua salada, de los que se extrae toda la sal que se consume en Crimea, y aún en Rusia. Son focos de corrupcion que engendran fiebres funestas para sus moradores. Se han abierto volcanes fangosos en la isla de Taman, y el 5 de Setiembre de 1799, se oyó un gran ruido subterráneo seguido de un espantoso trueno, brotando en el mismo instante del fondo del mar de Azof, frente de Temionk, una isla de cerca de cien toesas de circunferencia, de cuyo centro parecia salir légamo, quedando luego cubierta de fuego toda la superficie. La isla desapareció al año siguiente sepultada en los abismos del mar. Enormes montañas han desaparecido tambien. Las producciones principales de su suelo son cereales, lino, y el tabaco de Virginia.

Tauros se llamaron los primeros pueblos, oriundos de aquellos confines, que habitaron las montañas de la Tauride, vencidos y dominados despues por bárbaros que pertenecian á la familia de los escitas, que vivian del robo y del pillage; la invasion de las amazonas conquistó la Tauride, y estas intrépidas mujeres lucharon contra los escitas, y por un tratado fueron á establecerse una parte de sus vencedores más allá del Tánaís. Los griegos se apoderaron de la *Tauride*, establecieron sus colonias bastante poderosas, para resistir á los bárbaros de entrambas riberas del Don. Mitrídrates la conquistó y la perdió despues. Pasó el Quersoneso al poder de los romanos hasta la era cristiana, que invadido por los alanos, fué convertida Crimea en un mar de sangre. Los sármatas, los hunos y los tártaros orientales la ensangrentaron á su vez dirigidos por Atila. Gozó de prosperidad y de ventura bajo el dominio de los genoveses, y volvió á caer en la postracion y en la servidumbre esclava de los Khanes, siendo el único que procuró la felicidad de su pueblo el Khan Ghari Gheras, á quien se debió la gran victoria que alcanzaron los otomanos sobre los austriacos, polacos y moscovitas reunidos.

Ya hemos referido en precedentes artículos las invasiones de los khanes en el territorio ruso, y los esfuerzos de los moscovitas para sacudir su yugo ignominioso. Catalina II, despues de luchas sangrientas, se hizo dueña de Crimea: la Puerta, careciendo de fuerza para resistir á las tropas de la emperatriz, firmó un tratado, y la cedió el vasto territorio, al que devolvió sus antiguos nombres, el de Taurida á la Crimea, y el de Cáucaso al Kouban.

Los tártaros, en los desiertos del Norte de la Siberia, vivian en el estado salvaje, y permanecieron en su estado de embrutecimiento hasta que pasó su territorio al de Rusia. Los viajeros admiran el carácter religioso de los habitantes de Crimea. Solo se encuentran frailes por las calles de las principales ciudades. Esta circunstancia revela su fanatismo, bien que nuestra infortunada España tambien está poblada de conventos. Y sin embargo, todos los tártaros de Crimea son mahometanos, y aferrados á sus preocupaciones de fatalismo, que los ha inmovilizado durante tantos siglos.

Son benéficos y hospitalarios en la paz; así es comun en las clases elevadas sacrificar su fortuna para fundar asilos de beneficencia consagrados á aliviar la indigencia y el infortunio.

Los casamientos de las mujeres se hacen por especulacion; no conocen á sus maridos hasta despues de casadas; los padres disponen de la mano de sus hijas, y la menor sospecha de infidelidad es objeto de execracion general; su vida es tan modesta, como sencilla y reservada; su felicidad consiste en el cuidado de su casa y en la educacion de sus hijos, y estos dan en todas las fiestas, y en las circunstancias solemnes de la vida, las mayores muestras de sumision y respeto á sus padres; los que no lo hacen, son anatematizados. Los tártaros no aguardan á ser saludados; al ver

aún de lejos á un amigo, le rinden este tributo de cortesía.

Desde que gozan de una paz más durable, han conocido las ventajas de la educación, tan descuidada entre ellos. A los griegos debieron el cultivo de la viña, y así el vino es uno de los productos de Crimea, muy atrasada aún en la agricultura. No se han dedicado al comercio, y lo han hecho siempre los extranjeros, genoveses, griegos y armenios. Los judíos que se refugiaron en Criméa han fundado una colonia rica y floreciente.

Los rusos, dueños de Crimea, se entregaron á los actos más despóticos; destruyeron las cañerías y fuentes públicas que conducían á los pueblos las puras aguas de las montañas; los principales monumentos, palacios suntuosos que el gran Khan Mangheli había mandado construir, y redujeron á humeantes ruinas hermosas poblaciones. Catalina hizo levantar la ciudad de Sebastopol para abrigar su escuadra de las borrascas del mar. Construida en forma de anfiteatro, todo su plano se abarca de una sola mirada, lo que le da cierto aspecto de grandeza. Los diferentes puertos que contiene, y tan formidables baluartes de defensa, eran considerados como una maravilla del arte moderno. Son muy recientes los hechos extraordinarios de que fueron sangriento teatro, y que viven en la memoria de todos, para que necesitemos recordarlos.

M. de Nesselrode, en una circular á los agentes rusos, decía que la intención de Alejandro II era el devolver á Europa los beneficios de la paz y consolidar en Oriente la libertad de cultos sin distinción del rito que profesaran los diversos pueblos que le habitan. Pero esta paz, para ser sólida, necesitaba de firmes garantías que enumeraba el conde de Buol, como estaban contenidas en el Memorandum de 28 de Diciembre de 1854. Los plenipotenciarios del Czar, en el Congreso de Viena, consintieron en la abrogación de los tratados relativos á los Principados Danubianos. Se resolvió por unanimidad que el Danubio, al igual de todos los demás ríos europeos, quedaria, según los tratados de 1825, bajo la garantía de las grandes potencias.

Se disintió sobre el tercer punto de garantía por los plenipotenciarios, prohibiéndoles sus Gobiernos deliberar sobre la cuestión relativa á la situación de los cristianos súbditos del sultan. Mientras el príncipe de Gortschakoff y M. de Tifoff demostraban las intenciones más pacíficas, resonaba el grito de guerra en todo el imperio de Rusia, y el Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa predicaba la cruzada contra las naciones de Occidente.

El príncipe Gortschakoff fué promovido despues al mando del ejército ruso de mar y tierra.

El ejército inglés fué diezmado en el invierno, y los rusos multiplicaron sus fortificaciones. Una orden general prescribió la salida de la plaza de todas las mujeres, á las cuales hizo entregar cien rublos el gran duque Nicolás, de su caja particular, para que pudiesen atender por algún tiempo á su subsistencia. ¡Qué horrosos combates delante de Sebastopol en los reductos, en la torre de Malakoff, el Mamelon Verde, el fuerte de la Estrella, y tantas terribles trincheras que costaron torrentes de sangre, y murieron valientes generales y millones de víctimas, sacrificadas en aras del honor, del deber, y de la ambición soberbia de los despotas, que miran con indiferencia y desden la matanza de la humanidad!

¡Qué triste contraste ofrecían aquellos armisticios en que los oficiales de los ejércitos enemigos se estrechaban afectuosamente las manos, que una hora despues, habian de darse la muerte mutuamente! ¡Y mientras lord Ragland, en el aniversario de la reina Victoria, pasó una revista á sus tropas, se celebraba en el mismo campo la fúnebre ceremonia de enterrar los muertos! Y el mismo lord Ragland, poco tiempo despues, espiraba en aquel campo de batalla, no por el hierro enemigo, sino por la enfermedad del cólera, que unia sus estragos á los de los mortíferos cañones.

Inútiles fueron los esfuerzos combinados de la escuadra aliada en el Báltico, por los medios de defensa tan sábiamente combinados por los rusos, y desvaneció las esperanzas que había hecho nacer á su salida de Inglaterra, mandada por el almirante Napier. Se limitó á incendiar algunos buques de cabotaje y á hacer un reconocimiento á algunas millas de Cronstadt. El intrépido almirante ruso Nokhimof, que había mostrado un valor heroico en el sitio, advertido del inminente peligro que le amenazaba, no quiso retirarse, contentándose con responder: «Buena es la puntería de los aliados.» Pocos momentos despues fué muerto por una bala de cañón.

La inteligencia del joven general de ingenieros Todlent hizo tan inmensas obras de defensa, que retardó, él solo, el triunfo de los aliados, que ya en 1.º de Agosto habían colocado doscientas baterías de cañones en toda la extensa línea de ataque del campo enemigo.

El 8 de Setiembre, á las doce del día, se dió el asalto de la torre de Malakof, de la que lograron apoderarse los franceses, despues de haber derramado un mar de sangre. Cuarenta mil hombres componian el ejército otomano en Asia, al comenzar las hostilidades, cuyos últimos restos cayeron en poder de Rusia en la rendición de Kars, que era la ciudad más importante del imperio asiático.

La guarnición de Kars se encontraba en el úl-

timo apuro, por carecer de provisiones muchos dias, y el general ruso Moravief, que dirigia el sitio, tuvo la magnanimidad de enviar á los sitiadores víveres para subsistir, sin imponerles ninguna condicion. Ejemplo digno y lección sublime de sentimientos humanitarios.

El general Pelissier disponia al frente de Sebastopol de ciento setenta mil hombres ó más; el ejército inglés ascendia á cuarenta y tres mil cuatrocientos cincuenta; el de Omer-Baja se componia de veinticinco mil soldados de tropas turcas escogidas, y el contingente sardo de quince mil.

Al fin terminó tan espantosa guerra, para el bien de la humanidad, por haber sido aceptadas las proposiciones de Austria, que reducian las fuerzas recíprocas de Rusia y de Turquía, y el sistema progresivo de garantías, prohibiendo la ocupación de fuerzas rusas en las riberas del mar Negro. Las conferencias de París, empezadas en 23 de Febrero, dieron entonces la paz á la Europa. La Prusia, excluida de ellas al principio, posteriormente fué invitada, en razon de haber firmado como potencia de primer orden los tratados de 1815.

EUSEBIO ASQUERINO.

## EL PINTOR DENIS.

Málaga, el templo del comercio y la industria, va engalanándose con preciadas glorias artísticas. Mercurio abre sus brazos á Apolo.

Una pléyade de pintores y poetas beben sus inspiraciones y encuentran ricos colores y notas en aquella sonante playa. Pero dicho sea en honor de la verdad, los discípulos de Apolo son muy superiores á los hijos de Homero. ¿En qué consiste esto? ¿Por ventura es más fácil pintar bien que hacer buenos versos? Creo que sí. Y así vemos que mientras en España hay muchos pintores excelentes, apenas cuenta nuestra literatura moderna con media docena de poetas notables.

Voy á ocuparme hoy del más brillante pintor malagueño: de José Denis.

Yo no conocia á este pintor, y deseaba ver alguna obra suya, pues había oido celebrar mucho su talento. Y hallándome este verano en Málaga, me acompañaron dos amigos míos al estudio de este joven artista.

Cuando se penetra en un estudio ó gabinete de pintura, se experimenta la misma sensación que al entrar en una joyería ó en un jardín esplendoroso. Por toda partes ráfagas luminosas, ricos tonos y bellos colores. Despues que la vista se acostumbra vamos distinguiendo los objetos, y la sorpresa deja su puesto á la admiración.

El estudio de Denis no es suntuoso, pero es elegante y capaz. Aquellas paredes no ostentan antiguas armas, venecianas lunas ni espléndidos tapices; pero sí bocetos tan lindos y brillantes, que resplandecen como estuches llenos de piedras preciosas.

Y es que la cualidad dominante en los cuadros de Denis es la luz.

Discípulo aventajado de Fortuny, posee ese arte maravilloso, ese divino secreto que tantos triunfos y monedas proporciona.

Dos cuadros tenia bastante adelantados, cuando visité su estudio, que eran prodigios de color.

Uno representaba una graciosa joven del tiempo de Goya, negligentemente sentada en un lujosísimo sofá.

Un traje de raso dibujaba las admirables formas de la bella. ¡Qué soberana factura! No he visto nada mejor hecho que el luciente vestido de la joven.

El otro cuadro,—encargo del Ayuntamiento de Málaga—era mucho mayor. Representaba un ensayo en un teatro de principios de siglo. Como, á mi humilde juicio, esta obra llamará grandemente la atención, y se hará popular, no la describiré, para que la sorpresa y el éxito sean mayores.

Algun censor adusto pudiera tachar al señor Denis de poco original en sus asuntos: pero esto es más bien defecto de la época.

Hoy todo cuadro que no tenga alguna reminiscencia de otro de Fortuny, no encuentra fácil salida. El casacon, la mantilla y el turbante están á la orden del día.

Los cuadros de Denis me producen el mismo efecto que las obras de Teófilo Gautier: me deslumbran.

El pincel del artista malagueño es un rayo de sol que abrillanta cuanto toca.

Dos palabras para concluir. El señor Denis es un pintor tan aventajado como modesto, y esta es la causa de que yo lo elogio públicamente. Si fuera este joven uno de esos artistas vanidosos y envidiosos que vemos todos los dias, me hubiera guardado muy bien de nombrarlo siquiera.

Mi pluma no sabe ensalzar al soberbio ni al poderoso.

MANUEL REINA.

## REVISTA AMERICANA.

SUMARIO.—República de Venezuela.—Carta de su presidente.—Protesta del país contra su resolución.—El Castelar venezolano en la prensa.—El nuevo censo.—Resultados asombrosos.—República Argentina.—La cuestión

chilena.—Tratados firmados.—Descubrimiento de minas.—Nueva fuente de riqueza.—Las emigraciones.—El Paraguay.—Lázaro se levanta.—Su Gobierno.—Hombres patriotas.—Sucesos orientales.—Otras cosas.

### I

Despues del estudio que en el número anterior consagramos á la República Argentina, tocaos hoy empezar esta Revista fijando nuestra atención en la República de Venezuela, que, como su hermana, llama la atención de Europa por la marcha regular en que ha entrado y los grandes progresos que realiza, bajo los auspicios del orden, de la libertad y de la paz; todo obra portentosa de un hombre: de Guzman Blanco.

Sus hechos durante el *septenio* y la época de la *Revindicación*, los conocen ya los lectores de LA AMÉRICA, por haberse ocupado de ellos en más de una ocasión.

Hallándose en París el general Guzman Blanco, despues de haber abandonado voluntariamente el mando, concibió el pensamiento de cambiar la estructura política de la República, tomando por modelo la Constitución suiza, modificándola, al aplicarla, en todo aquello que no se armonizase con los hábitos y costumbres de su patria.

Lejos del bullicio de la política pudo, en el extranjero, estudiar fria y tranquilamente la cuestión, de manera que llegado el momento de iniciar la reforma se hallase éste perfectamente preparado para dar cima á obra de tan trascendental magnitud.

Ese momento no se debía hacer esperar.

Vendido el general Guzman Blanco por el hombre á quien dejó en el mando al alejarse de su país, entregado éste á la anarquía y al pillaje, minado por su base el gran edificio levantado á costa de tantos y tantos sacrificios, el pueblo se dirigió á su antiguo libertador pidiéndole que abandonase el silencio de la vida privada, regresando á Venezuela para ponerse al frente de la revolución que debía luchar contra el gobierno de usurpadores que la estaba tiranizando.

La actitud del célebre caudillo no podia ser dudosa.

Su obra se estaba profanando, y casi *por deber*, no le era dado desoir la voz de sus compatriotas que le llamaban como á un verdadero Salvador. Guzman Blanco fué, pues, á su patria.

### II

Público y bastante conocido es lo que sucedió. El país entero se puso en pié.

De todas partes, millares de ciudadanos volaron á cobijarse á la sombra de la bandera que agitaba en sus manos, y en poco tiempo desapareció el poder de los explotadores, restableciéndose un gobierno de orden, de moralidad, de honradez, de trabajo y de iniciativa progresista.

La voluntad popular y los sucesos pusieron al frente de la nueva administración, al que, por segunda vez en el seno de su patria, venia á realizar *verdaderos milagros*.

Inutilizadas, en gran parte, las grandes obras y conquistas del *septenio*, Guzman Blanco, con esa voluntad inquebrantable y actividad pasmosa, que son rasgos distintivos de su carácter, se dedicó inmediatamente á reparar los males causados por Alcántara y sus sucesores; y contando, como contó, con el apoyo potente, decidido y eficaz del pueblo, pudo, en ménos de dos años, levantar el país, restablecer su crédito, organizar su hacienda, aumentar las escuelas, arreglar su deuda exterior en condiciones que serán eterna gloria para el negociador, y realizar, en fin, la serie de mejoras y progresos que presenta la joven República como *carta de ciudadanía* con que ha entrado triunfante en la patria inmortal de la civilización.

Obtenidos gradual y pacíficamente tan extraordinarios resultados, el presidente pudo entonces pensar en dar cima á su madurada idea de cambiar la organización política y administrativa de Venezuela, y con esa serenidad impasible que dan la conciencia del éxito y la fé en los resultados, inició la gran campaña.

Esta acaba de terminarse!

Parece todo aquello un sueño de los cuentos de Hadas, una extravagancia fantástica de Hoffman, y sin embargo, es una verdad, un hecho público y positivo.

Se ha modificado la Constitución de Venezuela.

Se le ha dado una nueva organización política y administrativa, y este grandioso movimiento de *reforma*, iniciado por el más popular de los caudillos de América, y secundado por las manifestaciones brillantes de la opinión pública, se ha verificado serena y tranquilamente, sin una conmoción, sin una protesta, sin un sólo síntoma de descontento.

### III

Estudiando las páginas de la historia de América no se encuentra otro ejemplo como éste; porque lo que acaba de suceder en la patria de Bolívar, no puede decirse que haya sido la obra de un partido político.

No!

Ha sido la obra de un hombre, cuyo prestigio y autoridad moral han tenido la suficiente fuerza y poder para producir la armonía y homogeneidad, que han presidido á la fundamental transformación.

Verificada ésta bajo tan risueños auspicios, en Caracas se anuncia una noticia que á muchos sorprende, que desagrada á todos: *el general Guzman Blanco pretende retirarse del mando!*

Y cuando nadie lo esperaba, él mismo lo revela al país, por medio de un documento notable.

Es una carta que dirige á su ilustre padre, don Antonio Leocadio Guzman, una de las más grandes personalidades de América por su brillante talento natural, su vastísima instrucción, su larga práctica en la gestión de los negocios públicos, su amor constante á la libertad, y los valiosos servicios que le está prestando hace sesenta años.

En esa carta, el hijo pide al padre que le preste el apoyo de su experiencia y de su autoridad para convencer á sus compatriotas de que no debe aceptar el mando bajo el nuevo régimen, porque no lo ha ambicionado, ni lo desea; porque no aceptándolo, lo probará prácticamente á sus enemigos: porque los hábitos que ha contraído de mandar discrecionalmente, en nombre de la verdadera omnipotencia de que le habían investido los pueblos, no le hacen el hombre á propósito para dirigir un Gobierno, cuya acción está sujeta á las limitaciones legales que establece la nueva Constitución.

No son estas las palabras *testuales* de la carta de Guzman Blanco; pero son la *esencia* de su contenido.

A la salida del correo que nos trae estas noticias no era conocida todavía la contestación del señor Guzman, que todos esperaban con impaciencia, sabiendo la perfecta y absoluta independencia que existe entre ambos personajes, y la franqueza con que el padre ha juzgado siempre los actos del hijo.

IV

En cambio, la prensa toda de la capital mismo que la de los *Grandes Estados*, y la opinión pública, se habían pronunciado ya *de una manera unánime* contra la resolución del general Guzman Blanco, considerando no solo como una fatalidad, sino como un *verdadero peligro para el país* su alejamiento del mando *en estos momentos*.

En esta espontaneidad del sentimiento público no hay adulación: *hay más egoísmo*, pues todos temen, y quizás fundadamente, que alejado del mando, la reforma no pueda dar los resultados que él mismo se propone y que el país anhela.

No conocemos á este nuevo Cincinato personalmente, de manera que no nos es dado vaticinar lo que *sucederá*, esto es, si desistirá de su intento, ó si cerrando los oídos al verdadero clamor de sus conciudadanos, insistirá en llevarlo á la práctica.

Si lo hace, cometerá un gravísimo error, error que tal vez la historia califique de *falta imperdonable é injustificable*; porque si esa reforma es su obra exclusiva, él no puede ni debe abandonarla *hasta conocer sus resultados*, tanto más cuanto que en su carta no dá una sola razón que pueda influir en el ánimo de sus compatriotas, para que admitan la dimisión que anticipadamente les presenta con más modestia que patriotismo.

V

El general dice en su carta, que no aceptando el mando, desea mostrar á sus enaigios con ese hecho que no lo ambiciona.

¡El pretendiendo hacer esta justificación!

Nos parece tan extraña como si Franklin, cuando se hallaba sumergido en las más profundas meditaciones luchando por arrancar al misterio el poder maravilloso de la electricidad, hubiese pretendido hacer creer á la humanidad que *no llevaba otra ambición* que la de poner en sus manos ese poder.

Si Guzman hubiese tenido ambición de mando, se habría conservado en el poder precisamente cuando, consumada su obra de regeneración, la nación en masa se lo pedía, cuando su popularidad había llegado á su más alta expresión.

No alimentando esa ambición, no sólo abandonó el mando, sino que se ausentó del país, quitando así hasta el *pretexto* para que alguno de esos enemigos de que habla pudiese hacerle el menor reproche.

¿Pero pretenderá acaso el libertador de Venezuela ser una excepción de la regla general de los hombres públicos de todos los pueblos y de todas las épocas?

¿Pretenderá reformar la humanidad en el pedazo de tierra en que nació, deseando que en ella no vivan sino hombres justos, honrados, imparciales, que den al *César lo que le pertenece*, y que no lanzen las explosiones sangrientas de despecho, que la impotencia ó la envidia inspiran á las almas corrompidas?

Esto no sería posible.

Hay que tomar la humanidad *como ella es*, no como cada cual desearia que fuese.

¿Existe alguno en Venezuela que no comprenda la magnitud de la obra iniciada y llevada á cabo por ese *hombre extraordinario* que se llama Guzman Blanco?

Téngale lástima, siguiendo la máxima del Evangelio, y no por dar satisfacción al insensato, arruine á la nación entera, que le pide con empeño y sinceridad, presida ahora el *Gobierno de la reforma*, como presidió ayer el que la inició y llevó á cabo.

Este es su deber.

Es la misión que le imponen sus propias obras y trabajos; porque, como hemos dicho, él no puede abandonar el país á que haga el ensayo de la nueva organización que le ha dado, sin hallarse presente, y sin ayudarlo con su inmenso prestigio.

Esperamos todavía que así ha de suceder, y que el gran caudillo á quien los pueblos aclaman con tanto entusiasmo haga el último sacrificio que le piden en pró de su tranquilidad y porvenir.

VI

Entre tanto Venezuela sigue adelante en su marcha feliz de progresos reparadores, alcanzando cada día alguna de esas conquistas que revelan al mundo la iniciativa regeneradora de una nación.

Hombre de gobierno en todo, el Presidente acaba de mandar hacer *un nuevo censo de la República*, y es, á la verdad, maravilloso el éxito que ha tenido este trabajo, dadas las inmensas dificultades que en todas partes ofrece cada vez que se emprende.

Dígalos el ejemplo de la misma Inglaterra, que á pesar de su larga práctica en estas cuestiones, no ha conseguido todavía llegar á la perfección deseada.

Para que el lector juzgue, no solo de la minuciosidad con que ha sido hecho el *censo*, sino de la riqueza de Venezuela, vamos á copiar aquí lo que dice *La Opinión Nacional*, de Caracas, el más antiguo y acreditado diario de la República, sobre el censo realizado, en uno solo de los grandes estados, el de *Guárico*.

Habla la *Opinion*:

«Se han remitido á la junta directiva, 36 grandes legajos con 1.293 expedientes que contienen 30.728 planillas de inscripciones, representando igual número de casas habitadas por 204.342 personas; y además, 36 legajos con otros tantos expedientes que contienen 3.809 documentos y notas cruzadas entre el Gobierno nacional, la junta directiva, la delegación de ésta, la gobernación, los prefectos y los comisarios departamentales y de distritos de esta seccion.

En todo, 75 legajos con 1.329 expedientes y 34.537 folios que, colocados á lo largo, unos despues de otros, medirían 18.658 varas, es decir, algo más de la distancia que hay entre Caracas y Petare y podrían alfombrarse con ellos la plaza principal de Ortiz, que tiene diez millones de pulgadas cuadradas ó sean 7.716 varas cuadradas de superficie.

El número de obreros principales y de personas que han ayudado oficiosa y patrióticamente á la formación del censo, tomado por las respectivas listas enviadas por los comisarios generales y las de esta delegación, alcanza á 1.085.

En toda la seccion hay 4 ciudades y 35 pueblos, que tienen 1.896 calles, vecindarios y sitios principales con sus respectivas denominaciones cada uno.»

VII

Ampliando estos curiosos datos, agrega el citado diario.

«Hay en el Guárico 996 establecimientos mercantiles: 293 manufactureros: 663 haciendas de café y caña, y 12.339 conucos de tabaco y frutos menores, todos estos bien cercados.

Entre los hatos, potreros, queseras, y fundaciones de cria de todo género y condiciones, hay en esta seccion 3.721 establecimientos, con 120.000 vacas de cria, y 280.000 reses de un mes de edad en adelante: 93.000 chivos: 82.000 cerdos: 27.000 bestias caballares y mulares, y 98.000 burros: es decir:

400.000.....	reses vacunas.	
175.000.....	id. cabrío y cerda.	
125.000.....	bestias de todas clases.	
Total 700.000..... cabezas.		
De las 30.728 casas, 3.500 son de tejas y corresponden á las ciudades, pueblos y haciendas, por lo que pueden valorarse unas con otras á pesos 2.000.....		7.000.000
Y las 26.728 restantes 100.....		2.672.800
Los 996 establecimientos mercantiles unos con otros á 500 de capital.....		498.000
Los 293 manufactureros á 200.....		58.600
Las 663 haciendas á 3.000.....		1.989.000
Los 12.339 conucos á 200.....		2.467.800
Las 120.000 vacas á 40.....		4.800.000
Las 280.000 reses á 15.....		4.200.000
Los 93.000 chivos á 2.....		186.000
Los 82.000 cerdos á 5.....		410.000
Las 27.000 bestias á 80.....		2.160.000
Los 98.000 burros á 8.....		784.000
De las 2.640 leguas cuadradas que tiene el territorio del Guárico, 140 por lo menos son agrícolas, que hacen 504.000 fanegadas á 2 una.....		1.008.000
Las 2.500 leguas restantes á 500.....		1.270.000
		29.504.200

Agreguemos á esta suma los valores en dinero efectivo, útiles y otras propiedades que no se mencionan, y tendremos un total redondo de pesos 30.000.000 de capital. Si esta cantidad la fuéramos á subdividir entre los 204.342 habitantes, les corresponderia á cada uno de pesos 148'81.»

VIII

Dos cosas revelan las líneas y cifras anteriores: la minuciosidad admirable con que se ha hecho el *censo* en Venezuela, y la gran riqueza que el país posee; riqueza que podrán apreciar los euro-

peos que de aquel país se ocupen, teniendo en cuenta este simple dato: en el inmenso territorio de la Rusia, cinco veces más grande que el de Venezuela, con sus cien millones de habitantes, no existen sino sesenta millones de cabezas de *ganado vacuno*, mientras que en uno solo de los diversos Estados que componen la República, cuya población no alcanza todavía á tres millones, existen más de cuatrocientas mil cabezas de ganado.

En un país nuevo, joven, rico en productos valiosos de tanta especie,—pues todo lo produce aquella tierra privilegiada,—fácilmente se comprenderá cuán hermoso es el porvenir que le espera, bajo los auspicios de la situación de orden, paz, y estabilidad, garantida por los hábitos de trabajo que ha fundado allí el General Guzman Blanco.

A los infinitos diarios que cuenta Venezuela, tanto en la capital como en los Estados, acaba de agregarse uno de la mayor importancia, tanto por la forma cuanto por la gran personalidad que figura á su frente.

Se llama *El Monitor*, y le dirige Eduardo Calcazo, conocido en su país con el nombre del *Castelar Venezolano*.

Efectivamente: como escritor castizo y galano, como literato de esquisito gusto, y estilo encantador; como poeta de imaginación exaltada y brillante; como orador de arrebatadora elocuencia, Eduardo Calcaño figura en primera línea en la hermosa pléyade de talentos americanos, que poco á poco vamos conociendo en Europa, merced á la propaganda incansable de hombres como Héctor F. Varela y Torres Caicedo.

Como diario, *El Monitor* que se publica en Caracas, es una verdadera joya tipográfica, y sus materiales, variados y amenos, fuente agradable de lectura para todos.

Con motivo de la carta del general Guzman Blanco de que extensamente nos ocupamos al empezar, Calcaño ha escrito una serie de artículos, que han debido producir honda impresión en todo el país, demostrando al famoso caudillo, en lenguaje templado, tranquilo, lógico y lleno de pasión patriótica á la vez, lo mismo que nosotros le acabamos de decir: *que ni debe, ni puede abandonar el mando*.

VIII

Pasemos á la República Argentina.

Como si esta nación no se contentase ya con los progresos asombrosos que viene realizando en todos sentidos, las últimas noticias que de allí nos llegan nos hacen saber, que se acababan de descubrir en la provincia de la Rioja *varias minas de oro*, habiendo producido el hecho una verdadera revolución en todo el país, que en adelante contará con esta nueva é inagotable fuente de riqueza.

El Gobierno había entregado un millón de duros para seguir los trabajos de distintas líneas de ferro-carriles; igual suma se ha remitido á los agentes en Europa para la compra de materiales, y para los trabajos de una sola de esas vías, el *Standard*, diario inglés que se publica en Buenos Aires, dice que los constructores pedían ¡MIL QUINIENTOS OBREROS!!

Con tal motivo, el citado diario dirige una *verdadera proclama* á sus compatriotas de Irlanda, exhortándolos á trasladarse á la República Argentina, donde pueden tener la seguridad de encontrar el trabajo y bienestar que les falta en su patria, tan hondamente perturbada en estos momentos por la miseria.

Al mismo tiempo, el *Deutch Zeitung*, uno de los diarios alemanes que se publican en aquella capital,—única que cuenta en su prensa cuatro diarios italianos, tres franceses, tres alemanes y cinco que representan nuestra inmensa colonia,—había iniciado la idea de organizar una comisión de alemanes encargados de trabajar para que, si no toda, al menos una gran parte de la emigración que del imperio alemán se dirige á los Estados-Unidos, cambie de rumbo, dirigiéndose á la República Argentina.

Al iniciar este proyecto—que en breve será una realidad—presenta todas las ventajas que sus compatriotas reportaron, escogiendo por segunda patria aquel hermoso y floreciente pedazo de la tierra americana.

Ya que nuestro ministro de Fomento ha tenido la feliz inspiración de ponerse al habla—al decir de varios periódicos—con el conocido publicista y orador Sr. Varela, que tan minuciosamente se está ocupando, por la prensa, de la *cuestión de emigraciones*; creemos que haria bien en tomar nota de todos estos datos, que nosotros tomamos al acaso, y que este señor podría ampliar.

IX

El Gobierno, por su parte, se seguia ocupando de la cuestión de inmigración, dándole la importancia que merece.

Deseando aprovechar la competencia y larga práctica de un hombre especial para ese puesto, ha nombrado *comisario general de inmigración* al Sr. D. Samuel Navarro, quien en muy poco tiempo revelará al país de cuánto valen los estudios especiales que un hombre ilustrado hace sobre materias dadas.

El Sr. Navarro está en este caso.

Comprendiendo que la grandeza de su patria depende, en gran parte, del crecimiento de la po-

blacion, hace muchísimos años que estudia los medios de hacerla aumentar, habiendo contribuido ya á ello con las ideas y proyectos suyos exclusivamente, adoptados años atrás por el Gobierno Argentino.

Al lado del general Roca su tarea será hoy más fácil, dada la fisonomía verdaderamente progresista que este jóven magistrado ha impreso y sigue imprimiendo á su administracion.

Los trabajos para la gran Exposicion Internacional seguian en Buenos-Aires con gran actividad.

A juzgar por lo que dice la prensa, esta hermosa fiesta tomará proporciones con que no se contó al iniciarla, pues ha sido tal la demanda de local solicitado por los expositores de los diversos pueblos, que la comision organizadora se ha visto forzada á dar mayores dimensiones al ya espacioso terreno en que se construye el edificio.

Iniciada esta Exposicion por hombres modestos, como son los que componen el *Club Industrial*, hoy se sienten, á la par que felices, orgullosos de los resultados que van alcanzando, pues ya nadie espera que el inmenso *Bazar* abra sus puertas, para conocer el éxito.

Está asegurado de antemano, pudiendo celebrarse la Exposicion no sólo bajo los auspicios de la paz fecunda que reina en el interior, sino bajo los auspicios de la paz que se acaba de asegurar con Chile, por medio del tratado que se firmó en Buenos-Aires, hallándose así la nacion Argentina en portentosas condiciones de prosperidad y grandeza, sin una sola preocupacion dentro ni fuera que la haga abrigar temores para su porvenir.

## X

Sentimos no poder decir otro tanto de su hermana y vecina la República del Uruguay.

La situacion allí no es feliz; pero tampoco es de tal naturaleza que merezca las apreciaciones que sobre ella han hecho estos dias algunos diarios, y mucho ménos merecen ser tratados como lo han sido los hombres que componen su Gobierno.

El Presidente de la República uruguaya, doctor Vidal, lejos de ser un *idiota* como se dice, es un hombre de ciencia, considerándose como el primer médico del país, y á su lado tiene como uno de sus ministros, al Sr. Mateo Maguriños Cervantes, que durante varios años residió entre nosotros, donde todos los que aquí hacemos un comercio más ó ménos lícito con las letras, pudimos apreciar sus altas dotes intelectuales, unidas á uno de esos caracteres que verdaderamente se imponen.

Algunos telegramas publicados en Lóndres, anuncian que el ex-dictador Latorre había invadido el territorio de su patria al frente de algunos centenares de bandidos.

Nosotros no tenemos ninguna noticia referente á este hecho; pero creemos, conociendo la situacion de aquél riquísimo país, que si el *gaucho malo*—como llaman á esos pajarracos allí—llegase á cometer la locura de intentar perturbar el orden en su patria, recibiría dura y merecida leccion.

Ibamos á terminar esta Revista, ocupándonos con alguna detencion de un país que ha realizado el milagro de *Lázaro*,—el Paraguay,—pero la extension que la hemos dado nos impide hacerlo. Será en la otra.

P. RUIZ ALBISTUR.

MR. ANTOINE D'ABBADIE.

(DE UN ÁLBUM DE VIAJES.)

Más allá del rio Bidasoa, sobre el hondo rincon del golfo de Gascuña y entre Hendaya y San Juan de Luz, hay un maravilloso *chateau* ó palacio, llamado de Abbadia, cuya ligera descripcion haré luego. En él vive muchos meses del año un anciano venerable que no llega aun á los setenta, de inteligente fisonomía y profunda mirada, de buena estatura y de extensa barba blanca y plateada cabellera que casi le alcanza hasta los hombros, dando respetable y característico aspecto á su persona. Severo en su oscuro y sencillo traje, simpático en sus palabras, tal es el eminente sabio francés Mr. Antoine D'Abbadie, á quien el país vasco quiere con apasionamiento y considera con justicia.

Hereditario de un nombre glorioso en las ciencias, de un talento de primer orden, y de cuantiosa fortuna, se dedicó al estudio desde jóven con la vocacion de un hombre extraordinario, y terminada su carrera, se decidió á emprender grandes y difíciles trabajos. D'Abbadie tenia desde escolar, la fé de un misionero y el entusiasmo viajero de un baron de Humboldt. Matemático profundo, se fijó nada ménos que en la idea de estudiar geodésicamente la Abisinia. Aquel país tan grande en la antigüedad, tan lleno de ruinas y de recuerdos, tan olvidado y casi desconocido ahora, le atraia con irresistible encanto. Aquella comarca que ilustraron con sus estudios el malogrado Roulle, Heuglin, el doctor Poucet, el capuchino astrónomo Brevédent, Bruce, Ruppel y otros; el misterioso Alto Egipto debía ser el campo predilecto de sus prácticas científicas. Escogió y reunió los mejores materiales para el viaje, se fijó en los métodos de estudio más recomendados, se ejerció magistralmente en la práctica de los aparatos de observacion, y organizado severamente su plan de campaña, marchó al oriente de Africa en 1838. El viaje no debía ser breve:

Mr. d'Abbadie estuvo en Abisinia hasta el año de 1849. ¡Diez años largos, estudió con incomparable constancia en aquellas lejanas y abrasadas latitudes!

La extension del país que recorrió desde la isla Masana hasta el centro de la comarca de Kaffa, haciendo el trazado geodésico completo, comprendió 9 grados de latitud y 3 de longitud, es decir, más que la mitad de España. Además del mapa detallado de la Etiopía, hizo otras once cartas parciales y un gran apéndice; recorrió los valles de Suwada é Incatcab, visitó el Simeu, subió á la cima del Ras da Jun á 4.600 metros de altura, y á la Roca Bora á 2.650; llegó hasta los 6 grados N. del Ecuador y plantó su bandera, en compañía de su valeroso hermano Arnaud, en los tórridos confines de Inarya, donde está el origen del Uma, principal afluente del Nilo. Con el doble anteojo zenital, de su invencion, que permite determinar á la vez en muy breve tiempo y con toda la exactitud debida la latitud y la hora de un lugar, con otros importantes aparatos complementarios y un personal entendido y valiente, recorrió y estudió *por su cuenta* tan vasto espacio, capaz de arredrar al sabio más entusiasta y de imponer tambien al más intrépido viajero.

Realizado tan gran trabajo, emprendió á su vuelta otros de carácter científico experimental, que sin cesar se han ocupado para provecho de los grandes progresos modernos. Al pasar por el Cairo le hizo notar el director de la escuela politécnica de aquella capital, Boudot-Macery las variaciones que observaba al estudiar detenidamente la intensidad de la gravedad y el movimiento del péndulo, con cuyo motivo se dedicó largos años despues á cumplir y perfeccionar estas observaciones. Como estudio curioso de sus observaciones meteorológicas de Africa, publicó en 1849 una notable Memoria acerca de *El Gobar* ó niebla seca característica de aquellas regiones. En 1851 estudió en Suecia el eclipse total de sol. Despues de numerosos viajes y excursiones científicas, publicó en Leipzig en 1859 las posiciones geográficas de 850 puntos del Alto Egipto.

En 18 de Julio de 1860, hizo en Briviesca sus observaciones astronómicas acerca del inolvidable eclipse de sol de aquel dia, fijándose sobre todo en realizar durante la oscuridad total, tres observaciones de una protuberancia solar, determinándola en posicion y altura. Llevó al efecto un pequeño micrómetro de Arago, de dobles imágenes, que se inutilizó y no pudo usar, y un notable anteojo de bastante campo y aumento. Son curiosísimas sus notas acerca de aquel grandioso fenómeno. Mr. d'Abbadie, partidario de que las protuberancias rojas que se ven sobre los discos oscuros de la luna y del sol, en el momento en que aparecen superpuestos, no eran más que sencillos efectos de difraccion óptica ó cosa análoga y de ningun modo dardos de hidrógeno incandescente emanados de la masa solar, insistió en sus ideas despues del eclipse, fundándose en sus repetidas observaciones y en las de otros astrónomos, por más que al fin se convenció de su error y de la verdad de la hipótesis contraria.

Siempre que el viajero ilustrado recorre las líneas férreas del Norte y de Zaragoza, muchos de los lugares por donde pasa le traen á la memoria los recuerdos de aquel dia tan memorable en los progresos de la física celeste. M. de Lowe hizo sus observaciones en Fuente de Mar, provincia de Santander; M. Abbadie, Petit, del observatorio de Marsella, Lespialt de Burdeos y A. Prazmowski de Varsovia observaron en Briviesca; los eminentes físicos Warren de la Rue, Clark, Bek, Ceckley, Downes y Reivolds desde Rivabellosa (provincia de Alava) inmediato á Miranda, sobre la vía de Bilbao, donde se demostró que las protuberancias correspondian al sol (1); los sabios Mædler de Dorpat, Weyer de Kiel, Goldschmidt, Van Renneyampff, Thiele, D'Arrest y Bianchi estudiaron el eclipse en Vitoria; los inmortales Leverrier y Foucault en Tarazona, acompañados del egipcio Ismael Effendi y de Tissot y Desains; en lo alto del Moncayo se hallaron Villarceau, Charcornac, Packe y Brechns de Leipzig, y por fin con el ilustre P. Secchi en el desierto de las Palmas, extremo de la línea de observacion, nuestro sabio astrónomo el Sr. Aguilar, y los reputados físicos Greifswald, baron Von Feililzsch y Plantamour de Ginebra.

En Noviembre de 1860 empezó Mr. Abbadie á publicar su admirable obra: *Geodesia de la Alta Etiopía*, resumen y conjunto asombroso de sus trabajos en el continente africano, y de los cuales hacia poco despues los más grandes y merecidos elogios el ilustre Mr. Faye en la Academia de Ciencias de París (1861). En la primera parte de su libro describió los anteojos, sextantes, teodolitos, hipsómetros, círculos de reflexion y demás aparatos que empleó en sus estudios; los métodos de determinacion de las coordenadas geográficas; las longitudes de varios puntos deducidas por el nuevo método de las ocultaciones, alturas y distancias de la luna; sus alturas, determinadas por el ipsóme-

(1) Además de este recuerdo científico memorable, que guarda el pueblecillo de Rivabellosa de Alava, es notable tambien por haberse reunido en él la Asamblea ó Junta de alaveses en 1643, en la que quedó aprobado y aceptado el cuaderno de *Ordenanzas ó fueros*, que durante tantos siglos ha regido en la provincia de Alava, que entonces comprendia á Miranda y Pancorbo.

tro; algunas bases medidas por la velocidad del sonido, y el empleo de las simples señales naturales ó puntos de partida encontrados en el terreno, que en un país poco civilizado como aquel era necesario admitir y utilizar, para hacer sin otros preparativos el importante trabajo de las triangulaciones. Acompañan á esta parte numerosas tablas calculadas con precision sobre todos los anteriores puntos y conceptos.

En la segunda se ocupa: del itinerario, posiciones de los lugares recorridos y nuestras distancias y trazados de la red geodésica, que constituyen los magníficos mapas del territorio estudiado, y entre ellos los del gran Dancot, Bajandir, Ti-gray y Gojjan, con croquis y dibujos de las montañas y de las estaciones de observacion, ilustrados con los nombres exactos de los lugares, que M. d'Abbadie hizo grabar con entera exactitud, dado el conocimiento perfecto que tiene de las lenguas sao, amariña y otras de la Etiopía. Inmensa es la obra, y suficiente para cimentar la reputacion de un sabio de primer orden. El erudito, incansable y profundo físico M. Radau, mi predilecto maestro de meteorología, se encargó de revisar los cálculos, metodizar la obra y dejarla sin tacha ni vacío, en cuya operacion ocupó tres años.

En 1863 disputó al contralmirante Mr. Paris el puesto de miembro del Instituto en la seccion de Geografía y Navegacion. En el mismo año presentó á la Academia una Memoria sobre el estudio de la luz zenital; fué nombrado sócio de la Astronómica de Alemania y continuó sus trabajos favoritos sobre las desviaciones del péndulo, demostrando que su anteojo zenital no indicaba ni las variaciones ni los fenómenos que Mr. Guyot creia haber observado en sus famosas experiencias del Panteon. En 1867 fué elevado á la honrosa y envidiada categoría de individuo de la Academia de Ciencias de París. Presentó en ese año á la sabia corporacion una nota sobre un antiguo *metereógrafo* de parte del estudioso Mr. Radau.

En 1872 comunicó á la Asociacion francesa del Progreso de las ciencias sus observaciones microscópicas, confirmadas poco despues por los estudios del P. Bertilli. En 1873 publicó sus observaciones sobre la física del globo, hechas en el Brasil y en Etiopía, y presentó una nota acerca del grado de visibilidad á que se puede llegar con los anteojos de cortas dimensiones. En 1874 tradujo del inglés y publicó las instrucciones para la observacion del paso de Vénus por encargo de la Academia. Tomó en 1875 una parte muy activa en el Congreso internacional de Geografía. En 1876 publicó una Memoria sobre los trabajos científicos de Francisco Garnier, por la que se concedió una pension vitalicia á la viuda de éste. En 1877 se ocupó con entusiasmo de los estudios para la formacion del mar interior en el desierto de Sahara, y desde entonces, lo mismo que antes, viene ocupándose sin cesar, activo, incansable y fuerte como un patriarca de la raza vasca de idénticos estudios físicos, astronómicos y geográficos, en los que ha llegado á ser una de las grandes figuras de nuestro siglo.

Tales son los detalles que recuerdo, muy pocos por cierto, de los trabajos científicos del insigne protector de la lengua y de las costumbres del pueblo euskaro, al que, como los ilustres Guillermo d'Humboldt, príncipe Luis Luciano Bonaparte y vizconde de Belsunce, ha dedicado gran parte de su honroso carño.

Habita Mr. Abbadie en un espléndido palacio, situado á unos tres kilómetros de Hendaya, siguiendo la direccion de la costa. Hermosos bosques de nutrida vegetacion, guardados por grandes y temibles perros, rodean su casa, que es una preciosa construccion moderna, imitando el estilo del renacimiento. Su fachada del Mediodía mira al valle del Bidasoa, la de Poniente á Fuenterrabia y la del Norte al Oceano. Abrese ante su fachada una magnífica escalinata, sobre cuyas rampas balaustradas se ven dos colosales cocodrilos esculpidos, y en dos basamentos superiores escalonados dos galguitos y varias tortugas, labradas en piedra tambien. Un suntuoso vestíbulo conduce al portal, cerrado en su parte posterior por un gran lienzo de pintados cristales. Allí se abren las dos subidas de la escalera, en cuyas altas y elegantes paredes están pintados grandes cuadros, que representan con toda exactitud las escenas más notables de la vida del pueblo etiope. Ocupa el centro de ambas subidas la estatua de un abisinio, que sustenta un rico candelabro.

A la derecha del portal está el comedor, de elegante trazado y severo gusto, con paredes y techo de esculpidas maderas y grandes medallones de plata repujada. A la izquierda está la capilla, de estilo neo-bizantino, de bellísimo aspecto y sobria riqueza.

En los dos cuerpos relativos de la fachada que mira al mar, el de la derecha es el observatorio astronómico, donde están los magníficos aparatos de trabajo constante, y en el de la izquierda el salon árabe. Entre otras muchas y ricas habitaciones del palacio, dejan inolvidable recuerdo: el salon de ébano con labores é incrustaciones de plata en sus paredes, techo, muebles y ventanas; el salon japonés, enajado de originales y caprichos; el salon Luis XIV, con su ornamentacion característica y el salon árabe de sorprendente belleza y acabado gusto oriental. Para indicar nada más, el número de curiosidades y riqueza contenidas en el resto de la vivienda, se necesitarian dos artículos como este. Biblioteca, gabinetes, antigüedades, ob-

jeto de raro mérito é inapreciable valor, todo lo ha sabido reunir allí Mr. d'Abbadie con esquisito cuidado.

En la deliciosa, pero apenas conocida mansión *D'Abbadie*, en aquel pintoresco país, situado en tierra vasca, á las puertas de España, lleno de tantos recuerdos, en aquel horizonte donde se alzan las antes olvidadas poblaciones de Ciboure, de Uruña, las rocas, el faro y fuerte de Socoa, los altos de Santo Bárbara, el viejo castillo de Urtubia y en el fondo los grandes montes Pirineos con sus altas cimas de Haya y de Larhun, allí pasa los mejores días de su vida el sábio y modesto académico, rindiendo culto á las ciencias y á la raza y lengua de los vascos.

La bonita villa de Irun acaba de celebrar sus fiestas euskaras (8, 9, 10 y 11 de Setiembre) y en ellas el venerable sábio, gloria de la Academia de Ciencias, ha otorgado los siguientes premios:

80 pesetas al autor de la mejor canción escrita en verso vascongado.

80 á los dos mejores poetas improvisadores ó *bersolaris*.

400 á los cuatro mejores jugadores de pelota que se han presentado.

50, 30 y 20 á los mejores andarines que se han distinguido.

40, 30 y 15 á las tres mujeres que con cántaros de agua en la cabeza llegaron las primeras á un punto designado en la carrera.

Y 50, 30 y 20 á las tres mejores vacas lecheras que han acudido al certámen de ganados.

Todos los años, en ambos lados del Pirineo, se repiten estos concursos, que atraen innumerables gentes, y en ellos el patriarca del país vasco-francés-español, honra á su raza premiando el trabajo, la poesía, la agilidad y la maestría de aquellos sencillos montañeses, que tanto le veneran.

En los libros científicos, en la Sorbona, en la culta sociedad de París el nombre *D'Abbadie* se repite con frecuencia y con justo respeto; en la Euskal-ewia, es decir en los pintorescos rincones del Pirineo donde viven navarros, guipuzcoanos, vizcainos, alaveses y vasco-franceses, se le quiere como á un *aitejauna*, como á un padre cariñoso, que es para aquella tierra una verdadera providencia.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

## CIENCIA Y ARTE.

### III

Hemos dicho en otro lugar que la traslación de algunos elementos de séres, ó de séres ya formados, del puesto que anteriormente ocupaban á otro diferente, constituyen el *movimiento*. La parte de la física, que trata de las leyes á que se somete la materia en el ejercicio de sus movimientos toma el nombre de *dinámica*. Pero no es este el sitio oportuno para exponer todas las leyes relativas á la dinámica, porque eso sería demasiado extenso para un escrito tan conciso como debe ser el presente; nos limitaremos por lo tanto á explicar la parte de esas leyes que más relacionada se encuentra con nuestro estudio, y es casualmente la que ménos ha llamado la atención de los físicos.

Las particularidades que más han llamado nuestra atención, en los cuerpos materiales puestos en movimiento, son: primera, la *dirección* que sigue el sér movido; segunda, la *velocidad* con que se trasporta de un lugar á otro; tercera, la *acción* que con sus movimientos ejerce sobre los séres que le rodean.

La *dirección* consiste en las relaciones que el sér movido conserva con la superficie de la tierra durante sus movimientos; la *velocidad* expresa el tiempo que el mismo ha empleado en verificar su traslación del puesto que anteriormente ocupaba al que en la actualidad ocupa; la *acción* que un sér ejerce con sus movimientos sobre los que le rodean depende de su conversión de ser movido en fuerza motora con respecto á ellos, obligándoles á que ejecuten ciertos movimientos constantemente iguales, en situaciones también iguales.

La *dirección*, por lo tanto, se encuentra relacionada con el *espacio*, y la *velocidad* con el *tiempo*; entendiéndose por *espacio* la serie de *puntos* que recorre el sér movido, y por *punto* el puesto que ocupaba antes de ponerse en movimiento, ó el que sucesivamente va ocupando durante él, equivalente á su volumen. El *tiempo* se compone á su vez de otra serie de *momentos*, que se señalan convencionalmente, por lo cual la ciencia actual conviene generalmente en graduar cada uno de ellos en un *segundo*, ó sea la sesenta parte de minuto; los cálculos del espacio y del tiempo son los que constituyen las *matemáticas*.

Las *direcciones* que siguen los cuerpos en sus movimientos siempre son lineales, y esas líneas pueden ser *abiertas* ó *cerradas*; esto es, líneas que parten de un punto dado y terminan en otro diferente, ó líneas cuyos extremos se enlazan y no tienen punto de partida ni de término.

Las líneas abiertas pueden ser *rectas* ó *curvas*, y dirigirse en sentido perpendicular, horizontal, oblicuo en diferentes grados, en zig-zag, en espiral, formando ondulaciones, oscilaciones, vibraciones, etc.; y cuando se mueven dos cuerpos en combinación pueden verificar sus movimientos en *direcciones* paralelas, convergentes, divergentes, angulares en sus numerosísimos grados, etc., etc.

Las cerradas siempre son curvas, y pueden seguir *direcciones* circulares, ovoideas, elípticas, elipsoideas, etc., etc.

Si á esto se agregan las combinaciones que pueden formarse entre esas *direcciones*, resultará que el número de las que pueden seguir los cuerpos puestos en movimiento es inmensamente grande, incalculable.

La *velocidad*, con que los séres movidos recorren las distancias admite también numerosísimos grados; la diferencia que existe, por ejemplo, entre la lenta y pausada marcha de un caracol ó babosa, y las 77.000 leguas que recorre por segundo la luz, conducida por las vibraciones del éter, puede servir de norma para calcular esa variedad de *velocidades*; las cuales, como las *direcciones*, son también incalculables.

Tanto las *direcciones* como las *velocidades* de los séres puestos en movimiento pueden, con respecto á las impresiones que producen en nuestros sentidos, ser *reales* ó *aparentes*.

En efecto, se observa con bastante frecuencia que la *dirección* que nos parece lleva un cuerpo movido, es distinta y aún opuesta á veces á la que realmente lleva; y sucede lo mismo con respecto á su *velocidad*, confundiendo nuestros sentidos los séres, que se encuentran en quietud, con los que se mueven.

Por ejemplo: nosotros percibimos el movimiento de los astros que nos rodean, *apareciendo* á nuestra vista, que ellos son los que se mueven en la *dirección* de Oriente á Poniente; cuando el movimiento *real* es el que verifica la tierra diariamente de Occidente á Oriente, aunque aparenta estar quieta; por eso dijo Josué: «*Párate, sol.*»

Lo mismo sucede con los que viajan en ferrocarril, en buque ó en globo aerostático quienes ven alejarse de ellos los objetos que alcanza su vista, fuera del vehículo en que caminan, apareciendo ellos en quietud. Eso depende de que las relaciones de distancia, de los objetos que les rodean dentro del vehículo, se mantienen invariables, mientras que las que mantenían con los objetos exteriores varían sucesivamente; pero la razón humana, apoyada en los conocimientos científicos, comprende y rectifica esas apreciaciones aparentes, y establece la realidad de los hechos.

La *acción* que los séres puestos en movimiento ejercen sobre los que les rodean, es también importantísima, y la dividimos en *atractiva* ó *absorbente*, *repulsiva* ó *expelente*, *mixta* y de *círculo*.

La *acción atractiva* es la que obliga á los elementos de los cuerpos ó á los cuerpos ya formados á dirigirse á un centro común. La *repulsiva*, al contrario, los rechaza, dejándoles en libertad para que sigan otras *direcciones*. La *mixta* es la que, recorriendo curvas abiertas, atrae por un lado y repele por el otro. La *de círculo* es aquella que obliga á los cuerpos sometidos á su influencia á seguir la *dirección* de las curvas cerradas; atraen también por un lado y repelen por el opuesto, pero continúan constantemente moviéndose por la línea que forma el círculo.

Creemos que una explicación teórica de esas acciones diversas sería demasiado confusa para algunos de nuestros lectores; por cuya razón la sustituiremos con ejemplos sencillos de fácil demostración práctica; dedicándonos al mismo tiempo á deducir las consecuencias que esos ejemplos puedan proporcionarnos, para someter al ilustrado criterio de los hombres científicos las que no resulten enteramente probadas.

*Ejemplos: primero.* Supongamos que nos hallamos colocados en un sitio elevado de una ciudad populosa, desde cuyo punto abarcamos con la vista toda la superficie de un extenso local, en cuyo centro se va á dar un espectáculo que llama mucho la atención de todos los habitantes.

Observaremos, en primer lugar, que según vaya aproximándose el momento de principiar el espectáculo va llenándose el local de gente, y que luego afluje de las inmediaciones un número aun mayor, obligando estos últimos á caminar hacia el centro á los que antes se encontraban en el punto que ahora ocupan ellos, empujando respectivamente cada individuo al que tiene delante de sí, éste al que le precede, y así sucesivamente, llegando esas presiones hasta los que ocupan el centro de aquel vasto local, quienes no pueden moverse sin dificultad.

De eso resulta que la concurrencia en conjunto se ve precisada á ceder á esa presión impulsiva, individual é inmediata, que principiendo en los que forman la *circunferencia*, se dirige hacia el centro, sin que ninguno de los que forman ese conjunto pueda seguir otra *dirección*, recta ó curva, abierta, que la que le imprime el que tiene detrás; concurriendo de esa manera, cada uno de esos individuos, á constituir una masa humana compacta, cuyo centro es el punto en que se da el espectáculo.

Ese movimiento *atractivo*, conocido en física con los nombres de *concéntrico* ó *centrípeto*, puede, tratándose de la constitución de los séres, ser calificado de movimiento de *condensación*, puesto que obliga á los elementos constitutivos de las masas materiales, que en este caso están representados por individuos de la especie humana, á condensarse en un centro común; disminuyendo gradualmente las distancias que existían entre ellos, y constituyendo de esa manera una masa material que antes no existía.

Lo que particularmente llama la atención en el ejemplo que acabamos de presentar es que los movimientos de atracción á que se han sometido los individuos que han concurrido á la constitución de esa masa humana, no han tenido su origen en el punto que ha servido de centro, sino que han sido consecutivos á las presiones ejercidas por los elementos situados en la *circunferencia*, sobre los que respectivamente se encontraban delante de ellos, y las de éstos sobre los que les precedían, y así sucesivamente hasta llegar á los que ocupaban el centro; por consiguiente, la atracción, en este caso, no proviene del centro que atrae, sino de las presiones ejercidas por los elementos que ocupan la *circunferencia*, que impelen á los que les preceden á dirigirse al centro común.

*Segundo.* Si concluido el espectáculo, de que hemos hablado en el ejemplo anterior, continuamos en nuestro observatorio, veremos que los individuos que ocupan la *circunferencia* cesan de impeler á los que tienen delante, y estos, que bajo la presión ejercida por los anteriores, se encontraban molestados sin poderse mover, inician nuevos movimientos en *dirección* opuesta á la anterior; empujando en esa nueva *dirección* á los que antes les empujaban á ellos; volviendo á recobrar gradualmente las distancias, que antes fueron acortadas, y desapareciendo en consecuencia la masa corporea, á cuya constitución habían contribuido.

Este otro movimiento, calificado por los físicos de *eccéntrico* ó *centrípeto*, debe á su vez ser considerado, en el caso que estamos tratando, de movimiento de *descomposición* ó *disolución* de los séres ó cuerpos; porque descompone las masas constituidas por el anterior, y las disuelve hasta el grado de quedar cada uno de los citados elementos en libertad de seguir la *dirección* que más le convenga ó le imprimen; y concurrir, acaso, á la constitución de alguna otra masa material.

Los movimientos de descomposición de los séres principian, pues, cuando concluyen las presiones, que obligaban á sus elementos á mantenerse unidos.

*Tercero.* En las fábricas de sombreros de fieltro, confeccionados con pelos de conejo, liebre, etcétera, se observa lo siguiente: en primer lugar, los obreros colocan el pelo agrupado en grumos, como lana sucia, en una máquina especial, que deshace esos grumos y aísla separadamente cada pelo.

Esos pelos aislados, libres ya completamente, se aproximan, dentro de la misma máquina, á una rendija vertical que esta tiene, en frente y á corta distancia de un molde metálico, cónico, que sirve para dar forma al fieltro que ha de constituir el sombrero, cuyo molde gira rápidamente sobre un eje central; comunicando á la zona de aire atmosférico que le rodea un movimiento circular, también de gran velocidad.

Los pelos, según se van aislando y presentando en la rendija del primer compartimiento de la máquina, hasta donde extiende su movimiento circular la zona aérea ó atmósfera que rodea al molde, son arrastrados por ella y se ven obligados á adherirse con fuerza á la superficie exterior del citado molde; formando de esa manera una tela de fieltro del grosor que se desea.

Mas al concluir de formarse el fieltro debe aplicarse sobre él un trapo mojado en agua acidulada con el ácido sulfúrico, que sirve de medio adherente entre los pelos; porque, sin esa precaución, en el momento en que cesa el movimiento de rotación del molde, y en consecuencia el de la atmósfera que le rodea, cae cada pelo por su lado y se descompone el fieltro por falta de la presión que sostenía adheridos los pelos.

En estos tres ejemplos se observan dos acciones atractivas y otras tantas repulsivas, que explicaremos según las comprendemos.

La *acción atractiva* del primer ejemplo, es aquella en que los elementos constitutivos de las masas materiales, empujados individualmente y por contacto inmediato por los que se encuentran detrás de ellos, se dirigen siguiendo *direcciones* lineales, rectas ó curvas, pero siempre abiertas, de la *circunferencia* al centro llamado *atractivo*, aunque en realidad no lo es, y la *atractiva* también del tercero es aquella en que un cuerpo sólido, considerado también como centro de atracción, aunque tampoco lo es, gira rápidamente sobre su eje y comunica al aire atmosférico que le rodea un movimiento también rápido de rotación, que obliga á los elementos corpóreos que se encuentran á su alcance á adherirse á la superficie del mismo centro y mantenerse en él, oponiendo más ó ménos resistencia á abandonarlo, mientras dura ese movimiento atmosférico circular cerrado.

En cuanto á la *acción repulsiva* del segundo ejemplo, principian los elementos constitutivos de las masas materiales á separarse del centro, donde se hallaban acumulados, en el momento en que cesan las presiones exteriores que allí los mantenían, y en el tercero cuando se suspende el movimiento giratorio del cuerpo sólido que sirve de centro, y en consecuencia el de rotación de la atmósfera que le circunda.

Pero lo que especialmente llama la atención, con respecto al tercer ejemplo de *acción atractiva*, es lo siguiente. Observándose que en los ejemplos que hasta ahora hemos presentado, la *acción atractiva* no proviene del centro, sino que es consecutiva á las presiones que exteriormente experimentan con *dirección* á ese centro los séres atraí-

dos, y vista la casi identidad que existe entre la manera de ejercer su acción atractiva la máquina de sombreros de fieltro, y lo que se observa en la gravedad de la tierra. ¿no pudiera la atracción que ejerce nuestro planeta sobre los cuerpos suspendidos en su atmósfera, conocida con el nombre de *gravedad*, ser producida por el movimiento giratorio rápido que este planeta ejecuta diariamente sobre su eje, como el molde de sombreros sobre el suyo; movimiento que, comunicado á la atmósfera aérea que le rodea, la hace rodar con la velocidad de 7.704 leguas en veinticuatro horas, ó sean cinco leguas por minuto, en la latitud de Madrid, según Flammarion; obligando á esos cuerpos flotantes á adherirse á la superficie de la tierra que es su centro, como la rotación de la atmósfera, de la antes citada máquina, hace adherirse á los pelos á la del molde central y mantenerlos allí unidos hasta que cese ese movimiento ó les obligue á separarse una fuerza mayor? ¿Qué sucedería si en un momento dado cesara el movimiento giratorio de la tierra, y á consecuencia el rotatorio de su atmósfera? ¿Continuarían en ese caso las leyes de la gravedad? Estos problemas los dejamos sin solución definitiva, porque son incidentales para nuestro estudio, y aguardaremos á que personas más autorizadas que nosotros en el terreno científico y artístico emitan su opinión acerca de ellos para aceptarlos ó rechazarlos; entre tanto seguiremos con los ejemplos.

*Ejemplo cuarto.* Se observan, á veces, movimientos sumamente veloces, siguiendo vertiginosamente los seres que los ejecutan direcciones de líneas curvas espirales; obligando á los cuerpos, sobre los que pueden ejercer su acción, á precipitarse en su centro. Tales son, entre otros, los llamados *remolinos* que se forman en los ríos, que tan á menudo arrastran á los nadadores concluyendo con su existencia; los que con el nombre de *simoun* ejecuta el aire en los arenosos desiertos del Africa, enterrando en la arena que levantan caravanas enteras de hombres y camellos; y los que, con la denominación de *sifon* ó *tromba*, se tragan en el mar los buques más resistentes con espantosa rapidez, constituyendo movimientos atractivos, ó más bien absorbentes; más, aun en esos casos, la acción atractiva tampoco proviene del centro sino de la presión que ejerce el aire que gira rápidamente en espiral abierta sobre los cuerpos sometidos á su acción, cuya rapidez aumenta á proporción de que los cuerpos atraídos se aproximan al centro como en la gravedad terrestre.

*Quinto.* El impulso producido por un viento fuerte ó un torrente de agua, arrastra, en la misma dirección que ellos llevan, á cuantos seres de resistencia menor que la potencia de que ellos disponen, se encuentran sometidos á su acción, y cuando el viento que ejecuta el movimiento impulsivo llega hasta el grado de constituir un huracán, derriba árboles, paredes, y, á veces, hasta casas; sin embargo de que esos objetos, en épocas normales, ofrecen una resistencia muy superior á la potencia motora de que dispone el aire, sucediendo lo mismo con el agua de un torrente, con un río salido de madre, etc.

Esos dos últimos ejemplos nos manifiestan, con respecto á la acción que ejercen los movimientos en ellos descritos, algunas particularidades que consignamos á continuación.

Se observa, en primer lugar, que esos movimientos son mucho más veloces que los de los ejemplos anteriores, y que los del cuarto ejemplo, á pesar de ser en rigor atractivos, tampoco su acción atractiva, que más bien debe calificarse de absorbente, proviene del centro, sino de la circunferencia espiral, cuya dirección siguen los cuerpos puestos en movimiento destruyendo los seres ya formados que se someten á su acción en lugar de constituir con ellos nuevos seres como en los ejemplos anteriores; lo que prueba que los movimientos atractivos demasiado potentes y veloces destruyen los seres ya formados en lugar de crear otros nuevos; debiendo, en consecuencia, ser considerados como movimientos físicos de destrucción y no como químicos constitutivos.

El ejemplo quinto nos manifiesta, en segundo lugar, clara y terminantemente, que una parte de un ser puede convertirse en fuerza motora de otra parte del mismo; como el aire y el agua que iniciando movimientos de gran velocidad por una causa cualquiera, obligan al aire y al agua, que respectivamente se encuentran en su continuidad, á ejercer los movimientos que ellos les comunican; así como manifiesta también, que la potencia motora de un cuerpo aumenta en proporción del aumento de velocidad con que ejerce sus movimientos; cual se observa con el aire y el agua en los huracanes é inundaciones, que arrastran consigo árboles, casas, etc., cuya resistencia en estados normales es muy superior á la potencia de que ellos disponen; razón por la que debe también ser considerada su acción como repelente y destructora física, en lugar de disolvente química.

*Ejemplo sexto.* Cuando hacemos funcionar una máquina neumática, observamos que aspira por un lado el aire contenido en la campana de cristal, en la que se trata de formar el vacío, y le repele por el opuesto. Si en lugar de una máquina neumática es una bomba hidráulica la que funciona, veremos que el agua es absorbida por la manga introducida en el líquido é impelida por el lado opuesto; observándose en ambos casos una doble acción, atractiva por un lado y repulsiva por el otro; á la que llamaremos *mixta abierta*, para

distinguir la de la cerrada de circuito de la que vamos á hablar.

*Sétimo.* Si por medio de un mecanismo adecuado, de los que existen ya, hacemos que el agua, absorbida é impelida por una bomba hidráulica, vuelva á su primitivo recipiente y seguimos haciendo funcionar á la bomba, obtendremos; que el agua misma que ha sido absorbida por un lado y repelida por el otro, vuelva á ser absorbida y repelida otra y otra vez, sucesivamente por tiempo ilimitado; formando de esa manera otro movimiento mixto que pudiera llegar á la continuidad y que calificamos de *circuito*; cuya acción es atractiva en uno de los puntos del cuerpo; movido y repulsiva en el otro, pero continua, y que no cesa sino rompiéndose el circuito por un punto cualquiera; acción que no debe confundirse con la circular meramente atractiva.

Los movimientos que aparecen en los dos ejemplos anteriores dan lugar á varias consideraciones, de las que exponemos las más importantes.

En el sexto ejemplo aparece, en primer término, que la campana de la máquina neumática, después de extraído de ella todo el aire posible, no queda vacía, pues que atraviesa su cavidad la luz, y sabemos que este fenómeno requiere para su trasmisión la continuidad de los movimientos vibratorios del éter, verificados, en el caso citado, dentro de la cavidad de la campana, continuados al través del cristal, que por eso es transparente. Dicha campana, después de la extracción del aire, queda, pues, llena de éter en su totalidad, puesto que conserva la transparencia en toda ella, pues la parte en que no vibrara ese fluido quedaría á oscuras.

También en el ejemplo de la bomba vemos que el puesto que ocupaba el aire en la manga absorbente es inmediatamente, y sin un momento de intervalo, ocupado por el agua que sigue al émbolo en sus movimientos de acción atractiva, hasta faltando á las leyes de gravedad; lo que prueba, que cuando un ser abandona el puesto que ocupaba en el espacio, es inmediatamente remplazado en él por otro que se encuentra en su inmediación; sea más fluido, como el éter, con respecto al aire extraído de la máquina neumática; sea más denso, como el agua, con respecto al aire que contenía la manga aspirante de la bomba, lo que impide la formación del vacío y promueve el movimiento.

Eso prueba que la sola tentativa de formar el vacío ejerce una acción atractiva ó absorbente, y que, por consiguiente, no existe el vacío en el universo, el cual está enteramente ocupado por la materia, es decir, por seres más ó menos condensados ó dilatados, y, por consiguiente, de mayor ó menor volumen, según sean las presiones que sus elementos constitutivos reciben, siendo esa continua variación la causa de los movimientos. Por eso dijo muy bien el P. Secchi cuando dijo que era un absurdo buscar otra causa del movimiento que el movimiento mismo.

En efecto; la lógica nos dice que si existiera algún punto vacío en el universo, los cuerpos sometidos á presiones de mayor potencia que la resistencia que ellos pueden oponer, después de desocupar el puesto que ocupan, en lugar de contraerse, pasarían á ocupar ese vacío, porque entonces no tendrían que someterse á las presiones; pero si no lo verifican es porque no existe semejante vacío.

La dilatación de los seres se verifica, pues, á expensas de la condensación de otros; por consiguiente, la cantidad de materia que ocupa el universo es siempre la misma, y no hace más que condensarse ó dilatarse variando de volumen; es decir, ocupando mayor ó menor espacio bajo formas diferentes.

Respecto á los movimientos de circuito y su acción, que hemos citado en el séptimo ejemplo, poco ó nada podemos decir en el estado actual de la ciencia sino que los consideramos de gran importancia; porque tenemos la convicción de que, con el tiempo, esos serán los que expliquen científicamente las formaciones de los seres organizados; la circulación de los fluidos en los mismos; los fenómenos físicos electro magnéticos y nerviosos; las revoluciones astrales, etc., etc.

Sintetizando, pues, ahora las principales deducciones que se desprenden de esos ejemplos, resultará el cuadro siguiente:

*Primera.* Los movimientos moderadamente atractivos de los elementos materiales dan lugar á la constitución de los seres ó cuerpos.

*Segunda.* Los movimientos repulsivos, también moderados, de los mismos elementos producen las descomposiciones ó disoluciones de los seres ya constituidos.

*Tercera.* Los movimientos atractivos pueden ser lineales abiertos, circulares cerrados, ó aspirantes á formar el vacío; pero la acción atractiva en ninguno de esos casos la ejerce el centro de atracción, sino las presiones ejercidas por otros cuerpos sobre los atraídos á ese centro.

*Cuarta.* Las acciones, tanto atractivas como repulsivas, ejercidas por cuerpos sometidos á movimientos de suma velocidad, destruyen los seres que se someten á ellas; no sirven, pues, para constituir nuevos seres ni para descomponerlos metódicamente.

*Quinta.* Una parte de un ser puede convertirse en fuerza motora de otra parte de sí mismo.

*Sesta.* La potencia motora de un ser cualquiera aumenta en proporción directa de la velocidad de sus movimientos.

*Sétima.* No existe vacío en el universo; el cual se encuentra materialmente ocupado en su totalidad por los seres constituidos bajo diferentes formas.

Por último, como consecuencia lógica de las deducciones que acabamos de sintetizar, resulta que la negación del vacío en el universo manifiesta que en los intermedios ó poros que hay entre molécula y molécula existe algún otro ser más tenue que aquel en que se hallan los poros, cuyos movimientos producen la resistencia que esas moléculas oponen para mantenerse más condensados de lo que les permite su consistencia normal; seres que de tenuidad en tenuidad llegan hasta la materia elemental primitiva, cuya *inmanencia* en todos los cuerpos del universo queda demostrada de esa manera.

Hemos encontrado, pues, en el éter una materia abundantísima, puesto que ocupa al menos toda la parte del universo que alcanza nuestra vista, que es el sentido de mayor extensión que poseemos; sobre todo cuando hacemos uso de los medios amplificantes de la misma, como son los telescopios.

El éter reúne, además, las condiciones de fluidez y elasticidad que no podemos reconocer en ningún otro ser, cuya existencia se halla al alcance de nuestros sentidos, como lo prueban su imponderabilidad y los 764 trillones de vibraciones que, según los físicos modernos, verifica por segundo para presentar á nuestra vista el color violado; el éter está, pues, dotado de todas las condiciones que debe reunir un ser para que pueda ser considerado como el finí lo relativamente elemental para la constitución de todos los demás seres.

También hemos llegado á conocer que el número de movimientos ejecutados por la materia es incalculable; por consiguiente no se ocultará ya á nuestros lectores, que esa materia, ayudada por esos movimientos, puede, sin dificultad alguna, dar lugar á la constitución de la inmensa variedad de seres que ocupan el universo; por lo que daremos aquí por terminado cuanto se relaciona con las constituciones y descomposiciones de los seres; pasando ahora á tratar de los fenómenos inmateriales que resultan de los movimientos ejecutados por la materia.

#### IV

Hemos deducido ya de datos anteriores, que la materia es una y eterna, y que el número de movimientos ejecutados por ella es incalculable, de cuyos dos antecedentes sacamos en consecuencia, que no es la materia, sino sus movimientos, los que dan lugar á la presentación de la incalculable variedad de fenómenos que se observan en la *naturaleza*; compuesta, según dijimos en un principio, del conjunto de todos los seres, todos los movimientos, y todos los fenómenos resultantes de los últimos; fenómenos á cuyo cargo se encuentra la importantísima misión de darnos á conocer la existencia de los seres y ponernos en comunicación con el mundo exterior, como lo prueban los siguientes ejemplos:

Primero: entramos en una casa y se presenta á nuestra vista un mueble, que por su forma exterior y por sus contornos, nos manifiesta que es un piano, porque le conocíamos anteriormente.

Segundo: salimos de la casa, y en otro punto, nuestro oído es impresionado por sonidos musicales, cuyo fenómeno nos es conocido como producido por las cuerdas vibratorias de un piano, y decimos que en la casa de donde salen los sonidos hay también un piano.

En el primer ejemplo hemos conocido la existencia del piano por su forma exterior que, como producida por movimientos de los elementos materiales que entran en la composición de ese instrumento, constituye un *fenómeno químico* que ha impresionado nuestra vista.

En el segundo la existencia de ese instrumento nos ha sido revelada por los sonidos producidos por el mismo, que como consecutivos á los movimientos de seres ya constituidos, como son las telas y las cuerdas vibratorias, se consideran como *fenómenos físicos*. Se vé, pues, que así en los ejemplos que acabamos de citar como en todos los demás casos análogos que se nos presenten, los fenómenos, ya químicos, ya físicos, son los que nos dan á conocer la existencia de los seres.

Nos dedicaremos, pues, ahora á la investigación de las leyes que rigen los movimientos de la materia en la presentación de esos fenómenos, principiando por los *químicos* para luego tratar de los *físicos*.

La *química* es la rama científica, encargada de recopilar y convertir en principios generales las leyes que presiden á las *constituciones, descomposiciones, formaciones y transformaciones* de los seres ó cuerpos. De las dos primeras hemos tratado ya; vamos ahora á tratar de las dos últimas.

Se dice que los seres ó cuerpos están *formados* cuando se distinguen de los que les rodean por contornos propios, constituidos por superficies y líneas. Cuando la existencia de esos contornos no está al alcance de nuestros sentidos calificamos los cuerpos de *amorfo*, que carecen de forma; no creemos, sin embargo, nosotros en la existencia de cuerpos amorfos, sino en que hay algunos cuyos contornos son tan extensos, que sus límites se escapan á nuestros sentidos, ó que están constituidos por moléculas tan ténues y de

tan poca adhesión entre sí, que el conocimiento de su existencia no se encuentra á nuestro alcance.

Para que la marcha que sigamos en la investigación de las leyes que presiden las formaciones y transformaciones de los cuerpos sea metódica la iniciaremos en su origen mismo, que es el atómico, único elemental en absoluto, pues hasta las moléculas más ténues están formadas por agrupaciones de átomos, y por consiguiente no son elementales, sino relativamente.

En esa marcha investigadora trataremos, pues, sucesivamente de las particularidades siguientes:

1.ª Del orden en que se verifican las *formaciones* de los seres ó cuerpos, tanto simples como compuestos.

2.ª De las principales diferencias que se observan entre las formaciones de los cuerpos inorgánicos y los organizados.

3.ª De los estados ó formas sólida, líquida y fluida que presentan los cuerpos, y de sus transformaciones; advirtiéndole que si bien aparece en lo que vamos á tratar alguna diferencia con los principios admitidos en ese terreno en la química moderna, no existe contradicción alguna entre ellos, como se verá más tarde.

4.ª Sabemos que cada conjunto de cierto número de átomos, agrupados parcialmente por la acción que ejercen sobre ellos los movimientos atractivos concéntricos, desarrollados por presiones ejercidas exteriormente sobre los cuerpos que los ejecutan, forma una partícula ó molécula, y que el conjunto de mayor ó menor número de agrupaciones moleculares, verificado por iguales causas y medios, forma á su vez las masas materiales, seres ó cuerpos.

Si suponemos ahora que una cantidad cualquiera de átomos, dividida en varias agrupaciones, ejecuta en cada una de ellas movimientos exactamente iguales en dirección y velocidad, las moléculas que de cada una de esas agrupaciones resulten serán también exactamente iguales entre sí, y el ser ó cuerpo formado por ellas, sometido al análisis químico, presentará moléculas exactamente iguales; dando, de esa suerte, lugar á la formación de un *cuerpo simple*.

Pero si son diferentes los movimientos que las agrupaciones atómicas ejecutan para las formaciones de las moléculas, el cuerpo formado por ellas dará, como resultado del análisis, moléculas diferentes entre sí; y en tal caso resultará un *ser compuesto*. Se ve, pues, que la diversidad de formas de los seres resulta de la variedad de los movimientos ejecutados por la *materia única* existente en el universo.

Los seres compuestos pueden ser *mezclados* ó *combinados*; serán *mezclados*, cuando las moléculas que entran en su formación ejecutan, sea aisladamente, sea por agrupaciones, movimientos diferentes; pero cada molécula ó cada grupo continúa, después de la formación del ser, ejecutando sus movimientos propios con independencia de los que ejecutan los demás; cual sucede con el oxígeno y el azoe, que mezclados forman el aire atmosférico, continuando ejerciendo sus primitivos movimientos con independencia de los de sus compañeros de formación aérea; y serán *combinados* si los diferentes movimientos que los elementos formativos del nuevo ser ejecutaban cuando se movían aisladamente, son substituidos por otros nuevos que equivalgan á los anteriores; así se observa, por ejemplo, en la combinación del oxígeno con el hierro, dando lugar á la formación del óxido de hierro; cuyos movimientos moleculares no son, ni los propios del oxígeno ni los del hierro, sino una nueva combinación de ambos.

Mas en esos casos es preciso que los movimientos ejecutados por los cuerpos, cuya mezcla ó combinación da lugar á la presentación de otro diferente de ellos, reúnan las condiciones siguientes: primera, la de ser *afines*, esto es, que no se rechacen los unos á los otros, como sucede, por ejemplo, entre los atractivos y los repulsivos efectuados en un mismo punto; segunda, que el número de moléculas que respectivamente concurren á la formación del nuevo ser, guarde siempre la misma proporción, sin que los movimientos de las unas sirvan de obstáculos á los de las otras; por ejemplo, en la mezcla del oxígeno con el azoe, para que de ella resulte la formación del aire atmosférico, es preciso que entren exactamente 20,93 volúmenes de oxígeno y 79,07 de azoe, y no mezclándose en esa proporción no podrán formar aire atmosférico; sucediendo lo mismo con los cuerpos combinados.

Estos son los datos que nos proporciona la observación relativa á las formaciones de la inmensa variedad de seres que pueblan el universo; desde la molécula más ténue de cualquier gas, hasta los astros más voluminosos considerados desde su origen atómico.

*Segunda.* La división de los seres en *inorgánicos* y *organizados* ha producido la de la química en *inorgánica* y *orgánica*.

La química inorgánica manifiesta, como circunstancia digna de ser notada, que cuando un cuerpo sólido pasa al estado líquido, por disolución en un líquido adecuado ó por cualquier otra causa, y se le deja después solidificarse de nuevo con lentitud, se presenta, en general, bajo la forma geométrica de cristales lineales abiertos, rectos ó curvos. La química orgánica enseña, al contrario, que el elemento formativo de los seres organizados es la *célula*, de forma circular cerrada más ó menos perfecta, ó mejor de circuito.

Esa es una de las diferencias (más principales que distinguen entre sí esa clase de seres; pero también hay otra no menos importante que se relaciona con el desarrollo y sostenimiento de esos mismos cuerpos.

Los seres inorgánicos crecen y se sostienen reparando sus pérdidas con agregaciones moleculares afines, que sucesivamente van adhiriéndose sin preparación previa alguna á las que anteriormente se hallan en las superficies exteriores, que constituyen las formas de esos seres; manteniéndose de esa suerte en el mismo estado su volumen; ó aumentándolo ó disminuyéndolo, si el número de moléculas adheridas supera ó no llega respectivamente al de las desprendidas del citado ser.

Mas en los seres organizados y principalmente en los animales, los alimentos, que son los elementos primordiales de su desarrollo y conservación, se someten previamente á la digestión y después á la absorción, circulación y calorificación, hasta que se convierten en células nuevas; las cuales son trasportadas por el círculo sanguíneo hasta las últimas ramificaciones arteriales; donde reemplazan individualmente las células afines inutilizadas para la conservación de la vida, en el mismo punto orgánico donde existen ó existían.

De lo que resulta, que si el número de células afines reemplazantes es igual al de las reemplazadas, los seres conservan su antiguo volumen y peso; si el de las reemplazantes es mayor, aumentan los seres en ambos sentidos, y si es menor, disminuyen en proporción tanto en peso como en volumen.

ANTONIO ARRUTI.

### POETAS AMERICANOS.

Así como en América, por lo general, sólo se conocen á los grandes poetas españoles, á los que han llegado á la cima en alas de la gloria, alumbrando el camino con destellos de brillante luz, así también aquí en España sólo gozan de cierto nombre los poetas americanos de *reputación consagrada*, Mármol, Arboleda, Abigail Lozano, Echeverría, Bello, Varela, Heredia, Lafinur, Gutierrez, Sampé, Dominguez, Torres Caicedo, Pardo, y cien más de la misma talla, y como estos, hijos de diversas repúblicas del vasto y encantador continente.

Y sin embargo, ¡cuántos poetas existen hoy en la joven América, que no sólo han mantenido su tradición poética, sino que la han enriquecido con producciones, á cuya belleza no alcanzaron muchos de los maestros!

La pléyadees numerosa y brillante, distinguiéndose en ella, por la delicadeza de su forma, la ternura de la inspiración, la majestad del lenguaje, puro y castizo,—y la frescura de la imaginación en que parecen brotar las variadas y caprichosas flores que festonan las costas de esmeralda en que corren magestuosos rios, ó visten las montañas, que de lejos parecen abanicos misteriosos, agitados por manos de hadas,—los poetas venezolanos, argentinos y colombianos.

Me propongo la grata tarea de irlos haciendo conocer poco á poco.

El correo que llegó ayer de Venezuela me trae algunas composiciones.

Se celebraba una fiesta de premios en Caracas, y en ella el Sr. Heraclio Martín de la Guardia, leyó estos versos:

»¡A la mar! ¡a la mar!... Sobre la blonda  
Espuma va la nave... Dios la guíe!  
Cielo azul, claro sol, muelle la onda;  
Todo á la blanca nave le sonrie.

Con resonante prora, en rumbo incierto,  
Se aleja audaz; la lleva la esperanza...  
Aún no está lejos del nativo puerto,  
La materna oración aún la alcanza!

Aun sobre el alto mástil trina el ave  
Del conocido canto los primores;  
Y viene, de la tierra hasta la nave,  
Ese aroma del campo y de las flores.

Mas sigue, y sigue avante, mar afuera!...  
¿Dónde la costa está? ¿Dó el alto monte?...  
La soledad angusta sólo impera.  
La encierra entre su comba el horizonte!

Impaciente, inesperta, ¿á dónde guía?  
Ni brújula, ni norte!... va insegura...  
Tendida el ala blanca se confía  
A Dios, á su valor y á la ventura!

Dió al consejo desden... A la experiencia  
Burlando, huye y á la mar se entrega!  
¿A qué del nauta oráculos ni ciencia,  
Si Alcion la nave con las ondas juega?

Mas, ruge el trueno, se conturba el dia,  
Se vela en negros mantos el zafiro;  
La mar se encrespa y luchan á porfia  
Vientos adversos en contrario giro!

¿En dónde está?... y ¿cuál es la costa ansiada  
Que al naufrago bajel prestará abrigo?...  
Roto el timon!... la vela desgarrada!...  
El mar airado!... el cielo su enemigo!

Y en vano fué luchar... Sobre la arena  
La que vió el sol ayer salir ufana,  
De donaire gentil y gloria llena,  
Es hoy ejemplo solo y sombra vana.

Este *madrigal* pertenece á Julio Calcaño.

Al ver las mariposas revolando  
En torno de mi Lesbia, cual si fuera  
Mi Lesbia cáliz de perfumes lleno,  
Exclamé suspirando:  
¿Por qué vais, como á flor de primavera,  
Del lábio rojo al nacarado seno?  
Y al punto me dijeron al oído  
Las leves mariposas:  
Es que la misma Vénus la ha nutrido  
Con la miel de las rosas.

Al mismo pertenece este pensamiento del gran poeta italiano Alcardo Alcardi, que titula: *¿Qué cosa es Dios?*

A la hora en que el cielo se retrata  
Como impalpable encaje,  
Y en granos de oro y átomos de plata  
Aparece el celaje;  
Dirijo á la extensión una mirada,  
Y mi alma pregunta entusiasmada:  
Decid, ¿qué cosa es Dios, oh luces bellas?  
Es ORDEN me responden las estrellas.

Cuando en Abril el valle, el monte, el prado,  
Las márgenes del río,  
Todo el campo de flores festejado  
Se corona en rocío;  
Dirijo al rededor una mirada,  
Y mi alma pregunta embelesada:  
¿Qué cosa es Dios? ¡Decid, vivos colores!  
Es BELLEZA, respóndenme la flores.

Cuando ante mí, como ilusión hermosa  
Que la esperanza crea,  
Al blando impulso del amor piadosa  
Tu pupila chispea,  
Yo pregunto á la luz de tu mirada:  
Mensajera del alma enamorada,  
Dime; ¿qué cosa es Dios que así se esconde?  
Y tu dulce pupila ¡AMOR! responde.

Toca su turno ahora á Diego Jugo Ramirez. La composición lleva por título: *Paráfrasis de Horacio, Oda III, ad Melpomen, y dice:*

Dichoso aquel á quien miraste, oh Musa,  
De la cuna al vaiven con dulces ojos!  
Que si apacible excusa  
De las corintias lides los enojos,  
Es que no halla en tan fugaz victoria  
El láuro excelso de soñada gloria.

Ni en ver que le alcen en triunfal carrera,  
Vencedor coronado, al Capitolio,  
La dicha hallar espera:  
Mas cuando pulse fiel laud eolio,  
Del Tibur fértil á la borde umbría,  
La noble fama alcanzará que ansía.

Ya Roma egrégia, la gentil señora  
Del orbe, entre los dulces vates cuenta  
Feliz mi nombre; ahora  
La envidia torpe en vano en él intenta  
Clavar su agudo y ponzoñoso diente,  
Pues Roma fué quien coronó mi frente.

Oh tú, sublime Musa, la que inspira  
Al lábio del mortal, canto sonoro;  
Que transformó mi lira  
En cítara inmortal de cuerdas de oro;  
Si orla mi sien el láuro de victoria  
Tuyos serán mis triunfos y mi gloria!

Al mismo autor pertenece esta otra composición:

I

¡Cuánta flor que ayer ví fresca y lozana,  
Por los besos del céfiro entreabierta,  
Hoy deshojada, muerta,  
Ni basta á darle aromas la mañana  
¡Ni vida el sol á su corola yerta!

II

Tampoco para tí, la sin ventura,  
Que tu inocencia en flor ajaste un dia,  
Habrá sol que fecunde tu alma fria,  
Mañana que te vuelva la hermosura.

III

Tu sonrojada frente  
Se inclina al peso de mortal tristeza;  
¡Terrible agonizar para tí empieza  
¡Del turbion de la vida en la corriente!  
En vano nivea gasa transparente  
Tu faz oculta que el carmin colora;  
De candor el perfume ya no exhalas...  
Murió en tu pecho la virtud, señora:  
¡Sudario del honor son esas galas!

No puedo disponer de más espacio. Por eso me limito á transcribir estas pocas composiciones, sin decir una sola palabra sobre su mérito.

Que las juzguen los lectores de LA AMÉRICA. Después hablaré sobre esta brillante pléyade, que tanto honra aquella pátria inmortal.

HÉCTOR F. VARELA.

### LA PROVIDENCIA NEGRA.

Voy á contaros una historia que no es nueva; una historia que habreis oido referir varias veces sin prestarla fé nunca, porque,—como dice un ilustrado escritor,—la conciencia tiene miedo de creer todo lo que cuentan los desgraciados. Nada tiene de nuevo; no encierra nada de particular, ningun suceso poco comun aumenta su interés, pero si, como yo, conociérais á la infeliz protagonista, estoy seguro que al

verla pasar á vuestro lado con la máscara infame del vicio en el rostro, no apartarais de ella la vista con desprecio, y en vuestros ojos podría leer la pobre lo que hace mucho tiempo es objeto de su deseo más ardiente: una frase de compasión. A mí me ha sido relatada por ella misma y puedo aseguráros, y no me avergüenzo de decirlo, que más de una vez en el trascurso de la narración mis lágrimas acompañaron á las suyas.

## I

Hay una casa en construcción en la calle de la Abada. Los jornaleros, formados en corro, contestan por su nombre al sobrestante que los pasa lista y toma nota de los que no responden á su llamamiento, soplando de cuando en cuando los dedos entumecidos por el frío, entre los cuales sostiene á duras penas la relación de los trabajadores. Cuando la lista ha terminado, el guarda de la obra toca de nuevo la campana, y el corro se disuelve en un momento y cada cual, con sus útiles al hombro, vuelve á ocupar el puesto que abandonó el día anterior á la llegada de la noche. Suben á sus andamiajes los albañiles, empiezan á serrar los carpinteros sus maderas y los canteros á pulir la piedra; rechinan los picos, ruedan las carretillas, y se ponen en movimiento las innumerables piezas de esa máquina inmensa que se llama una obra en construcción. Y el canto de los trabajadores, suena también acorde y cadencioso acompañando el ruido de sus herramientas.

Oyese de pronto un grito de suprema angustia, un ¡ay! horrible de agonía y luego un golpe sordo y seco que hiela la sangre en las venas de todos los que le escuchan. Cesan las canciones, el movimiento se suspende, bájanse los brazos y dejan escapar el escoplo ó la sierra, la pala ó el pico, la espurta ó la carretilla. Todos, como agobiados bajo el peso de un mismo presentimiento, descienden de sus andamios y abandonan su puesto con premura, acudiendo al sitio de donde ha salido aquella exclamación dolorosa. Un infeliz ha caído al suelo desde uno de los tabloncillos colocados á mayor altura, y próximo á morir, pálido y abatido, y moviendo lentamente la cabeza en un charco de sangre, exhala lastimeros gemidos; quejas que parten del corazón de todos sus compañeros que, pálidos como él, le miran tristemente sin acertar á pronunciar una palabra. Toda la calle se pone en confusión, se abren los balcones á que asoman enseguida pequeñas cabezas con las facciones trastornadas por el terror. Se arremolina la gente junto á la valla para mirar el sangriento espectáculo por entre las juntas de las tablas, y cuando llegan los guardias y se abre la puerta de la obra, es bien pronto invadida por la multitud. Reina allí un silencio lúgubre; nadie se atreve á elevar la voz por miedo á incomodar al herido que abre apenas los ojos y los dirige con desaliento á todas partes.

Aquella situación no se puede prolongar; el herido reclama los cuidados de la ciencia, que tal vez sea ya impotente para salvarle. Dos amigos levantan con mucho cuidado el cuerpo del moribundo y evitando en lo posible el balanceo marchan con él precedidos de los guardias y escoltados por un tropel de gente á la Casa de Socorro más inmediata, que por fortuna está cerca. El médico le hace la primera cura moviendo la cabeza con disgusto durante la operación, y terminada, y ya á presencia del juez, ordena la conducción al hospital. Allí le vuelve á reconocer el médico de guardia y hace el mismo gesto significativo que su compañero el de la Casa de Socorro. Uno de los jornaleros que han conducido hasta allí al herido se acerca al doctor y le pregunta con voz ahogada:

—Señor doctor, ¿tendrá para muchos días?

—Amigo, probablemente morirá esta misma noche.—

Y los honrados hijos del trabajo, llorando como llorarian la pérdida de un ser de su familia y echándose el sombrero á los ojos para ocultar mejor sus lágrimas, vuelven á la obra, donde todos se agolpan para recibirlos pidiéndoles, noticias de su infeliz compañero. Las noticias son malas, y al oír las bajan todos la cabeza y tornan nuevamente á su trabajo; pero no ya con la alegría de que hacían gala al empezar, sino con el luto en el alma y la muerte en el corazón, porque saben que el mismo fin puede aguardarles á ellos, que ellos también pueden caer de un andamio, y todos piensan en sus padres, en sus mujeres, en sus hijos... Nadie canta ya; la obra semeja un cementerio; la calle está también silenciosa; parece que los vapores de la sangre flotan aún en el aire y pesan tristemente en la imaginación de cuantos presenciaron el horrible drama. La casa está en desgracia; ya no se pondrá en ella cuando se dé por terminada, la airosa bandera que había de coronar su tejado, indicando que no había ocurrido desgracia alguna en el trascurso de la obra. Por el contrario, una cruz de hierro dirá á los que la miren que aquellos muros están amasados con la sangre vertida por un hombre.

## II

He aquí, referido en pocas palabras, el origen de todos los males que más tarde pesaron sobre la cabeza de Luisa; el suceso que más triste influencia tuvo sobre su destino.

Luisa era una hija del pueblo. Su madre había muerto cuando aún no tenía la pobre niña edad suficiente para conocer todo el alcance de su pérdida, y criada á costa de mil fatigas por su padre, en él tenía todas sus afecciones. Él, por su parte, tenía todo su cariño. Por la mañana, cuando se iba al trabajo, depositaba un débil beso en la cabeza de su hija temeroso de despertarla; cuando volvía por la noche con la satisfacción de su deber cumplido, los bracitos de Luisa, uniéndose y formando cariñoso lazo que rodeaba su cabeza, eran para el buen padre recompensa sobrada á sus afanes cotidianos. Poco á poco la niña fué creciendo, cuidada por todas las vecinas amigas de su madre, que al verla sola tuvieron compasión de su orfandad, y así llegó á los doce años. Criada en medio de la calle, era, sin embargo, inocente cual si acabase de nacer, porque la inocencia, el candor y la virtud, son el único patrimonio de los pobres; y como las hijas del pueblo, por razón del abandono en que generalmente se crían, están más espuestas que otras á caer en las redes de un libertino, Dios embota piadoso sus sentidos á ciertas peligrosas enseñanzas. El mundo, para Luisa, estaba cifra-

do en el cariño de su padre; para éste en la felicidad de su hija. Y los días se sucedían, y sucedíanse los años, y ni la más ligera nube turbaba aquel cielo tan limpio, tan trasparente, tan puro.

Pero iban á llegar los días de prueba; las horas de dicha y de tranquilidad se iban á desvanecer, como el recuerdo de épocas felices se disipa en el corazón al soplo del infortunio. El mito del mal agitaba sus negras alas sobre la humilde vivienda. La desgracia sobrevino.

Cuando el desgraciado albañil fué conducido al hospital sin haber podido pronunciar una sola palabra, su único, su constante pensamiento era su hija; representábase su dolor y éste espectáculo le hacía sufrir cien veces más que sus heridas. Quería tenerla á su lado para enjugar con besos las lágrimas que se escapaban de sus ojos, para verla antes de morir, porque presentía como muy próxima su muerte, y tener ante su vista, durante el tiempo que le quedaba de vida aquel rostro tan virginal, tan hechicero, que se le aparecía en sus sufrimientos como debe aparecer el cielo á los elegidos de Dios en sus místicos arrebatos. Quería estrechar por vez postrera contra su corazón aquella cabezita de cabellos rubios comohacecillo de espigas hacinadas en medio de la era; aquellas manos blancas como la leche; aquel esbelto cuerpecito criado con tanto esmero por él. Y por otra parte no quería que supiese la desgracia de que había sido víctima; era tan delicada que el susto podía hacerla daño; tal vez enfermase, y entonces ¿qué sería de ella? El desdichado, que soportaba sin quejarse los horribles dolores que le causaban sus heridas, no se creía con fuerzas para resistir el espectáculo de la desolación de su hija, para verla llorar sin consuelo ante el lecho de su padre moribundo, para escuchar los ayes que se escapaban de su pecho, los quejidos que salieran de sus labios, los sollozos que ahogasen su garganta.

Pero hay vientos favorables que prestan vuelo á las malas noticias, y las hacen llegar cuanto antes á su destino. Media hora después de haberse caído su padre sabía ya la pobre niña el número de la cama que ocupaba en el hospital de la Princesa, y pálida, desencajada, tal como vestía en casa, sin cuidarse de sujetar sus cabellos con una cinta, ni echarse un pañuelo sobre los hombros, echó á correr como una loca en dirección á la calle Ancha de San Bernardo. Llegó á la Ronda de Chamberí, torció á la izquierda y se presentó al médico de guardia que ordenó la condujesen á donde estaba su padre, y dos minutos después, aquellos dos seres tan unidos, para quienes la separación iba á ser mucho peor que la muerte para ambos, se fundían en un abrazo estrecho que hacía olvidar sus padecimientos al herido.

Así trascurrió el día; los dolores fueron en aumento, y conforme adelantaba el tiempo era mayor su estado de prostración. A la tarde recibió los sacramentos y se preparó para ese largo viaje que todos hemos de emprender y del que nadie ha vuelto todavía. La resignación del moribundo era grande, tan grande como su fé. No podía hablar, pero la vida, concentrada en su mirada, expresaba sus sentimientos mejor que lo hubiera hecho la palabra. La desesperación de Luisa no tenía límites; sus ojos, enjutos á fuerza de llorar, tenían un cerco rojizo; no hablaba tampoco, pero todos sus movimientos eran nerviosos; su vista estaba estraviada; hubiérase dicho que iba á volverse loca.

Llegaba la noche y con ella el desenlace del funesto drama. La respiración del enfermo era cada vez más fatigosa, más difícil. Su hija y una hermana de la caridad le sostenían incorporado en la cama, y sus ojos no se apartaban de Luisa más que para fijarse en las ventanas, cuyos cristales opacos dejaban pasar trabajosamente los últimos resplandores del crepúsculo. Él lo sentía, su vida se apagaba, se apagaba como la luz que ardía antes radiante en el espacio. Con esa penetración de los moribundos oía acercarse la muerte á su lecho; creía distinguirla con su fúnebre guandana en los primeros girones de sombra que empezaban á encapotar la sala. El sol se iba, se iba, y con él la vida, la tranquilidad. Luisa se quedaba abandonada, sola en el mundo, mientras él, solo también, iría á reclamar su puesto en esa confusión de cuerpos arrojados los unos sobre los otros y mal cubiertos de tierra que se llama *la hoya común*, y que es la inmensa sepultura de los pobres, el único lugar del cementerio en que no crecen las flores, en que nadie escribe una inscripción, en que nadie vierte una lágrima.

Estas reflexiones acabaron de asesinarle. De pronto exhaló un grito ahogado, algo como un aullido de dolor, y se incorporó en el lecho con los ojos agrandados por el miedo, tendiendo los brazos á su hija y estrechándola contra su corazón en el último esfuerzo de su agonía; quiso hablar, pero no pudo pronunciar una palabra. Un pensamiento brotó de su mente, pero los labios no podían moverse ya. Exhaló luego un gran suspiro y cayó pesadamente sobre el lecho arrastrando á su hija en su caída.

Pasó el tiempo. Junto á la humilde cama del hospital sólo se oían los sollozos de Luisa que lloraba sobre el cuerpo tendido de su padre, y las oraciones de la hermana de la caridad que de hinojos al pie del lecho encomendaba á la bondad de Dios el alma que subía á su presencia.

Al día siguiente fué enterrado el infeliz jornalero. Trás la caja en que su cadáver era conducido al cementerio caminaba pesadamente una niña de unos doce años, cuyo rostro espresaba el dolor más intenso. Volvióse á la tierra lo que de ella había salido, y los cuatro conductores, indiferentes á todo el horror de su oficio, se alejaron hablando de sus asuntos sin preocuparse del padre que ya no existía, ni de la niña que presenciaba su entierro. Salió Luisa tras ellos, é incapaz de sostenerse por más tiempo se dejó caer en medio del campo, para dar libre rienda á su pesar.

La noche se extendió por el cielo y la envolvió entre sus sombras. Indiferente á cuanto pasaba á su alrededor, Luisa seguía llorando sentada sobre el césped y en mitad del campo. Su dolor no tenía consuelo, sus lágrimas no se agotaban. ¡Estaba sola en el mundo!

## III

Cuando Luisa llegaba á esta parte de su relato, conmoviame siempre y comprendía sin gran esfuerzo su desesperada situación, y allá en el fondo de mi conciencia temblaba por aquella niña que prometía ser muy bella, abandonada de todos, sin ningún amigo en que sostenerse, sin hogar alguno

á que dirigirse, y que perdida en medio del campo lloraba durante la noche la muerte de su padre y la muerte también de su felicidad.

—Hay una providencia mala que vela sobre aquellos que están destinados á perderse, del mismo modo que hay una providencia buena que no aparta la vista de aquellos cuyo destino es salvarse,—me decía.—Una providencia negra que impulsa hácia adelante al niño que juega en el balcón para que se rompa la cabeza contra las piedras de la calle, que impide que el hombre, antes de decidirse á robar, encuentre el pedazo de pan que le piden sus hijos y que le apartaría de la senda que lleva al presidio, esa antesala del patíbulo; que enciende, en fin, los deseos en el alma del pobre y presenta á sus ojos los bienes de los ricos, mientras endurece las entrañas de estos haciéndoles inaccesibles á la compasión. Envuelta en las sombras que por todas partes me rodeaban, esa providencia negra velaba sobre mí. Era su presa, y vanos hubieran sido mis esfuerzos por arrancarme á aquella fatal predestinación.

Y proseguía refiriéndome la historia de su vida, cada vez más horrible y lamentable.

En aquellas horas terribles de tanta agustia, alguien tuvo piedad de la niña abandonada, alguien la brindó un asilo que ya solo podía esperar de la caridad. La mañana del día siguiente al en que fué enterrado su padre, lloraba Luisa tendida sobre la ropa del autor de sus días, en las cuales creía percibir algo del honrado trabajador, cuando una señora decentemente vestida, llamó á la puerta de su cuarto. Entró, abrazó llorando también á Luisa, y tuvo con ella una corta conversacion en que la manifestó su firme deseo de sacarla de allí para llevársela á su casa. No tenía hijas y quería ser su madre; estaba sola en el mundo, se sentía ya vieja, y quería tener cerca de sí un alma cariñosa que velase por ella cuando estuviese enferma; que la cerrara sus ojos despues de su muerte, y acompañase su cadáver al cementerio. Sabía que Luisa era buena, sencilla, que amaba mucho á su padre y que ya no tenía á quien amar, y aspiraba á ocupar un sitio en su corazón. Ella también había perdido á sus padres siendo muy niña, y, aunque con fortuna para sostenerse, no la eran desconocidos los sufrimientos que tenía que soportar y las angustias que tenía que sufrir la pobre hoja arrancada del árbol por el viento, y lanzada de pronto en el torbellino del mundo. La elocuencia que movía la lengua de la mítica serpiente al silbar al oído de Eva en el Paraíso, el panorama de las glorias que la esperaban en la tierra, animaba los discursos de aquella mujer. Su acento era dulce, persuasivo, sus facciones estaban alteradas por el dolor, corría el llanto por sus mejillas... Y sin embargo, había un no sé qué de repulsivo en toda ella. Sus ojos, que á veces parecían tan cariñosos, brillaban á veces con un fulgor extraño; algo como un relámpago cruzaba su frente y la cubría de arugas que instantáneamente se disipaban.

Pero Luisa no veía esto; escuchaba solo aquellas palabras que caían sobre su alma como un rocío celestial, y acrecentaban más y más su fé en la misericordia de ese Dios tan bueno que jamás abandona á sus criaturas. El cielo se había abierto para ella lanzando un rayo de luz en su camino, y seguía arrobada sus esplendentes resplandores. Poco despues la huérfana dejaba el hogar en que en otro tiempo había sido tan dichosa, llevando algunos recuerdos que la uniesen al pasado, y partía con aquella señora que se llamaba su madre, en medio de los gritos de júbilo de todas las vecinas que las despedían á las dos colmándolas de bendiciones.

Dos años pasó Luisa en su casa, sin que durante ellos viniera ningún acontecimiento á hacerla arrepentirse de su facilidad en seguir el único camino que á la muerte de su padre se la presentaba para no tener que rodar por las calles y los caminos implorando la caridad pública.

En este tiempo acabó de formarse; á la niña sucedió la mujer, y se cumplieron en ella todos los juicios que había hecho nacer su infantil belleza. Alta, esbelta, graciosa, llamaba la atención donde quiera que se presentaba y era objeto de los más exajerados elogios por todos los que frecuentaban la casa de su protectora.

¿En qué se ocupaba ésta? Luisa no hubiera podido decirlo por más que el misterio en que se envolvía hubiera picado más de una vez su curiosidad. Veía entrar á muchos hombres en la casa; á veces entraban también mujeres, pero todas elegantes, todas, al parecer, de la más distinguida sociedad. Cuando esto sucedía, recibía órden de no salir de sus habitaciones, y durante todo el día y toda la noche llegaban á sus oídos cantos alegres de placer, frases que ella no comprendía, pero que, sin que pudiese dar cuenta de las razones que tenía al obrar así, llamaban particularmente su atención y repugnaban instintivamente á sus sentimientos. Todo esto lo había observado varias veces, pero no sabía más. Ya lo he dicho; era demasiado inocente para comprender el lazo grosero en que había caído, y el objeto de aquella protección que tan inopinadamente cayó sobre ella, y que seguía considerando como providencial.

Llegó por fin un día en que su protectora la llamó á su cuarto. Era una mujer hermosa, capaz de arrebatarse á muchos hombres, y la infame Celestina que de tal modo la engañara iba á reclamar el pago de sus oficios. Luisa la oyó sin pestañear, no la comprendía; sus palabras no tenían sentido para ella, y cuando aquella á quien debía tanto acabó de hablar se echó en sus brazos preguntándole porqué había dudado de lo dichosa que sería pudiéndola probar por cualquier medio todo lo inmenso de su gratitud. La infeliz ignoraba el alcance que iba á dar á sus palabras aquella miserable mujer. De esta manera, su misma inocencia, su mismo desconocimiento del mundo, que hubieran debido ser base de su felicidad, fueron el principal fundamento de su pérdida... Luisa tenía razón; existe una providencia del mal, una *providencia negra* que pierde á las criaturas.

Todo el plan que forjara la Celestina, se llevó á cabo; ni una sola de sus esperanzas salió fallida. Presentóse Luisa en el mundo tal como ella se lo aconsejaba, y su candidez y su inocencia la dieron nuevos encantos. Su éxito fué inmenso. Dotada de cuantos atractivos puede atesorar una mujer, su venta fué un gran negocio para su infame protectora. Su frente pura se inclinó bajo el peso de su falta, y hubo un momento en que sintió á pesar de su sencillez,

algo que se movía en el fondo de su alma y se rebelaba contra una existencia tan distinta de la que había soñado; la copa del placer está envenenada y en su fondo se encuentra siempre el hastío. En medio de sus triunfos la víctima de tan miserable atentado se sentía sola, y muchas veces se echaba á llorar en los mismos brazos de su amante de un día, que la contestaba con grandes carcajadas cuando le preguntaba si hacía mal al obrar así; si en el mundo hay quien viva de otro modo.

Una cosa, sobre todo, hería su imaginación y la atormentaba incesantemente. Desde que murió su padre, todas las noches invocaba su recuerdo, y la imagen de aquel sér tan querido acudía á su mente fijando en ella su mirada en que se reflejaba siempre una amarga melancolía. El día en que cometió su primera falta lo invocó también, ignorante de ella, desde su lecho manciado y en desórden, pero la imagen no se presentó. Desde entonces tenía miedo sin saber por qué y no la evocaba nunca; si alguna vez creía que iba á aparecer ante sus ojos, los cerraba instintivamente. Comprendía, sin darse cuenta de ello, la confusión de Eva en el Paraíso al sentir la presencia del Señor.

Luisa estaba perdida; el ángel se revolcaba en el lodo que manchaba sus blancas vestiduras; la providencia negra podía estar satisfecha.

## IV

Así siguió algún tiempo esa vida desordenada que lleva á la muerte de una manera tan rápida pasando por el camino del placer. Cada día aumentaba más su disgusto; cada día eran mayores sus vacilaciones y sus dudas. La enfermedad iba á hacer crisis. Un hecho cualquiera la podía provocar, y entonces caería el velo de sus ojos y aparecería á ellos la verdadera senda del deber. Este acontecimiento que tal revolución iba á operar en su ánimo y en sus ideas no se hizo esperar. Debía llegar y llegó.

Hallábase sentada Luisa un día en el balcón, atrayendo con su deslumbradora hermosura las miradas de los que pasaban y fijaban en ella con codicia sus ojos sedientos de placer, cuando la llamó la atención un extraño movimiento que notó hacía la calle. La gente corría y se arremolinaba formando grupos numerosos. Poco después pasó una camilla que llevaban los empleados del Refugio y que seguían tristemente dos albañiles contestando á las preguntas que por todas partes les dirigían. El corazón de Luisa latió con más fuerza. Se acordó de su padre, y envió á una criada á enterarse de lo que aquello significaba. A los pocos momentos estaba de vuelta.

—¿Qué es eso?—la preguntó con voz alterada.

—Un albañil que se ha caído de un tejado y á quien llevan al hospital. El golpe ha sido terrible. El pobre hombre vá casi muerto.—

Y la criada se retiró haciendo reflexiones compasivas.

Luisa quedó como anonadada. Aquel acontecimiento, despertando completamente sus recuerdos del pasado, la daba una doble vista que la enseñaba la profundidad del abismo en que había caído. Volvió á ver á su padre como en los días más felices de su inocencia, pero su rostro era hurano y severo, sus miradas la hacían estremecer. Tuvo una revelación completa; su conciencia la sirvió de espejo y tembló al mirar en ella su imagen oscurecida por el vicio y empañada por la atmósfera pestilente de las orgías y las bacanales. Recordando la vida que hacía con su padre en el modesto hogar del honrado trabajador, comprendió que había otra existencia diferente de la que ella llevaba. Pensó en su madre y se rebeló contra la idea de que hubiera vivido como ella vivía, porque había en esto algo que la avergonzaba. En aquellos instantes vivió muchas horas; las ideas se atropellaban en su imaginación calenturienta. Un momento después respiró libremente. Había tomado una resolución: la de dejar aquella casa que miraba ya bajo su verdadero aspecto y regenerarse por el trabajo y el sacrificio. Y conforme se afirmaba en este pensamiento, veía allí, en la sombra, disiparse las arrugas que cruzaban la frente de su padre y tornarse más cariñosa su mirada.

Todo el día lo pasó así; cuando llegó la noche salió de casa vestida como siempre, dejando sobre la mesa de su cuarto una carta en que se despedía de su protectora.—«Nada creo deber á Vd.; por si me engaño, dejo en su casa mis alhajas, mis ropas, lo poco que poseo,—la decía—Cansada de una vida, para la cual no he nacido, quiero olvidar el daño que Vd. me ha hecho y acordarme solo de sus primeros beneficios.»

Pasó la noche en una fonda. Al día siguiente se deshizo de las pocas joyas que llevaba encima y del vestido con que salió de su casa, demasiado lujoso para el género de vida que iba á adoptar, y con lo que sacó de su venta alquiló en veintereales al mes una pequeña bohordilla en un barrio extraviado; compró una cama, dos sillas y los útiles de cocina más indispensables, y habiendo empleado en esto casi todo el dinero de que podía disponer, empezó á buscar trabajo. No sabía bordar, y, por lo tanto, solo podía dedicarse á coser. Esto produce muy poco, pero el verse libre y dueña de sí misma le daba fuerzas para mirar el porvenir. Entonces empezó esa dolorosa peregrinación en que una mujer necesitada vá de tienda en tienda pidiendo trabajo para atender á sus necesidades. En ninguna parte hacían falta costureras. El comercio estaba paralizado, no se vendía nada. Por fin encontró una tienda en que consintieron darla labor, pero exigiéndola un duro de fianza, porque es un sarcasmo horri-ble, pero, al mismo tiempo, una gran verdad la frase de que «hasta para pedir limosna, es preciso tener dinero.» La que «hasta para pedir limosna, es preciso tener dinero.» La costura era muy mala; á fuerza de coser desde las seis de la mañana hasta las once de la noche conseguía ganar una peseta, con la cual tenía que mantenerse, tenía que vivir... Pero había vuelto á recobrar su tranquilidad, y por la noche, cuando al irse á acostar devoraba el pedazo de pan duro que la servía de cena, le encontraba mil veces más sabroso que sus antiguos festines regados á menudo con sus lágrimas.

De esta época data mi conocimiento con ella. Acompañaba yo un día á un amigo mío, que empezaba á ejercer la medicina, cuando al pasar por la calle de las Veneras se paró ante una casa de humilde apariencia y me dijo:

—Espérame un momento; tengo que hacer una visita en esta casa y bajo al instante... O si no, mira, acompáñame y

te evitas así el hastío de un cuarto de hora de espera.—

Y venciendo mi resistencia me arrastró consigo y me presentó á Luisa, ya convaleciente de una pequeña enfermedad.

Desde aquel momento simpatizamos. Inspirábase mucho interés aquella pobre jóven que entregada á sus propias fuerzas se empeñaba en luchar con su destino y vencer á la fatalidad que parecía seguir todos sus pasos. La visité varias veces con el desinterés de un hermano, conmovido por sus desgracias, y un día me refirió tal como yo acabo de contarla, la nebulosa historia de su vida.

Llamado al Norte durante la última campaña, fui á despedirme de ella y la hallé como siempre resignada en medio de su necesidad; su miseria era grande, pero eran más grandes todavía su valor y su alma.

—Hasta la vista,—me dijo alargando su mano que yo estreché entre las mías,—tengo el presentimiento de que no es esta la última vez que he de ver á Vd. Yo rezaré por Vd. como lo haría por mi hermano.

—Gracias, Luisa;—la contesté.—Si alguna vez sufre usted durante mi ausencia, acuérdese Vd. de que mi mayor satisfacción sería hacerme digno de ese título. Pero no espero que llegue ese día. La providencia negra se dá por vencida; no puede con Vd.—

Luisa se sonrió con amargura y yo entonces salí dejándola entregada á sus pensamientos.

## V

A mi vuelta del Norte no me olvidé de mi buena amiga y fui á su casa. Ya no vivía allí y nadie supo darme noticias de su nueva habitación. Grande fué mi disgusto al saberlo, pero tuve que renunciar al placer de verla de nuevo. Buscar á una persona en Madrid es buscar una aguja en un felpudo, y de locos sería el intentarlo.

Pero si hay algún medio de hallar á un amigo á quien no se haya visto en mucho tiempo, este medio es no buscarlo. En las combinaciones que con todos los séres forma la casualidad llega á veces una en que aquel tan buscado aparece junto á nosotros. Esto me sucedió á mí con Luisa.

Era noche de estreno en Apolo. El teatro estaba de bote en bote, y, desde mi butaca, contemplaba indiferente el bullicio de la gente que estaba acomodándose con trabajo en las localidades, cuando llamó mi atención el ruido de la puerta de un palco bajo que se abría con estrépito. Alcé los ojos y no pude contener un grito de sorpresa. En aquel palco entraron dos mujeres lujosamente engalanadas. La desenvoltura del pecado se traslucía en sus menores movimientos. Una de ellas, ya en esa edad que separa la juventud de la edad madura, miraba á todas partes con descoco: la otra, mucho más jóven y hermosa, se mantenía en actitud más reservada. Esta jóven,—quería dudarlo, pero la duda era imposible,—esta jóven era Luisa.

En vano quise apartar de ella mis gemelos; no lo pude conseguir. Mi antigua consideración se había trocado en desprecio, porque antes me inspiraba lástima la niña ignorante que se dejaba seducir en virtud de su misma candidez, y ahora veía en el vicio el móvil de su caída. Caer una vez puede tal vez no ser una falta; caer dos veces es un crimen. A mi pesar comprendía que Luisa me había engañado con su aire de falso arrepentimiento, y siempre es duro perder una ilusión que se ha alimentado durante algún tiempo. Ella también me vió; una oleada de sangre coloreó su rostro que fué luego invadido por una intensa palidez que no perdió en toda la noche. Terminó el primer acto y salí; ya en la puerta del patio aceróse á mí un acomodador de los palcos, y me entregó con mucho misterio de parte de la señora del palco núm. 6, una hoja de un libro de memorias en que había escritas con lápiz estas palabras:—«Deseo que venga Vd. á verme y le espero en el ante-palco. Es el último favor que solicitaré de mi antiguo amigo. No me lo niegue Vd.»

Dudé un momento, pero al fin subí. El acomodador abrió el palco, y enseguida se presentó en la puerta Luisa avergonzada, sin atreverse á tenderme la mano.

—Señora,—la dije,—me ha llamado Vd. y vengo. ¿En qué puedo servirla?

—Sé que poco puede importarle mi existencia,—me dijo, reponiéndose de su primera turbación,—pero á pesar de esto, siento la necesidad de explicar á Vd. mi cambio de posición. Cuando nos vimos por última vez estaba yo colocada más alta. Permita Vd. que hoy que he caído se eleve mi voz hasta Vd. para explicarle mi caída. No pretendo que me crea Vd. buena; pero no podría resistir la idea de que sólo viera un deseo culpable en el móvil de mis acciones.

Nos sentamos, y Luisa empezó así:

—Cuando nos separamos, cosía yo para una tienda, como Vd. recuerda sin duda. Ganaba poco, pero sí lo bastante para atender á mis estrictas necesidades, aunque á costa de mi salud. Compraba el pan al precio de mi vida, y sin embargo, era feliz; todas las noches, la imagen de mi padre, satisfecho de mi conducta, me sonreía con bondad. No era esta, sin embargo, la cumbre del Calvario; creí tener derecho á la tranquilidad y la calma, pero bien pronto vinieron los hechos á demostrarme que mi mal sino, esa providencia negra en que usted no cree y que es una de mis preocupaciones, no me había olvidado. Una noche fui á llevar mi labor y recibí una noticia terrible. La casa de comercio que me daba costura había quebrado y empezaba una liquidación forzosa de todos sus géneros, y con aquella fortuna que desaparecía rápidamente, desaparecían también mis únicos medios de subsistencia. Empecé nuevamente á pasear el espectáculo de mi miseria por todos los comercios; no hallé uno que quisiera utilizar mis servicios. Cuando una puerta se cierra al necesitado, todas se cierran á la vez. Así pasó el primer día, y tras él trascurrieron otros muchos. Yo no tenía ahorros, y para comer tuve necesidad de vender los pocos muebles que tenía; hasta la cama. Los últimos días me acostaba en el suelo y con los miembros ateridos, sin nada que me diese algún calor, permanecía desde la noche hasta la aurora. Así pasé en mi bohordilla, sin ventanas, los espantosos fríos del invierno. Me mantenía con cualquier cosa; no sé cómo; creo que con la esperanza de volver á encontrar trabajo. Pero mis escasos recursos se agotaron, y mi esperanza acabó también por desvanecerse. Entonces quise ponerme á servir, pero no encontré casa. Mi estado de debilidad, los harapos que apenas me tapa-

ban, mi aire nada tosco, todo obraba en contra mía. Además, no tenía cartilla, ni cédula de vecindad. Me pedían un fiador y no pude encontrar ninguno... El casero me había despedido y me encontraba sin hogar. Pero no me dí por vencida. Me repugnaba tanto el recuerdo de mi vida anterior, que la sola idea de volver á ella sublevaba todo mi sér. Quise luchar todavía, y ya una noche, venciendo mi timidez, salí á la calle y tendí al pasajero mi mano entumecida por el frío. Ni una palabra de consuelo llegó á mis oídos, ni recogí la moneda más pobre. Aquella noche me acosté bajo un banco sin haberme desayunado en todo el día. Al siguiente volví á intentar la prueba sin conseguir mejor resultado. Al ver esto, dirigí mis pasos al viaducto de la calle de Segovia; estaba desierto, y pude asomar la cabeza por entre los hierros de la barandilla; podía haberme echado abajo, pero retrocedí instintivamente: tuve miedo al abismo, y echando á correr, huí de aquel lugar que á la vez me atraía y me rechazaba. La noche estaba muy oscura; la nieve caía en abundancia; no había nadie por las calles. De repente un coche pasó por delante de mí; me agarré como pude á la portezuela y dije con el acento más desgarrador:

—Déme Vd. una limosna, señora; llevo dos días sin comer y me muero de hambre.—

La señora que lo ocupaba asomó la cabeza, y exhalando un grito de sorpresa hizo detener el coche. Al reconocerla yo también quedé sorprendida. Era una amiga de mi antigua protectora que me había conocido en casa de ésta y que me demostraba grandes simpatías. Me hizo sentar á su lado y escuchó la relación de cuanto me había pasado. Cuando terminó me dijo:

—¿Querías ser buena y vivir del trabajo ó la limosna? ¿Ignorabas, pues, que todo conspira en el mundo contra el honor de la mujer? ¿Qué has sacado de tu experimento?—

Yo bajé la cabeza sin contestarla.

—Trabajar, servir, implorar la caridad pública, suicidarte, todo lo has intentado... ¿y para qué? Cuando se lucha con la suerte siempre sale uno vencido. ¿Cuáles han sido los resultados de tus sacrificios? El hambre, el frío, la fatiga. Dices que no has comido, ¿cuánto tiempo hace?

—Dos días.

—¡Imbecil!... Te mueres de hambre en el apogeo de tu hermosura, en la fuerza de tu juventud; ¿crees acreedor á los sacrificios que haces para ser buena á ese mundo que te desprecia y te maltrata? Ven conmigo; torna á tu antigua vida; ahoga tu desesperación en los placeres y en la orgía. Después... cuando todo haya terminado, ¿quién sabe?—

Vacíle, se lo juro á Vd. por la memoria de mis padres; pero al fin recordé que no tenía hogar, ni recursos de ningún género y bajé la cabeza. ¡Tenía hambre!—

Calló Luisa, y yo, absorto en considerar el horror de aquel poema de dolores, no encontré una palabra que decirle. Ella prosiguió:

—Desde aquel día he roto con el pasado, y la historia de mi rehabilitación no es para mí más que un sueño; un instante de calma en la borrasca de mi vida. Ni siquiera quiero acordarme de que he tratado de ser buena y la miseria me ha arrojado de nuevo al abismo de que había logrado salir. Pero es Vd. la única persona que me ha manifestado interés, y quería someterle el juicio de mi conducta; pesábame en el alma que creyera Vd. que me había rendido sin luchar. He luchado, y luchado tenazmente; pero la providencia negra me ha vencido. La noche en que volví á vestir lujosas galas sobre mi cuerpo enflaquecido, mientras lloraba sin consuelo al meterme en el lecho viéndome otra vez presa del vicio, volví á aparecérseme la imagen de mi padre. Ya no me miraba con adusto ceño, ni me sonreía con bondad. Lloraba amargamente, y exhalando fuertes sollozos ocultaba su rostro entre las manos!—

—Luisa,—la dije, rompiendo por fin la emoción que me embargaba,—mi respeto por Vd. es ahora el mismo que sentía cuando la visitaba en la humilde bohordilla de la calle de las Veneras. La quiero á Vd. como entonces: cual querría á una hermana mía. Es Vd. digna de mi cariño y mi respeto.

—Gracias,—me contestó con voz ahogada.

—¡Luisa!—dijo en esto su acompañante desde el palco. Al oír la voz se levantó y me dijo tendiéndome la mano que estreché con calor entre las mías.

—Adios. Olvidaba que he vendido mi alma y mi cuerpo, y esa voz me lo viene á recordar. Es la última vez que nos hablamos en el mundo, porque ni Vd. ha de ir á la casa en que vivo, ni yo se lo he de proponer, pero esté Vd. seguro que su recuerdo me reconciliará con esa sociedad que así me ha rechazado de su seno, y que después de haberme hundido en el abismo, esculpe en mi frente el sello ignominioso de la infamia. Adios.—

Y enjugándose los ojos desapareció tras la cortina. Me levanté y salí á la calle.

## VI

Desde entonces he visto á Luisa muchas veces, siempre acompañada, nunca sola, y siempre al pasar junto á ella la he saludado con respeto, recibiendo en cambio, una mirada de gratitud. Algunos que me veían saludarla, me miraban con sorpresa, como extrañándose de mi atrevimiento; sobre todo, las mujeres se sentían hasta ofendidas por aquel saludo mío, dirigido á una víctima de la fatalidad... Pero yo me encojía de hombros. ¡Nobles damas que arrellanadas en el hueco de vuestros carruajes escondeis vuestro rostro entre pieles cuando sopla el viento de Enero, y os vais en busca del frío cuando el calor invade la península; que gastais una fortuna en locos caprichos; que habeis visto realizados todos vuestros deseos, que no conocéis ni siquiera el nombre de la necesidad honradas mujeres de la clase media que habeis tenido siempre lo preciso aunque hayais carecido de lo superfluo, que nunca os habeis visto abandonadas por el destino, y que no creéis en la tentación... la aureola de la virtud rodea vuestra frente, es cierto; pero si os hubiérais hallado solas en el mundo, sin familia, sin casa, sin amigos; si el frío hubiera helado vuestros miembros y el hambre os hubiera atormentado; si hubiérais pasado dos días sin comer, ¿dónde estaría vuestra aureola?

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

ANUNCIOS.

Les annonces etrangeres sont regues a Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et a Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des difes annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

CASA GENERAL DE TRASPORTES DE JULIAN MORENO  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID A ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.<sup>a</sup> MADRID.—ALCALÁ, 28.  
PALACIOS Y GOYOAGA SASTRES, 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA. NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881. PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga. Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea. Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen. Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE**  
sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario. Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los intestinos (Vómitos, Diarrea). Exijase la firma Farm<sup>a</sup> 22, calle de la Bruyère, París.

TRADICIONES DE TOLEDO

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales. Los Sres. Montoya y Compañía.—Caños, 1.—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

**BANCO DE CASTILLA**  
Con presencia de la realizacion de bonos y pagarés de compradores de bienes nacionales, que formaban la doble garantía de los billetes hipotecarios emitidos por este Banco, la Administracion del mismo ha acordado que la décimaquinta y última amortizacion de dichos billetes se considere realizada el 30 del corriente mes, comprendiendo las 13 decenas por cada millar de los billetes señalados con la letra A de la serie inglesa y las 13 unidades por cada centena de los marcados con las letras B y C de la misma serie, que componen la totalidad de los billetes en circulacion no favorecidos en los 14 sorteos de amortizacion anteriormente celebrados. Las 13 bolas últimas no premiadas en los catorce sorteos ya realizados, son las señaladas con los números 2, 9, 14, 15, 24, 27, 28, 51, 54, 56, 61, 63 y 77. En consecuencia, desde 1.º de Octubre próximo, de once de la mañana á una de la tarde, en todos los dias no feriados, podrán ser presentados al cobro en las oficinas de este Banco, Barquillo, 3, los billetes amortizados de todos los millares de la serie inglesa letra A, comprendidos en las 13 decenas siguientes: 11 al 20, 81 al 90, 131 al 140, 141 al 150, 231 al 240, 261 al 270, 271 al 280, 501 al 510, 531 al 540, 551 al 560,

601 al 610, 621 al 630 y 761 al 770. Igualmente serán satisfechos desde dicho dia los billetes de todas las centenas letras B, C, serie inglesa, cuya terminacion sea igual á la de los citados números 2, 9, 14, 15, 24, 27, 28, 51, 54, 56, 61, 63 y 77. Los referidos billetes que quedan amortizados deberán entregarse para su cobro con todos los cupones no vencidos, ó sea desde el que vencerá en 1.º de Abril de 1882, sea cualquiera la fecha de su presentacion, sin que devenguen interés desde 1.º de Octubre, en que tienen derecho al reembolso del capital, aunque este reembolso tenga lugar posteriormente por demora en la presentacion. A la vez satisfará este Banco el importe del cupon de 1.º de Octubre inmediato, perteneciente á los billetes que ahora se amortizan, únicos que tienen derecho á percibirlo. Madrid 15 de Setiembre de 1881.—Por acuerdo de la Administracion, el Secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO DE ESPAÑA.

Desde el dia de mañana y previa exhibicion de los resguardos de depósito, se satisfarán por este Establecimiento los intereses de la anualidad vencida en 31 del mes próximo pasado, correspondientes á las acciones de carreteras de Agosto. Madrid 15 de Setiembre de 1881.—El Secretario, Manuel Ciudad.

**BANCO DE ESPAÑA.**  
Nota de los bonos del Tesoro, emision de 1.º de Abril de 1879, que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el dia de hoy.

Numeracion de los bonos que representan los lotes.		Numeracion de los bonos que deben ser amortizados.	
Del	al	Del	al
303	30201	300	3481
374	37301	400	3580
473	47201	300	3582
475	47401	500	3654
484	48301	400	3704
502	50101	200	3748
547	54601	700	3899
628	62701	800	4092
638	63701	800	4268
677	67601	700	4277
710	70901	71000	4365
748	74701	800	4458
763	76201	300	4775
833	83201	300	4789
835	83401	500	4828
964	96301	400	5132
976	97501	600	5206
1035	103401	500	5298
1045	104401	500	5350
1153	115201	300	5354
1299	129801	900	5411
1550	154901	155000	5445
1594	159301	400	5559
1705	170401	500	5578
1715	171401	500	5782
1788	178701	800	5871
1821	182001	100	5907
1879	187801	900	5924
2033	203201	300	6033
2056	205501	600	6124
2117	211601	700	6190
2130	212901	213000	6192
2180	217901	218000	6218
2191	219001	100	6237
2232	223101	200	6257
2271	227001	100	6636
2359	235801	900	6687
2369	236801	900	67.5
2382	238101	200	7078
2428	242701	800	7151
2460	245901	246000	7186
2514	251301	400	7229
2627	262601	700	7287
2733	273201	300	7415
2749	274801	900	7488
2909	290801	900	7560
3172	317101	200	7577
3237	323601	700	7577

Madrid 10 de Setiembre de 1881.—El vicese secretario, J. Morales.—V.º B.º.—Por el gobernador, Secades.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

El dia 1.º de Octubre próximo vence el cupon semestral de las cédulas hipotecarias de esta Sociedad, y desde dicho dia queda abierto su pago en Madrid en el domicilio social, paseo de Recoletos, núm. 12, verificándose además por sus comisionados en las capitales de provincias el de los cupones cuyas cédulas hayan sido domiciliadas anteriormente, en esta forma:  
Cédulas 7 por 100, cupon importante pesetas 16'62 1/2.  
Cédulas 6 por 100, cupon importante pesetas 15.  
Quintos de cédula 6 por 100, cupon importante pesetas 3.  
Cédulas 5 por 100, cupon importante pesetas 12'50.  
Tambien se abre el pago el mismo dia de las cédulas amortizadas en el sorteo celebrado el 1.º de Julio del corriente año.  
Las cajas de la Sociedad estarán abiertas de once de la mañana á tres de la tarde en dias no festivos.  
Madrid 15 de Setiembre de 1881.—El secretario general, Enrique Lamartinière.

descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.  
Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.  
Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.  
Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del emi-

nente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20.  
Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMÉRICA Año XXII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones; una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.  
Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.  
Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.  
Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.  
En el Extranjero 40 francos.  
En Ultramar, 12 pesos fuertes.  
Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.º Caños 1.